

La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 763

MADRID, 18 AGOSTO 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

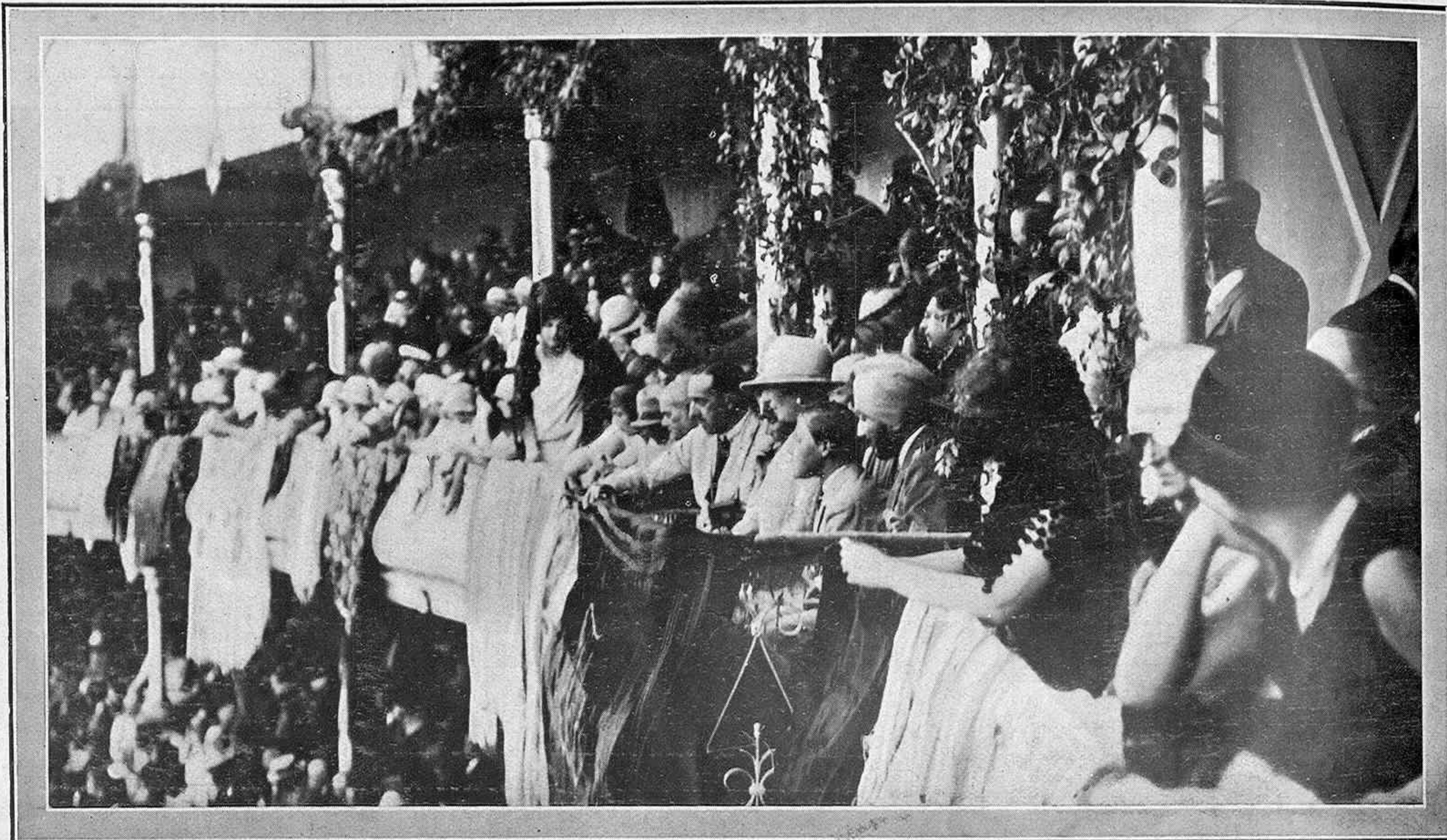
Director: FRANCISCO VERDUGO



DEL VERANEO REGIO
EN SANTANDER

Sus Altezas Reales los Infantes D.^a Beatriz y D. Jaime viendo los premios del campeonato internacional de tenis celebrado en las «courts» de la capital de la Montaña, poco antes de proceder al reparto á los vencedores (Fot. Del Río)

LA CORRIDA GOYESCA EN SANTANDER



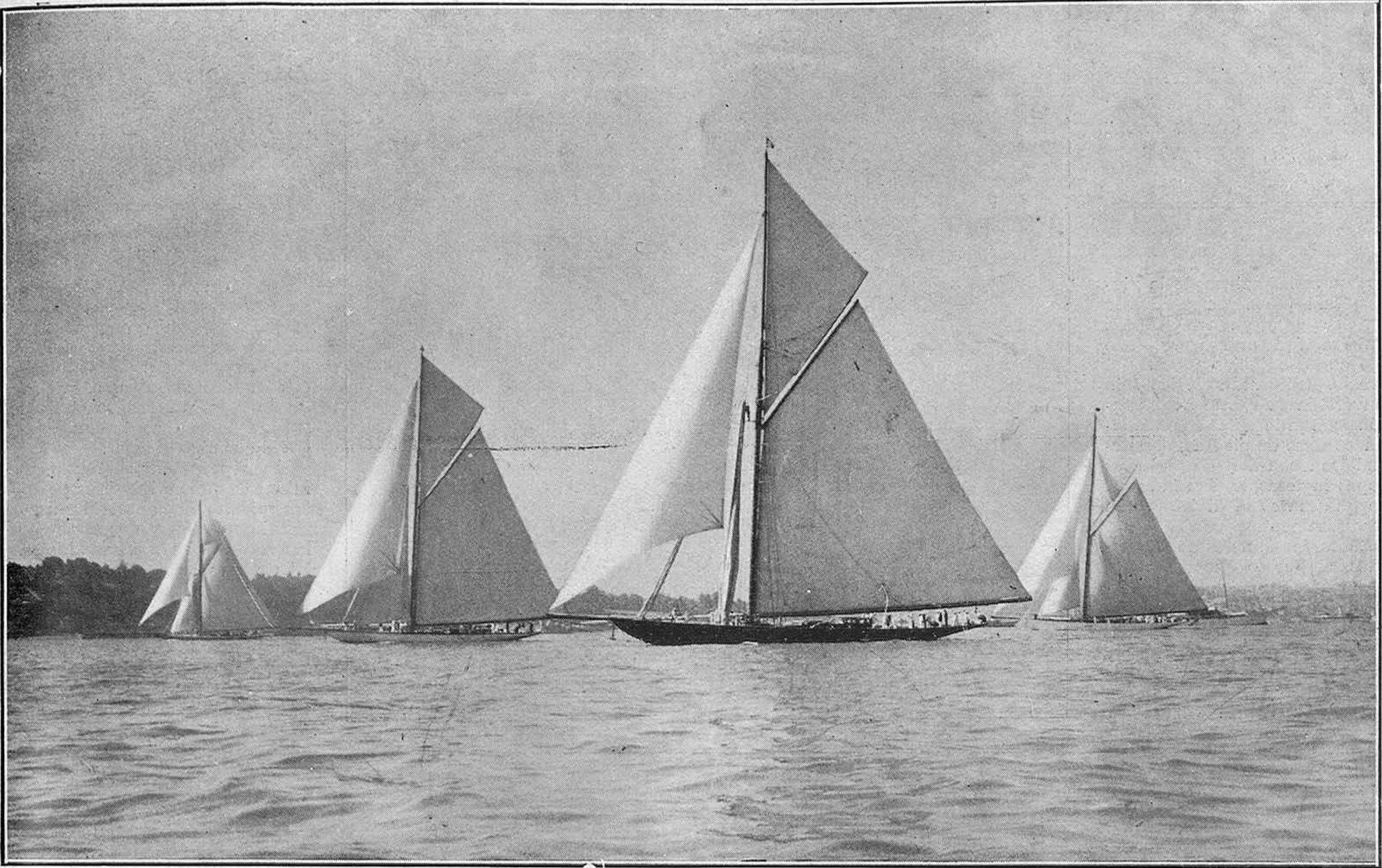
Sus Majestades los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria con sus augustos hijos, acompañados del hermano del Maharajah de Patiala, presenciando desde el palco regio la corrida goyesca de Santander



Desfile de las cuadrillas ataviadas con los típicos trajes de la época goyesca, antes de comenzar la fiesta taurina celebrada á beneficio de la Asociación de la Prensa en la capital montañesa

(Fots. Del Río)

LAS REGIAS Y TRADICIONALES REGATAS DE BALANDROS EN COWES



Un momento interesante de la prueba para balandros de más de veintidós metros en la bahía de Cowes. De izquierda á derecha, el «Shamrock», que va en primer término, cerca ya de la meta; el «White Heather», segundo; el «Britannia», patroneado por el Rey Jorge V, tercero, y el «Lulworth», cuarto

La gran semana de regatas de balandros en Cowes, que patrocina el rey de Inglaterra, es uno de los acontecimientos deportivos aristocráticos de mayor relieve durante la temporada.

Este año, durante el que la atención ha estado fija un puñado de días en esos otros decididos nautas que han atravesado el Atlántico de Nueva York á Santander, en otra más larga y

difícil regata, estas pruebas de Cowes, adonde marcharon varios de los yates que vinieron de los Estados Unidos, han tenido un extraordinario valor deportivo y han gozado de un tiempo y una popularidad extraordinarios.

Como es tradición, la participación del rey Jorge V abrillanta algunas de las pruebas, especialmente aquellas en que participa con el ligerísimo *Britannia*, de la misma serie que el mag-

nífico *Shamrock*, del aristócrata sir Thomas Lipton.

En la regata en que el duelo se entabló entre estos dos yates, el premio del Real London Yacht Club, la participación regia fué poco afortunada, y el *Britannia* vió precederle en la meta al *Shamrock*, su tenaz enemigo, y al *White Heather*, clasificándose en tercer lugar de la prueba.



Los Reyes de Inglaterra bajando la escala de su yate «Victoria y Alberto» para dirigirse á la gasolinera que conducirá al Monarca á su balandro (Fots. Agencia Gráfica)



El Rey Jorge V, á bordo de su balandro «Britannia», presenciando las regatas, en las que su embarcación se clasificó en tercer lugar de la prueba

Honor á los héroes de la Gran Guerra

La Legión británica ante el monumento á los héroes ingleses de la Gran Guerra, en Yprés

SOBRE las ruinas de la ciudad que la guerra devastó se yergue ya otra próspera y nueva. Todo es nuevo. Ni uno solo de los edificios permitió el arreglo. El huracán trágico dejó convertida la riente aglomeración urbana de Yprés en un montón confuso de piedras, que defendieron con heroico tesón las tropas inglesas, al otro lado del río que marcó la divisoria tan horrorosamente porfiada.

Ahora, los edificios recién nacidos, el pueblo que retornó á los hogares reconstruídos, y has-

Yprés.—Solemne ceremonia de la visita de la Legión británica al monumento levantado en Yprés á las víctimas de la Gran Guerra, en



Ante el Arco de Menin - Gate

Los Príncipes de Gales y Carlos de Bélgica visitan la ciudad mártir al frente de los legionarios

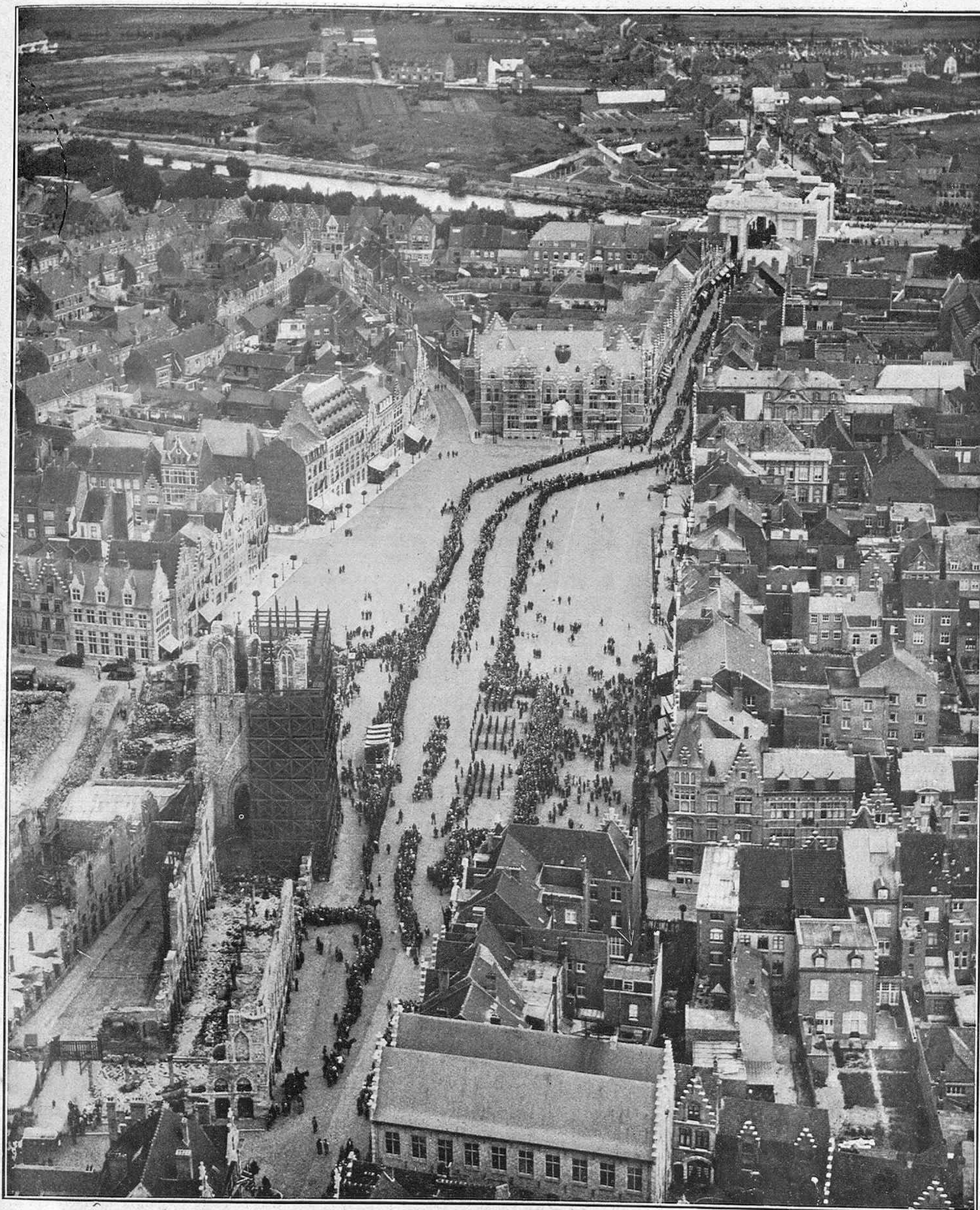
ta esos menudos arbolitos que se yerguen altivos y esbeltos en la plaza mayor, se han engalanado para recibir la visita oficial de los supervivientes heroicos que defendieron, al precio de su vida, primero a ciudad, y luego las ruinas de ella, contra el enemigo invasor.

Para perpetuar el agradecimiento, Yprés erigió á las puertas mismas de su caserío un soberbio monumento en honor de las víctimas de la trágica lucha. El arco de Menin-Gate está levantado precisamente al pie del

presencia del arzobispo de York, de los Príncipes de Gales y Carlos de Bélgica y de más de once mil legionarios británicos



El Príncipe de Gales, acompañado del Príncipe Carlos de Bélgica, y entre ellos el general Earl Jellicoe, presidente de la Legión británica, revistando las tropas francesas en la Plaza Mayor de Yprés, con motivo de la visita solemne de la Legión al Arco levantado á las víctimas inglesas de la guerra en Yprés



Vista aérea de Yprés el día de la visita de la Legión británica. Al fondo, el Arco de Menin-Gate erigido á la memoria de los héroes ingleses de la Gran Guerra, visitado por más de once mil ex combatientes, que en la fotografía aparecen desfilando desde la parte inferior hasta el mismo monumento, á través de la Gran Plaza del pueblo reconstruido después de la Gran Guerra

(Fots. Agencia Gráfica)

río cuyas aguas se tiñeron tantas veces de sangre de mártires... Y en la defensa de Yprés, las tropas de la Legión británica fueron las que cargaron con la más dura y heroica parte...

Ahora, once mil legionarios ingleses, mandados por el general Earl Jellicoe, y á cuyo frente iban dos príncipes, el heredero de Inglaterra y

Carlos de Bélgica, han visitado la ciudad mártir para tomar parte en las solemnes ceremonias religiosas que ha presidido el arzobispo de York, y que se han celebrado precisamente bajo el Arco de Menin-Gate, que perpetuará el recuerdo del heroísmo de los legionarios de Albión durante la época de 1914 al 1918.

LO QUE QUEDA DE UNA GUERRA

ENTORNO DE YPRÉS

CATORCE naciones han firmado en París un pacto de paz; pero sería absurdo hacerse ilusiones: simultáneamente, Bélgica, el más pacífico de los pueblos hasta 1914, está discutiendo la reorganización de sus efectivos militares, y sobre el Parlamento belga flota amenazador el fantasma belicoso.

No hay que temer, sin embargo, que esa reorganización pueda tener fines agresivos: Bélgica no fué nunca país conquistador. Su suelo fué, y sigue siendo, suficiente para mantener una población elevadísima, y el Congo, visitado estos días por los reyes y en pleno esplendor, la basta para su expansión allende las fronteras continentales. Pero aún apenas más pensar que sea necesaria una fuerte organización defensiva, y que á ella hayan de dedicar pueblos ganosos de vivir en paz cuantiosas sumas y, lo que aún es más lamentable, muchas horas de sus hombres jóvenes y válidos.

No hace muchos meses, el centenario de Goya puso en plena actualidad los admirables *Desastres de la guerra*, del genial aragonés. Más que un interés filosófico y humanitario, los concentró un interés artístico; pero ni en su época ni cien años más tarde han sido lección aprovechada por el mundo.

En 1918 pudo pensarse que la visión directa de los horrores causados por la guerra en las «ciudades mártires» de Francia y Bélgica sería más eficaz que las imágenes indirectas en estampas y en relatos; las visitas, llamadas aún «peregrinaciones», á aquellos lugares han servido, cuando más, para demostrar la insensibilidad de los turistas. Las peregrinaciones vienen á ser lo que los galos denominan «partidas de placer», y el turismo, que podríamos llamar folletinesco, de baja curiosidad, tiene para ellas un incentivo constante en las agencias explotadoras de *autocars*, admirables vehículos que parecen inventados exclusivamente para que los viajeros pasen por el mundo sin lograr otras impresiones que las de la voz del guía, que vocifera encaramado junto al chófer con la misma entonación cuando pasa ante un café más ó menos bohemio de Montparnasse que cuando cruza ante un cementerio en que yacen, y quizá no reposan, ante el ruido incómodo de esas caravanas, decenas de millares de hombres fuertes y jóvenes, sacrificados á una sola ambición.

En Ostende («la reina de las playas» de los viejos clichés, tan destronada por Blankenberghe, y antes aún por Scheveningen) esa forma de turismo toma caracteres agresivos. Una sola de sus vías más céntricas y populares, el bulevar de Van Iseghen, está llena de agencias, en que en todos los colores se anuncian excursiones, *trijos*, á Yprés, Armentières, Zeebrugge, á todos los lugares en que la contienda mundial dejó su más terrible huella: *Every day trips by luxe cars, Excursions by Yuxurnis Moto Cars, Daily excursions...*; y esto en una tienda sí y otra no, y á veces hasta en los vestíbulos de los cafés cantantes, que comparten con ellas aquella calle y las adyacentes.



Monumento levantado en Yprés á la memoria de los soldados ingleses desconocidos

Toda la propaganda se hace en inglés, porque Ostende es siempre, y más en Julio y Agosto, una especie de colonia inglesa regida aún por los belgas. Del cosmopolitismo de antaño sólo quedan los ingleses, que con la libra, precio fabuloso cuando se vende en francos belgas, tienen á las puertas de su casa un paraíso por poco dinero.

Y cada mañana, de ocho y media á nueve y media, los *autocars* parten cargados de ingleses impasibles que, si creemos á las fotografías expuestas en las agencias, van y vienen con cara regocijada, de hombres satisfechos quizá más de sí mismos que del viaje.

Unos van por Moere, Dixmude, el bosque de Houthoult, Polcapelle, á Yprés, y vuelven por Bohasinghe, Steenstraete, Perugse, Ranscape-



Hito monumental que señala, cerca de Yprés, el lugar donde fué detenido el invasor

lle y Nieuport; y otros realizan su romería en sentido contrario. Son los lugares cuyos nombres figuraron diariamente en los partes de los ejércitos contendientes. Nombres y lugares inolvidados que, aun siendo los mismos, ni representan ni son lo que ayer.

Yprés, por ejemplo, es ya una ciudad nueva en que los muros, los recios muros básicos de la catedral de San Martín, de la que apenas si quedó en pie más que un arco, comienzan á sostener la basílica nueva, y las calles, hechas de casitas de un gusto moderno, quizá demasado inglés, no tienen el

prestigio de la pátina secular, tan grato en las casas viejas que cobijó con vetustez secular el mercado de paños, del que apenas si quedó más que el recuerdo y del que nadie restaurará las admirables pinturas.

Al terminar la guerra, ni una sola casa de Yprés estaba en pie; era una ciudad materialmente pulverizada, y el polvo llenaba por igual calles y solares; sólo la cueva de alguna casa desfondada de un golpe por un obús marcaba la línea donde fueron las construcciones.

Ni el más sumario albergue dejaron en pie los furiosos cañoneos; la ciudad resistió, pero sucumbió en la resistencia, y los primeros turistas tuvieron por todo hotel, eso sí, con nombres pomposos, sumarias construcciones de madera, en que decoraban la *salle á manger*, á guisa de *corbeilles* pendientes del techo, cascos alemanes, de que brotaban flores campesinas humildes y silvestres.

Tal vez Yprés, como Lovaina, como tantas otras ciudades que dejaron de ser, debió perdurar tal como el fuego bélico las dejó. Era así un espectáculo inolvidable, y más aún, un símbolo. Un poco más lejos pudieron alzarse las ciudades nuevas; pero los restos informes de las viejas, el polvo de lo que fué Iprés, debió perdurar, como demostración perpetua de la barbarie humana.

Ahora, las ciudades reconstruidas parecen sonreír al viajero con una alegría juvenil, infantil más bien, de niño satisfecho, en cuya memoria no dejó huella el pasado horror.

Toda la costa, la inmensa playa que limita á Bélgica desde La Zoute á La Panne, está llena de casitas nuevas, de tipo inglés, minúsculas, cuando no son hoteles, pensiones ó casinos, que dan á Mariakerke, á Midlekerke, á Nieuport... el aspecto de pueblos recién nacidos, que parecen copiados de aquellas láminas inglesas, muy alegres de color, contra la tradición brumosa de su tierra, y que en la costa belga son más chillonas muchas veces porque las hiera el sol.

Son pueblecillos muy urbanos, tranquilos, que hacen soñar al que los cruza rápidamente, sin tiempo para detenerse en ellos, en horas, en días de suave reposo, con el mar á los pies, el horizonte perdido muy lejos y el libro predilecto entre las manos. Los niños que juegan en la playa con sus carros veleros forman así su espíritu en un ambiente sereno y seguro de paz.

Nada mejor si fuese la propia voluntad la que en lo futuro pudiese decidir de la paz ó la guerra; pero *homo, homine lupus*, y el hombre, quí-

ralo ó no, por propio instinto de conservación, necesita muchas veces defenderse del lobo que le ataca.

La lección de las ciudades destruidas, de Yprés en polvo, pudo ser más intensa; quizá esos senadores norteamericanos que ahora han propuesto el pacto de paz, vieron Reims, Arras, Yprés, Lovaina... antes de que comenzaran las reconstrucciones.

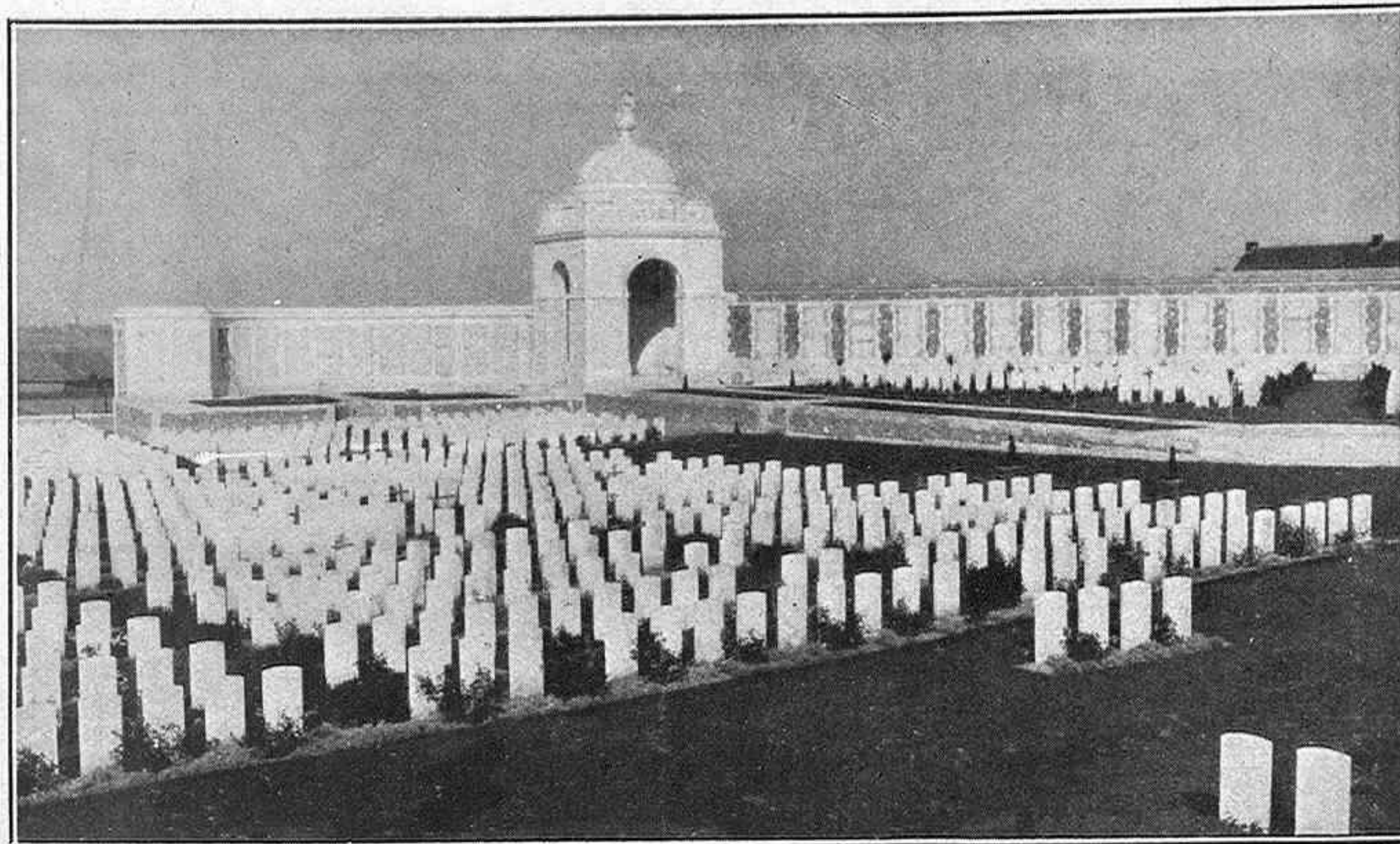
Pero no las vieron con alma despreocupada, buscadora de sensaciones á flor de piel, de turista de agencia; las vieron como Goya «la francesada», encontrando en cada episodio todo el horror de la guerra.

Los mismos folletos de propaganda de «excursiones en Bélgica» parecen querer que olvidemos la tragedia; sólo tienen para Yprés, Meca de los autocars de Bruselas y de Ostende, media docena de líneas, y ni un solo grabado que nos diga lo que la ciudad fué. Nos hablan de sus catorce mil habitantes; pero no nos dicen cuántos quedaron entre el polvo de la ciudad antes de que pudiesen ser alzados los monumentos conmemorativos de su heroísmo. Menos mal: advierten que la ciudad ha venido á ser «el centro de peregrinación á los cementerios del frente inglés».

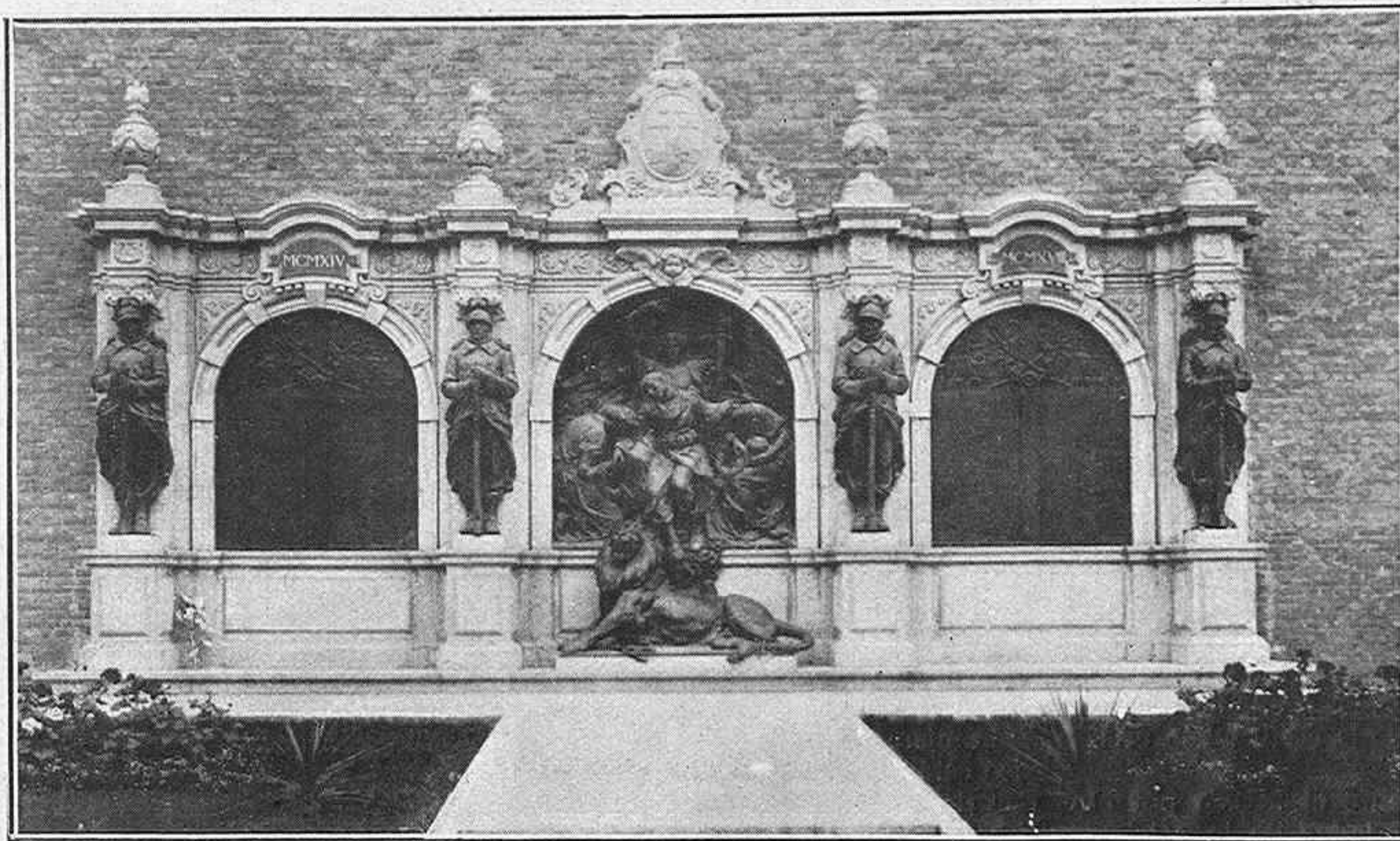
Ellos son allí la única señal perdurante de la tragedia, y al mirar sus inacabables filas, perfectamente simétricas, de tumbas, viene á la memoria el espectáculo de aquella recluta de los primeros días en Inglaterra, en Londres sobre todo, en que tanto espíritu generoso ofrendó su vida, enardecido por las más ardientes propagandas á santos ideales.

Ante las tumbas de los cementerios de Yprés no cabe preguntar qué fué de aquella juventud entusiasta, «qué se hicieron» «los primeros diez mil»; ninguna respuesta más elocuente que aquellas piedras funerarias, todas con un nombre, algunas con un relieve, retrato del que fué; muchas frecuentemente adornadas con flores frescas.

No hay que acudir al sentimentalismo para que aquellas tumbas que encierran series inacabables de esquele-



Un rincón de uno de los cementerios ingleses, próximo á Yprés



Monumento erigido en Yprés á la memoria de los hijos de la ciudad muertos en la guerra

tos jóvenes y sanos traigan al espíritu la más terrible abominación de la guerra. El más grosero materialismo, incapaz de sentir si no los fenómenos traducibles en números que signifiquen monedas, puede mediante un cálculo sencillo determinar las energías que pudrieron aquellas tierras y el valor de esa energía; el viejo aforismo de los químicos: «En la Naturaleza nada se pierde ni se gana» se refiere á la materia, pero no á su acción, y el esquema clásico de la rotación de la molécula de fósforo permitiría hacer toda una escala de valores diversos de esa molécula según los complejos en que va encontrándose. Nadie hizo ese cálculo que,

extremado, nos llevaría, sin salir de los datos reales ni de las verdades que la estadística nos da como leyes, á cifras más que fabulosas, v, sin embargo, los cementerios que circundan á Yprés no guardan sino una parte ínfima de los muertos en la guerra. Son los cementerios del frente inglés que nunca fué el más extenso, aunque á veces fuese el más combatido.

Por eso las agencias turísticas de Blankenberghe—la playa ruidosa que á veces parece alemana, como Ostende suele parecer inglesa—cuando en sus cartelones escriben en alemán los anuncios de las excursiones á Yprés y Arrás, parece que invitan á los turistas á un utilísimo examen de conciencia. Desgraciadamente, todo será estéril; el turista no es, en general, ni un ser sensible ni un ser razonador, y aunque unos centenares—millares tal vez—de viajeros se detengan ante las tumbas, tendrá más eficacia en la génesis de los sentimientos germanos ese matrimonio, de que la información gráfica nos ha dado la imagen, paseando por Berlín llevando sobre el rostro la careta contra lo gases asfixiantes.

En Yprés mismo hay monumentos conmemorativos de las hazañas y de los heroísmos bélicos; son lógicos, y tal vez sean también indispensables.

Harían falta miles de siglos para que variase la mentalidad humana y se instaurase al fin el imperio de la paz.



Vista general de uno de los cementerios de guerra de Yprés. Algunas de las lápidas tienen en relieve el perfil del que duerme bajo ellas

LAS GRANDES INSTITUCIONES CATÓLICAS

El Museo Misional Etnológico Pontificio de Roma

EN la grande, magna obra que en todos los órdenes viene realizando Su Santidad Pío XI, destaca con poderoso relieve el magnífico Museo Misional Etnológico, que con extraordinaria solemnidad hubo de ser inaugurado en el mes de Diciembre del año último.

Esta nueva institución pontificia, nacida de la Exposición Vaticana de 1926, es, según la intención de Su Santidad, ante todo y sobre todo, *misional*. Quiere ello decir que está destinada á facilitar la comprensión y á caldear el entusiasmo del mundo católico, en lo que se refiere á los altos y variados servicios que realizan las Misiones de la Iglesia en toda la extensión de la tierra, promoviéndose con ello una más estrecha y perseverante cooperación de los fieles á la hermosa empresa confiada á los misioneros, cooperación que ha de corresponder al noble apóstolado que en países de infieles ejercen, sufriendo penalidades y privaciones, y frecuentemente conquistando en él la palma del martirio.

Pero este Museo Misionero no sería verdaderamente tal si no fuese también etnológico. Por una parte, el misionero no puede desenvolver una actividad eficaz cuando ignora ó conoce insuficientemente los usos y costumbres, las ideas y las tendencias del pueblo respectivo, y, por otra, era necesario aprovechar los riquísimos materiales etnológicos que los misioneros de todos los tiempos habían ido acumulando, y que han de contribuir poderosamente al progreso de la Etnología y la Lingüística. Y es especialmente importante para un misionero que antes de marchar á país de infieles conozca á fondo la religión del pueblo donde ha de ejercer su apostolado.

Una altísima finalidad se propone, pues, este Museo, y ella consiste en mostrar el ambiente moral, social, doméstico y sobre todo religioso en que el misionero desenvuelve sus actividades; instruir, educar á los llamados á la conquista de almas en el mundo pagano, á fin de que esa obra pueda ser más fecunda; estimular á los católicos á la mayor cooperación espiritual y económica para que todos los humanos alcancen los dones de la Fe y de la civilización cristiana.

Organizado científicamente el Museo por el sabio Padre Schmidt, fundador de la célebre



Reproducción á escala de un monasterio budista, en la sala de Mongolia

revista *Antropos*, y conocido en el mundo entero por el vigoroso impulso que de él ha recibido la ciencia etnológica, así como por los nuevos horizontes que á esta ciencia dieron sus estudios, ocupan sus instalaciones, en el Palacio Apostólico Lateranense, veintiséis grandes salas y siete galerías, llenando una superficie total de cerca de 6.000 metros cuadrados. Estas solas cifras darán idea de su magnitud. En la disposición general de las instalaciones se ha seguido el orden geográfico, sin distinción de instituciones misionales ó circunscripciones eclesiásticas, agrupándose con arreglo á dicho sistema los objetos de la misma especie. Las tres galerías del primer piso están destinadas á la documentación histórica de las Misiones desde el siglo V de nuestra Era hasta la época actual, ofreciendo como en

cuadro sintético el esfuerzo realizado por la Iglesia y sus gloriosas milicias por la conquista al Cristianismo de los pueblos de Occidente y de Oriente. Cuatro grandes salas de este mismo piso han sido dedicadas á las Misiones en los Balcanes, Siria y Palestina, mientras que en las de la planta principal se encuentran representados los países de antigua civilización, como la India, la China, el Japón, la Indochina, Mongolia y Corea. En todas las salas se hallan convenientemente recogidos y clasificados los múltiples objetos etnográficos que caracterizan la vida doméstica y social, la religión, la cultura de cada pueblo, completando las magníficas instalaciones los objetos y documentos instructivos, tales como cartas geográficas, estadísticas, fotografías, gráficos, etc., que dan idea de la actividad y de los resultados de la acción misionera y de la benéfica influencia que ésta ha ejercido y ejerce en los pueblos donde actúa.

Una sala especial se halla consagrada á los recuerdos de los santos y de los mártires que conquistaron para la fe los diversos pueblos paganos; dando para ello ejemplo de su heroica caridad y poniendo en la empresa el hermoso sacrificio de su vida. Admirables son también las salas destinadas á las islas de Java y de Bali, que pudieran ser consideradas como grupos humanos de civilización intermedia, y, por último, aparecen en otros lugares del Museo las representaciones de los pueblos más primitivos de África, Oceanía y América, completando la hermosa Exposición cuanto se refiere á las obras de caridad de las Misiones.

Aunque todo el Museo es una pura maravilla por la riqueza de los materiales acopiados, la sabia distribución de los mismos, el orden admirable y riguroso método seguido en su ordenación, habremos de detenernos especialmente, aunque con la brevedad que un trabajo de esta índole impone, en la descripción de las salas en las que á la información escrita acompaña en estas páginas correspondiente nota gráfica. Así, la insuperablemente artística de la China y del Japón, cuyas principales curiosidades para el visitante son el gran modelo de un monasterio de los monjes budistas de la Mongolia oriental, estructura imponente por la grandeza y complejidad de los edificios reunidos en su vasto recinto; los innumerables objetos demostrativos de un arte



Objetos pertenecientes á la religión budista, en la sala de Mongolia

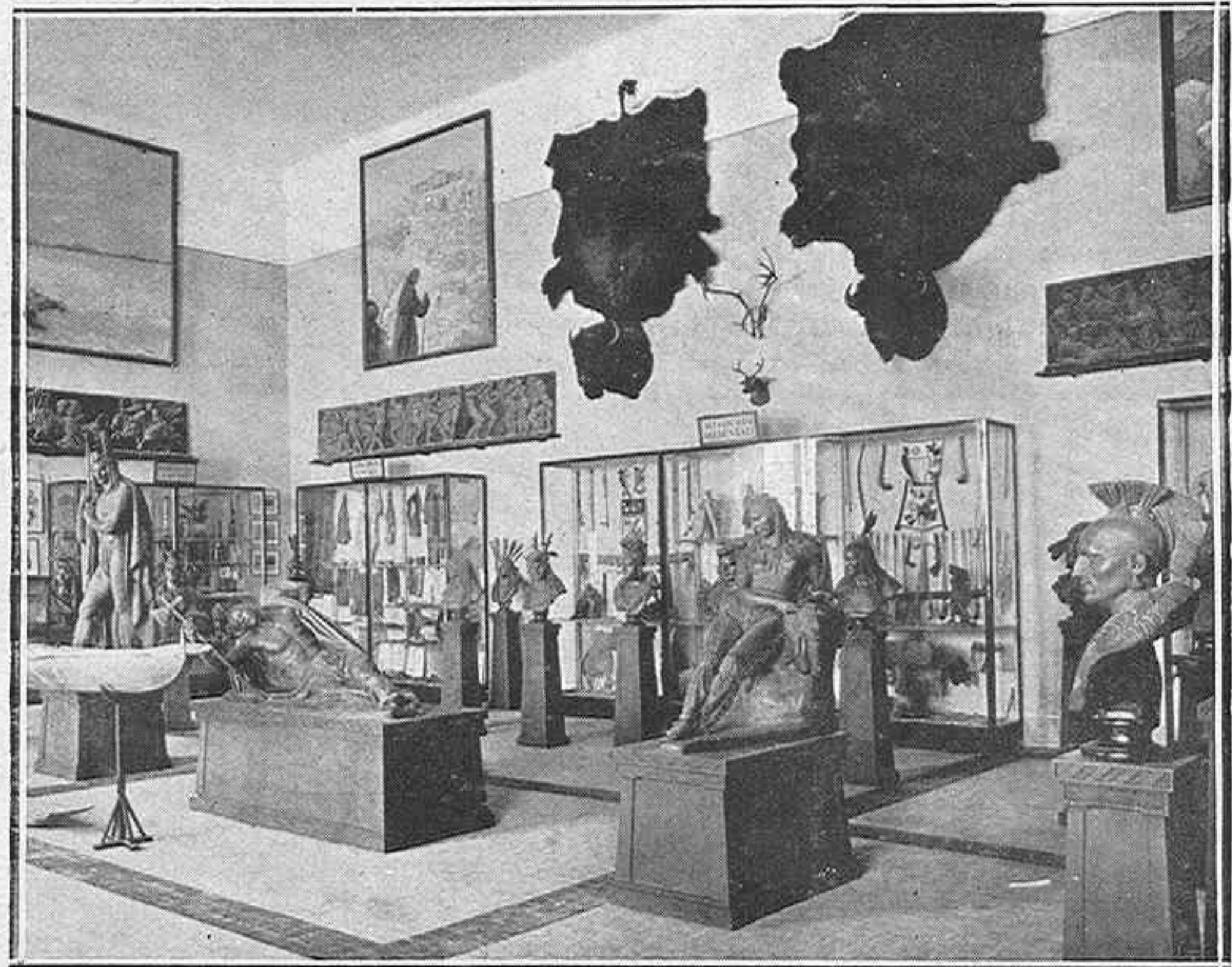
ornamental y escultórico de insuperable belleza, entre los que destacan el gran quemaperfumes de bronce labrado con exquisita prolijidad, y de cuyo ancho seno parecen emanar azules volutas de humo de embriagador aroma, síntesis de las extrañas sensaciones que produce el Oriente. Conmovedor es en grado sumo contemplar la suma enorme de riqueza artística acumulada por las Misiones de China y el Japón tras largos años de esfuerzos, y que en su mayor parte representan generosos donativos de altas personalidades de dichos países, ó convertidos á la fe cristiana, ó reconocidos á la gran obra social y religiosa efectuada por los soldados de Cristo. En las salas de Siam, Anam y Tonkin destaca por su magnificencia un palanquín de plata y oro de los emperadores siameses, mereciendo finalmente particular registro las salas destinadas á la Evangelización de los pueblos salvajes: Polinesia, Melanesia, regiones extremas de Australia, alto Nilo, Guinea septentrional, Africa oriental y región de los lagos, así como las referentes á las Misiones de la Patagonia y Araucania, tribus del Paraguay, Brasil, Ecuador, Colombia, Perú y Bolivia. Las salas de la América del Norte (tribus de indios de Arizona, Alaska, Canadá y Dakoda) ofrecen un amplio muestrario de objetos procedentes de las tribus que los habitan, abundando las armas, instrumentos de música,



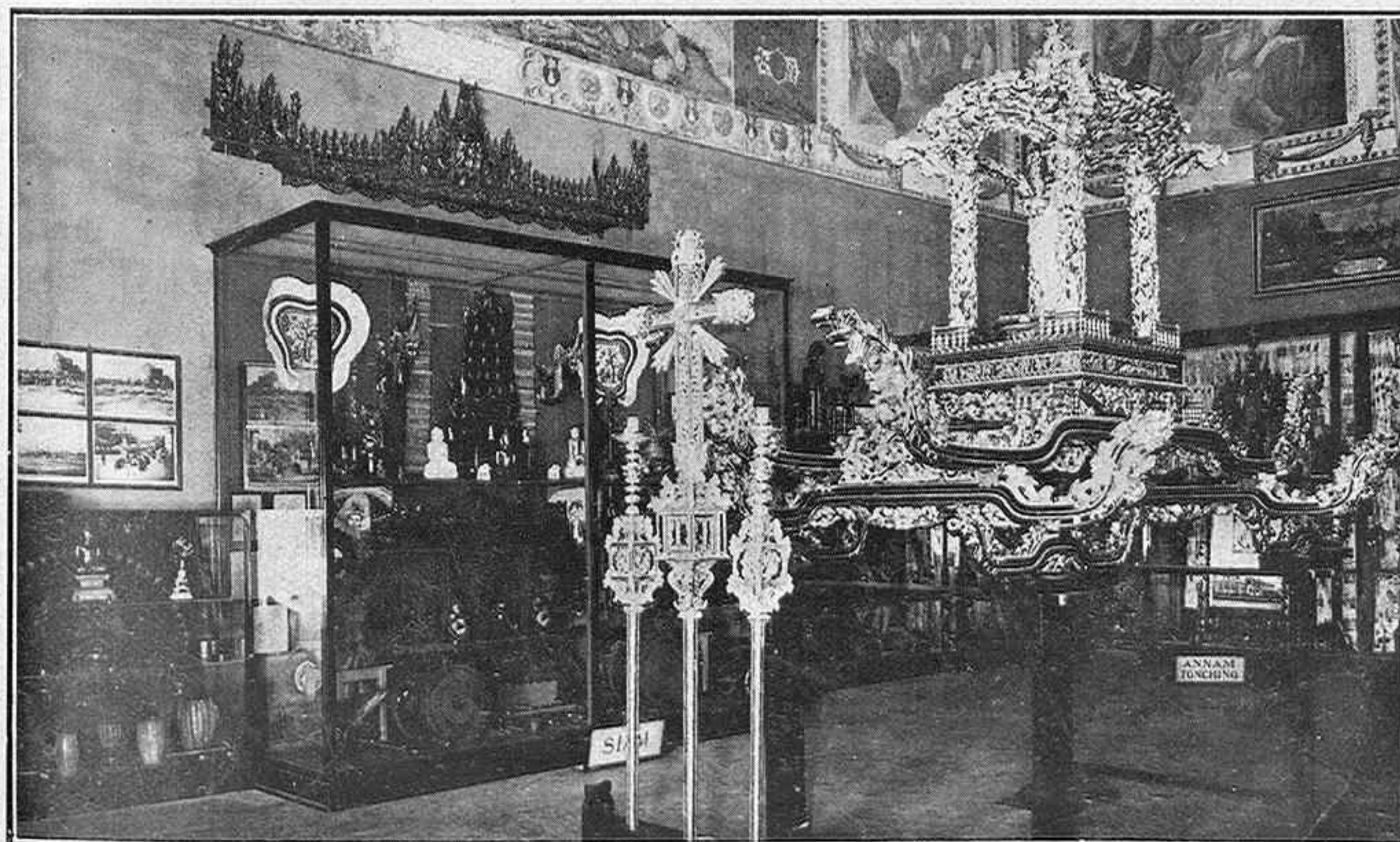
La artística sala de China



La sala de Indochina y parte de Siam



La sala de Arizona, Alaska, Canadá y Dakoda



La sala de Siam, Anam y Tonki

(Fots. Agencia Gráfica)

ornamentos de pluma y las curiosas estatuillas representativas de ídolos talladas con certero trazo por la mano de los indios convertidos al Cristianismo. En un ángulo de la sala á que nos referimos se yergue la estatua del jesuita misionero, padre Marquette, denodado campeón de la Iglesia, que en sus viajes misionales hubo de descubrir las fuentes del Missisipi; esta magnífica escultura es copia exacta de la que le fué elevada en el Capitolio de Wáshington, y que aparece entre las de los grandes beneméritos del continente americano.

Visitar, en suma, el Museo Misional Etnológico, aparte de la admiración que despierte la obra sagaz y vigorosa de los hombres de ciencia, significa el mejor conocimiento de las Misiones y de las maravillas que la Iglesia realiza en todas las regiones del mundo. Hemos de añadir que ni una ni dos visitas bastan para apreciar dignamente y valorar el heroísmo admirable de los nuevos apóstoles y la progresiva expansión de la Iglesia de Cristo. El Museo prueba ampliamente la admirable realidad de una cosa y de otra: constituye, ciertamente, una de las más rotundas pruebas de la divina Misión de la Iglesia, así como una de las glorias más espléndidas del Pontificado de Pío XI.

[J. GARCIA BIEDMA

SENTADOS sobre dos piedras desprendidas de un muro sarnoso, al borde de un camino y bajo el ramaje seco de una enorme acacia, hubieron de permanecer un punto silenciosos los dos hombres. Luego, don Fabián tomó su bastón con la mano diestra, afianzándole entre las herbezuelas, puso el codo siniestro sobre la amarillenta bola de marfil del puño, y dijo:

—Yo, señor don Alvaro, vivo en Villar de Zulema desde mucho antes de mi jubilación, que es lo que divide mi vida en dos partes. En mi juventud tuve vocación eclesiástica, como el pobre Lucas y como todos los librepensadores verdaderamente convencidos... Macario fué mi condiscípulo. Pero á éste no le tocó Dios en el corazón, y sigue bajo la pesadumbre del manto y de la teja. Salí del seminario también como Lucas, en el torbellino de unas faldas. Después, como todos los españoles de mi tiempo, puse mi porvenir en un destino. Y muy joven aún entré en Hacienda, de auxiliar. Tuve suerte. En mi carrera administrativa llegué á jefe de negociado, que ya es llegar para un hombre probo como yo, de la cáscara amarga y sin políticos en la familia. Mientras me vivió mi pobre mujer, no nos movimos de Madrid. Pero Dios, que dispone á su antojo de esta clase de arreglos, aun entre los librepensadores, me dejó una día viudo. Y como contra eso nada puede uno, por muy liberal que sea, y ahí está El Empecinado, que también se tuvo que aguantar, no pude hacer otra cosa que un arreglo nuevo de mi vida. Porque al marcharse de este mundo mi pobre mujer no me dejó solo. Teníamos una criaturita que había nacido cinco años antes de aquella desgracia. Usted no sabe, amigo mío, y quiera Dios que nunca lo sepa, lo que es un hombre al borde del sepulcro de su mujer, y con una criatura agarrada al cuello. Siente uno la impresión de que el destino le ha dado una bofetada. Una impresión de impotencia y de ultraje. Aquí, en Villar de Zulema, tenía yo una hermana, porque, la verdad sea dicha, de aquí somos oriundos, aunque yo haya nacido en Huesca y mi hija en Madrid. Mi hermana, que ya había hecho sus votos á perpetuidad en la áspera congregación de la soltería, era mucho más vieja que yo. Esto quiere decir que fué yo su única ternura. Vine yo al mundo cuando mi hermana era una moza. Nuestra madre murió poco después. Puede decirse que fué mi hermana quien hubo de criarme. Es posible que á usted le parezca esto un poco ridículo. La emoción de la infancia de un viejo es una cosa que da mucha risa, ¿no?...

En este punto, Alvaro quiso interrumpir á don Fabián. Extendió éste la mano para imponerle silencio. Tosió después. Y con sus propias palabras, y debatiéndose contra la tos, hubo de extinguir las de su amigo:

—Mis predisposiciones—siguió diciendo el viejo—me inclinaban hacia el hogar. Cosas de mi tiempo y de mi tierra. No fué, pues, nada difícil la avenencia con mi hermana. Mi hija, ni experimentó las amarguras del nuevo acomodo, porque sus tiernos años la ponían á cubierto de ello, ni tuvo más tarde que someterse á las rarezas de la tía sexagenaria, porque la pobre murió antes de que el juicio diese á entender á la sobrina que no era aquel hogar el nuestro. Por segunda vez tuve que cubrir el fantasma de la muerte con el manto azul de la Gloria, para explicar á la pequeña otra desaparición. Ya habían comenzado nuestros cuerpos á echar las raíces que nos aprisionaron á este rincón del mundo. Era yo demasiado viejo y mi hija demasiado joven para cambiar otra vez de residencia. Con mi jubilación y un buen orden en la vida no pasábamos aquí grandes apuros. Hija única, criada sin madre y por un padre viejo, no era posible otra cosa. Salió voluntariosilla, pero buena. Y tuvo un tesoro que hoy se encuentra muy rara vez entre las muchachas: la honestidad. En punto á honestidad, puede citarse á mi hija como el más alto ejemplo.

Interrumpióse el viejo. En el fondo de sus palabras hubo de ahogarse la última estrofa de su oración. Esta vez, Alvaro no abrió los labios. Sentía ante el dolor de su amigo la agudización de sus propios dolores. Ahogó á su vez un sollozo. En el silencio de la mañana profunda y azul, incorporóse al ahogo del viejo el desconocido do-

ACABA DE PUBLICARSE "LA SOMBRA ENMASCARADA"

Ceferino R. AVECILLA, el excelentísimo cronista y novelista, uno de los escritores que mejor saben sentir y expresar la emoción de París, acaba de publicar una novela que el público ha de leer apasionadamente: «La sombra enmascarada». AVECILLA tiene siempre al escribir una elegancia fácil, una aristocrática sencillez, base de todo éxito ante el público. Esa amenidad graciosa y viva culmina en esta novela de ahora, á la que cabe asegurar un gran éxito de librería. Una intriga de amor, deliciosa y apasionada; tipos certeramente vistos en la realidad: ambientes frívolos de Madrid y fondos apacibles de ciudad provinciana... Esto es «La sombra enmascarada», novela de la que ofrecemos en esta página un interesante fragmento

lor de Alvaro. Un poco trabajosamente prosiguió don Fabián:

—Se llamaba Elena, como su madre. Como la mía. Elena era la esperanza única de mi vejez. Pero una noche cayó enfermita, como si la hubiese herido un rayo. Y se murió. Entonces no tuve ya que hablar á nadie de la Gloria á la que suben las mujeres muertas. Por primera vez sentí la amargura de ser librepensador. La amargura ó la cobardía, si le parece á usted preferible. Tuve que empezar á vivir por tercera vez, cuando ya tan próximo me halló á la muerte. En la octava me acompañó la amigueta de mi pobre Elena. Lloramos junto al lecho vacío y



CEFERINO R. AVECILLA

ante la losa de su tumba. Pero luego ella volvió al cauce de su vida y yo tuve que buscar uno para mí. Y entonces me marché á la fonda del Cura. Pero todas las mañanas, amigo mío, entro solo en la casa vacía, y palpo las ropas de Elena, y las cambio de sitio, y palpo su cama, y parece que respiro la huella de su cuerpo en la soledad, como si aun no se la hubiesen llevado. Ya no sé cuál es mi verdadera vida. ¿La que vivo entre los muros de la casa que usted ha visto hoy? ¿La que vivo entre la indiferencia de estas buenas gentes? Le digo á usted que no lo sé. Cuando salí de mi casa para irme á la fonda, dejé en el hogar vacío todos los dolores. Los dolores de los viejos, ¿á quién le importan? El único modo de que siguiese tolerándome Villar de Zulema era conservar mi alegría de hombre sano. Y la conservo para que la gente no me vuelva las espaldas y me obligue á refugiarme en el rincón vacío á esperar la muerte cara á la pared. Sigo siendo el jubilado sin quehaceres que sabe todas las historias de Villar de Zulema, como le digo á usted que sé las de la amiga de mi hija. Fisgoneo; es verdad que fisgoneo. Pero así puedo despreciar á las gentes, porque sé lo poco que valen. Y á propósito: ¿sabe usted que me parece que Marotó le hace cucamonas á la mujer de Lucas? Usted no tiene idea de lo que es Villar. Macario dice que aquí todo el mundo está dejado de la mano de Dios. Y puede. Cuando le digo á usted que la misma amigueta de mi pobre Elena es una pindonga! ¡Pero si la tiene usted que conocer! Si la hemos visto un día al pasar. Y si todavía no la conoce, tendrá ocasión de conocerla en el baile del Casino. Yo le diré á Gregorio Mendoza que se la presente á usted. Guapa, es muy gua-

pa. Eso sí. Tiene veinte años, uno menos que mi Elena. Se llama Socorro. Socorro Martínez. Pero todo el mundo la llama Socorrito. La Socorrito. O Socorrito la «Rabilarga», que es peor. Porque su madre fué un poco así, ¿sabe usted?... Y como hay un refrán que dice que «de casta le viene al galgo el ser rabilargo», y Socorrito no desmiente á la galga de su madre... Pero, ¿qué le pasa á usted?...

Miró don Fabián al forastero con tales muestras de inquietud, que no parecía sino que, en efecto, la cara de Alvaro Ruiz hubiese dado testimonio de la angustia que hubo de subirle del pecho á la garganta. Con un enorme esfuerzo de su voluntad logró que sus labios se contrajesen en una sonrisa absurda que no fué parte ni á dar á su rostro una expresión serena ni á tranquilizar las picardías del viejo, que siempre «se pon a en lo peor». Pero aquella vez no pudo dar á sus malevolencias ningún destino. Quedóse no ya sin saber, pero sin sospechar á qué pudiera haber obedecido la consternación del forastero.

Excusó éste todo linaje de explicaciones, achacando su gesto á «una punzada». Desequilibrios nerviosos. Neurastenia. Muy poca cosa, en resolución. Tan poca cosa, que ya se sentía perfectamente...

Echaron á andar en silencio. Las manchas del traje de don Fabián relucían á la luz. Unos minutos más tarde, los porches de la calle Mayor se ofrecían ante ellos como un inverosímil túnel urbano. En tal punto hubo el viejo de recordar á su amigo que era á él al que entonces le tocaba hacer relación de su historia.

—A menos que su historia—dijo—sea tan dilatada que no pueda ser referida brevemente, ó á menos que usted guste, como yo, de dejar volar los dolores bajo el sol como las alondras, y bien acomodado en el campo, que es el lugar más favorable á toda especie de suspiros y á la violación de los secretos. Sin contar los escrúpulos. O á menos que la punzada no le deje á usted hablar á su arbitrio.

Alvaro excusó la respuesta terminante. Esquivaba una explicación que no podía dar. Sintióse confuso. Presa de una de las burlas con las que la vida se ríe de los hombres. Ante él, la realidad acababa de hacer una mueca. Cuando iba en busca del único hombre que circunstancialmente creyó que le hubiese podido escuchar y hacer la luz en sus obscuridades, he aquí que ante él se alzaba una muralla nueva. De seguro que la hija infeliz de aquel pobre viejo tan dueño de sí mismo era la amiga con la que Alvaro había conocido en Madrid á Socorro. Resolvióse, pues, á callar. En resolución, el baile del Casino le iba á poner frente de las realidades. Buscó, pues, una manera de esquivar el requerimiento de don Fabián, y le dijo:

—No. No... Lo mío no merece la pena. Me ha emocionado de tal modo su historia, mi querido don Fabián, que mis preocupaciones me parecen ridículas. No hablemos, pues, de lo mío. Si acaso, otro día...

—Usted sabrá—repuso «El Empecinado», no á modo de réplica, sino de asentimiento. En el fondo estimaba á su amigo la atención sutilísima y circunstancial.

La contera del bastón de caña volvió á golpear rítmicamente el enlosado de los soportales. Y aquellas botas enormes, que en el campo habían enmudecido, volvieron á crujir. Don Fabián se recobraba en la calle Mayor.

Sonó la una en el reloj de la Colegiata. Aquellas campanadas le producían á Alvaro la misma sensación de martilleo que guardaba su memoria de las que tocaron cuando se murió su madre. Era como si toda ciudad vieja tuviese para los hombres unos recuerdos únicos.

Después de un breve silencio, dijo don Fabián, parándose, según su costumbre, y echando á la espalda su bastón, bajo el vuelo de la chaqueta negra:

—Es particular. Le he hablado á usted hoy como yo no había hablado á nadie nunca. ¿Por qué? Pues no sé por qué. ¿Qué cosa más rara! Y la verdad es que me siento aliviado de mi pena secreta. Como si le hubiera transmitido á usted un poco de mi dolor. ¿Usted se lo explica?...



EL HUESPED ALADO

La gaviota, ave ebria de azul

La gaviota ama el mar. Ella traza sobre la tersa y brillante lámina las rutas de sus vuelos, poniendo la mancha de su sombra inestable y movediza en los infinitos horizontes. Junto á la quilla del trasatlántico, en el palo del velero, rozando la ola espumosa en el acantilado, ó en la quieta y tranquila calma chicha, las alas del ave marina entonan la canción eterna y misteriosa del mar.

Pájaro ebrio de azul y de inmensidad, viajero incansable, huésped alado de todos los mares y de todos los cielos, la gaviota, inquieta y tornadiza como pensamiento de fémina, es no sólo una sugestión estética, ó un tema propicio para el pintor ó el poeta, sino también la compañera dulce y amada del triste viajero que desde el

barco—al abandonar la patria—ve emocionado cómo revolotea sobre su cabeza la muchedumbre alada de pájaros marinos, que llenan sus ojos de agradables visiones, y su mente de ideas tranquilas y dichosas.

Grácil y ondulante, la gaviota—esta novia del mar—tiene el encanto, la ligereza, la inestabilidad, la gracia y la armonía de una bella silueta femenina. Al volar sobre la movediza sábana acuática, el jabardillo de plumas temblorosas semeja un puñado de buenos pensamientos lanzados á todos los confines del mundo. El noble pájaro marino, nervioso y vibrátil, se lanza sobre la superficie quieta y sobre las altas pirámides de espuma. Cuando Neptuno agita con sus tridentes formidables y agudos el hondo corazón

del mar; en el instante en que el aluvión marítimo se yergue magnífico, como monstruo alocado, y el azul suave deviene en negrísima gacha, y la galerna derrama su sucio tintero, y el mar es un negro *film*, y las aguas semejan la cbellera envenenada y diabólica de las Furias, la gaviota gira, vuela y salta trémula, enloquecida, por cima de las crestas marinas, rozando los agujeros ondulantes, batiendo con sus alas el turbión, como pájaro milagroso nacido en las entrañas del agua.

La gaviota no es sólo un pretexto literario, ni una estampa de cubierta de *yatch* y playa veraniega; es el pájaro simbólico del mar, el ave de la *silueta elegante y graciosa*, como perfil de muchacha moderna.—X. X. X.

(De «The Sketch»)

UNA CHARLA CON EL DOCTOR D. GUSTAVO PITTALUGA

"LA INFECCIÓN PALÚDICA HA SIDO SIEMPRE UN GRAVÍSIMO PROBLEMA EN ESPAÑA"

«LAS VIDAS Y EL DINERO QUE CUESTA Á NUESTRO PAÍS EL TRÁGICO MOSQUITO ANOFELE»

PONGAMOS aquí, en el gallardete de este trabajo, el nombre de un sabio jornalero de la investigación científica: Gustavo Pittaluga. La tozuda perseverancia, el claro talento, la perspicacia aguda, el afán de cada hora dedicado por este español ilustre al estudio de las fiebres palúdicas, ha hecho que el nombre de España suene en el palacio de la Sociedad de Naciones como una realidad tangible y ubérrima de que nuestro país tiene derecho á un sitio en el banquete de los trabajadores de la ciencia.

En un ambiente frío, refractario é indolente como el que existe en nuestro pueblo para estos trabajos, asombra la voluntad fortísima, el denuedo, el amor de que hay que estar dotado para empezar y seguir la áspera caminata. ¿Cómo no leer con emoción los viajes de Pittaluga por los recovecos, trochas, caseríos, pantanos y aldeas de la Península en busca del maléfico mosquito «Anofele»? ¿Cómo no saludar con entusiasmo al viajero que montado en una mula ó en un borriquillo, llevando como arma su microscopio, corre por la estepa castellana, se mete en los campos extremeños, saluda las costas mediterráneas y llega á las selvas vírgenes de Guinea, y á las factorías de Fernando Poo? Junto á los charcos y abrevaderos cacereños planta su tienda de campaña, y los campesinos, los pobres terrozoneros, llevando de la mano á sus mujeres y sus niños, acuden á Pittaluga, pidiéndole un remedio para el temible azote de la fiebre. Y en las quebradas, remansos, estanques, charcas, pozos, zonas de regadío, arroyuelos y marismas, allí donde hay un vivero de larvas, está el sabio investigador dispuesto á entrar en pelea y destruir el foco maligno.

La Comisión nombrada para el saneamiento de las comarcas palúdicas, en el año 1920, y dirigida por el sabio médico, lleva á cabo una labor tan altísima, humana y meritoria, que merece la gratitud de todos los hombres. Gracias á sus trabajos se salvan de la muerte pueblos enteros, y la vida del campesino en esas comarcas es ahora más sana, más luminosa y alegre. Y andando por breñales, ejidos, talanqueras y tierras de pan llevar, en esta «santa cruzada antipalúdica» van conociendo España y descubriéndola. En el «Informe» de estos trabajos, hecho por el doctor D. S. de Buen, y revisado y aprobado por la Comisión, dice de Talayuela (Cáceres):

«La mortalidad infantil es elevada.

Ello depende principalmente de dos causas: depauperación por paludismo de padres é hijos y falta absoluta de la higiene de los niños. La reglamentación de la lactancia es un mito, á pesar de los esfuerzos del doctor Rodríguez, médico que viene al pueblo, y de las continuas predicaciones de nosotros mismos. Los niños están de continuo colgados de los pechos de sus madres, y cuando no ocurre esto son llevados en brazos de niñas de ocho á diez años, y se los ve mezclados y por los suelos.»

«Además, muy pronto les dan papillas mal preparadas, y casi todos, á los pocos meses, han probado ya el cerdo.»

«La limpieza es desconocida para ellos. Las madres dejan que les crezca una gruesa capa de caspa, «para que no enfermen de los ojos». Con ello fomentan en gran escala las piodermítis, y son muy frecuentes los abscesos de cuero cabelludo.»

«La promiscuidad hace que las conjuntivitis se den por epidemias.»

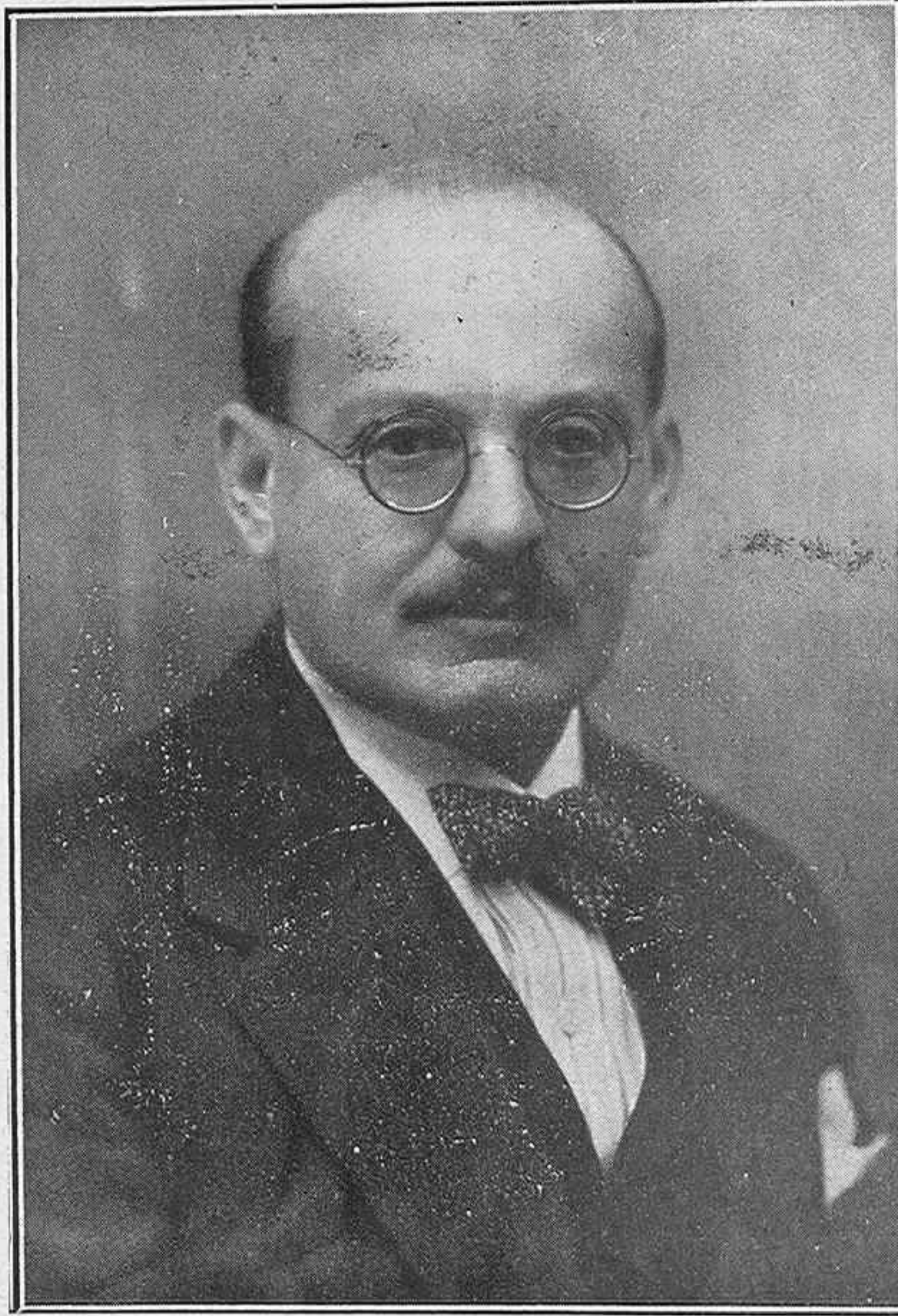
«Son interesantes algunos prejuicios de las ma-

dres, como el anterior. Muchas les hacen llevar amuletos de hierro «para evitar las fiebres que da la luna.»

EL GERME MICROSCÓPICO QUE PRODUCE EL PALUDISMO

Estoy en el despacho del doctor Pittaluga. Sobrio de palabra, responde el ilustre parasitólogo á mis preguntas. No hay empaque ni afectación en sus ademanes. Sencillez y claridad. Yo pregunto: «¿Qué es el paludismo?»

Y el Sr. Pittaluga pone en mis manos un



DON GUSTAVO PITTALUGA

Eminente doctor y sabio catedrático de Parasitología y Patología tropical de la Universidad de Madrid, cuyas tenaces campañas antipalúdicas han proporcionado tan os beneficios á España, colocando el nombre de este investigador en nuestro país y en el Extranjero á una envidiable altura

librito. Es una conferencia dada por él en la Escuela de Ingenieros de Caminos el 7 de Abril de 1927.

«El paludismo—copic—es una infección producida por un virus, por un germen microscópico. Este microbio vive, actúa como tal germen patógeno directamente en la sangre del hombre.

Al observar con examen microscópico la sangre de un palúdico, encontramos por lo general en un cierto número de glóbulos rojos formas parasitarias específicas. El parásito, el virus, el germen patógeno, ha invadido el glóbulo rojo y dentro de él se desarrolla, alimentándose á expensas de la hemoglobina del glóbulo mismo. Finalmente, después de un cierto número de horas—en la terciana, cuarenta y ocho horas; en la cuartana, setenta; en las fiebres malignas, un tiempo variable—, este virus, después de haber destruido el glóbulo rojo, se divide ó segmenta, produciendo cierto número de gérmenes.

Cada uno de estos gérmenes, que son el producto de la segmentación ó división del germen

primitivamente desarrollado en el glóbulo rojo, cae en el plasma de la sangre é invade otro glóbulo rojo, desarrollándose otra vez; y así se produce primero la fiebre, luego la anemia y la intoxicación de la infección palúdica.»

EL VIRUS DEL PALUDISMO NO PUEDE VIVIR EN EL AMBIENTE EXTERNO

—¿Y cómo se transmite al hombre este virus?

—Es este un problema que no fué resuelto hasta el año 1897 por la obra concomitante, en la India y en Italia, de dos grandes investigadores, el inglés Ronald Ross y el italiano Grassi, los cuales han demostrado de modo incontrovertible, hoy aceptado universalmente, que este germen, adaptado por razones ancestrales á una convivencia definitiva con la sangre humana y con el organismo de un invertebrado, de un mosquito determinado, no se encuentra en ningún otro ambiente natural; no puede vivir en el ambiente externo; no es como el virus del cólera, por ejemplo, que con las deyecciones humanas puede sobrevivir en las aguas, aun cuando en forma diversa, quizá saprofitica, y durante un cierto tiempo, no patógena, pero que luego, introducido de nuevo en el intestino humano, puede producir la enfermedad.

El virus del paludismo no puede vivir en el ambiente externo. Es un virus adaptado biológicamente de modo definitivo á vivir en la sangre del enfermo humano y en el organismo del mosquito. El mosquito extrae el virus picando á un organismo humano enfermo.

Absorbiendo la sangre humana infectada portadora de virus, el mosquito se infecta á su vez.

UN PROCESO COMPLICADO DE REPRODUCCIÓN DEL VIRUS

—En el estómago del mosquito acontece un proceso muy complicado de reproducción del virus. Este experimenta allí un desarrollo sexuado: tiene elementos masculinos y femeninos, los cuales se conjugan, se fecundan y dan lugar á un nuevo ser, el que después de diez y ocho ó veinte horas de desarrollo, se fija en la pared del intestino del mosquito, se transforma en un saco llamado ooquiste, lleno de pequeños parásitos que son el fruto de una división muy complicada, múltiple, del parásito primitivo, y, finalmente, estos ooquistes aumentan de volumen y se rompen, al cabo de un período, por término medio de ocho á diez días, muy influido por la temperatura del ambiente externo.

Al cabo de ocho ó diez días en el interior del mosquito, los ooquistes están ya maduros, se rompen, y los pequeños productos microscópicos, finísimos, extraordinariamente numerosos, millones de seres, que son el resultado de la reproducción sexuada del parásito, se vierten en la circulación general del mosquito y alcanzan las glándulas salivares del mismo, mediante las cuales el mosquito vierte en la pequeña herida, que abre en la piel con la perforación de la piel por medio del estilete, una gotita imperceptible de líquido irritante. La picadura del mosquito, aunque no esté infectado, produce una lesión. Pues bien: cuando esa saliva acarrea el germen, entonces éste es introducido en la sangre humana, y empieza, á partir de ese momento, la otra forma de la evolución del virus, la forma de evolución asexual dentro del glóbulo rojo. En el glóbulo rojo vuelve á dividirse y á multiplicarse el germen y se produce la enfermedad. Este es el proceso en virtud del cual el parásito del paludismo se transmite de un hombre enfermo á un hombre sano.

LAS AGUAS PERIDOMÉSTICAS

—¿Y dónde se reproducen los mosquitos?

—En general, todos los mosquitos, y los del paludismo también, se reproducen en las aguas; las hembras ponen sus huevos en las aguas; huevos que en las especies transmisoras del paludismo se disponen casi siempre en forma geométrica sobre la superficie líquida.

—¿Y cuáles son los tipos de agua más propicios para el desarrollo de los mosquitos transmisores del paludismo?

—Las aguas más apropiadas para el desarrollo del anofele, son, en primer término, las que yo he llamado con insistencia, en estos últimos años, *aguas peridomésticas*.

logrando que esta denominación fuese aceptada por la Comisión Internacional del Paludismo de la Sociedad de Naciones, y, en general, por los malariólogos contemporáneos.

Las *aguas peridomésticas* son aquellas que directa ó indirectamente están relacionadas con el ambiente doméstico, con la casa ó con el sitio en que el hombre habita. La palabra «casa» es, por desgracia, demasiado fastuosa para ciertos cobijos humanos rurales, sobre todo en algunos países; recordemos á la isba rusa, al rancho de la América del Sur, la choza de nuestros pastores, ó la *capanna* de la campiña de Roma. En general, se entiende por *aguas peridomésticas* el conjunto de aguas que, bien derivándose directamente del ambiente doméstico, bien arrojadas en las proximidades del mismo, por ser utilizadas en la huerta que rodea la casa, están relacionadas directamente con el ambiente en que el hombre se recoge para dormir. Este es el punto más importante de la cuestión, porque los anofeles, en suma (la mayor parte de las especies de anofeles) no pican al hombre más que durante la noche, ó por lo menos durante un período de inmovilización del hombre, y es natural que el período de inmovilización más importante es el de la noche, cuando está durmiendo, ó cuando se sienta echado ó sentado delante de la puerta de su casa en la hora vespertina. Esas son las horas en que los anofeles suelen picar.

EL PALUDISMO EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII.—CINCO MIL VIDAS ARRANCADAS AL PELIGROSO MICROBIO

—¿Se han estudiado estas fiebres en nuestro país? ¿Qué mortalidad produce en España?

—La tradición del estudio de las fiebres palúdicas en España es antigua—nos responde el señor Pittaluga—. En el año 1903 yo dediqué un trabajo al estudio de las fuentes históricas de los clínicos y epidemiólogos de los siglos XVII y XVIII. En particular Ludovico Mercado, protomédico de Felipe II, se ocupó con gran perspicacia del problema del paludismo. Sobre todo del paludismo *maligno*.

La infección palúdica ha sido siempre un gravísimo problema en España. Todavía, á principios del siglo XX, cuando yo empecé á investigar la distribución geográfica y la difusión del paludismo, morían víctimas de esta enfermedad más de seis mil personas al año. Ahora esta cifra ha bajado á la sexta parte. Sin embargo, la muerte de mil personas al año por paludismo



Uno de los laboratorios de la Sección de Parasitología del Instituto Alfonso XIII



EL DOCTOR SADI DE BUEN
Jefe de la Sección de Parasitología en el Instituto Alfonso XIII

especial al Dr. De Buen, colaborador mío desde hace más de quince años, que lleva ahora el peso de la campaña y dirige el Hospital Antipalúdico de Navalmoral de la Mata (Cáceres), centro de estudios de primer orden, al que acuden discípulos y especialistas de aquí y de fuera.

—¿El presupuesto que exigen estos trabajos es suficiente?

—No, señor; pero, aunque escaso, como está distribuido muy cuidadosamente, cumple sus fines, aunque no nos permite todavía extender la campaña á comarcas que padecen paludismo bastante intenso. Ultimamente, por iniciativa de Su Majestad la Reina, se ha pensado en hacer intervenir á la Cruz Roja en la lucha antipalúdica de manera análoga á lo que acontece hace ya mucho tiempo en Italia. Es posible que en este caso se intensifique la lucha con medios más amplios.

Como ya dije en una conferencia, es necesario, por el esfuerzo coordinado de todos, ir á un estado de cosas que permita á las poblaciones de los ambientes rurales, en regiones de endemia, hoy realmente diez-madas, azotadas, empobrecidas orgánicamente por el paludismo, vivir con aquel mínimo de bienestar físico sin el cual no existe ni dignidad de hombres ni conciencia de ciudadanos.



El doctor Pittaluga rodeado de los vecinos de Mirabel (Cáceres), que dieron el nombre del eminente profesor á la Plaza del pueblo por su campaña antipalúdica en 1925

Fots. Cortés

significa que hay, cuando menos, 200.000 atacados. Las pérdidas económicas son también considerables.

LAS REGIONES MÁS ATACADAS.—VEINTE DISPENSARIOS ANTIPALÚDICOS.—ELOGIOS DE LOS ESPECIALISTAS EXTRANJEROS.—LA GRAN BATALLA

—¿Qué regiones en España son las más atacadas?

—Las provincias extremeñas en primer término, la Andalucía occidental, Levante, gran parte de Castilla y la Mancha.

—¿En qué ambiente se desarrolla más el paludismo?

—En los ambientes rurales. Es una enfermedad de la gente de

campo, y de los soldados en campaña. Sólo en tiempos de guerra la atención de los Gobiernos se concentra intensamente sobre este grave problema, al que hay que atender con persistencia y asiduidad.

—¿Nuestros Gobiernos tratan de combatir enérgicamente el paludismo?

—En España, hay que reconocerlo, se ha hecho desde hace tiempo un gran esfuerzo en ese sentido. Desde hace años (1920), una Comisión especial, que depende del Ministerio de la Gobernación, ha organizado una enérgica campaña.

Por lo pronto, hay más de veinte Dispensarios Antipalúdicos, especialmente dirigidos por personal muy competente que ha llevado á cabo trabajos dignos de la mayor estimación, y que ha merecido elogios de cuantos especialistas extranjeros han venido á rendirnos visita, entre ellos los comisionados del Comité de Higiene de la Sociedad de las Naciones, y recientemente el eminente profesor Castellani, de Londres, y el Dr. Russell, de la Fundación Rockefeller, de New York. Quiero recordar de un modo



MOTIVOS

EL circo tiene una atmósfera especial con calidez de vida a la que se asiste, con espolvoreaciones de rubia vibración, es decir, una cosa indefinible y directa que en el circo de cinematógrafo se pierde.

Esos brillos de lo artificial que tiene el circo del cine hacen de él un circo comprado completamente de nuevo en el Bazar de los Circos, sin esa alma de trotacaminos que tiene el circo, indefenso en medio de la vida, con puertas para todos los que vayan entrando, caluroso de una humanidad especial, inquieto de peligros, con escapados rugidos de fiera, caído el adiós de un pañuelo desde el alto trapecio.

El circo de cine—imitación de primera de primera—es un circo solitario, vacío, en cuyos espectadores de repuesto no puede creerse.

Así como la imitación del teatro tiene hechura en cine porque en cualquier sala se puede preparar un público de compromiso con apariencias de verdadero, el público de circo no puede ser imitado, pues tiene una cosa de público de la casualidad muy difícil de imitar.

Todos los alrededores del espectáculo, las exhibiciones de la entrada, los carros de la magia que pasan, etc., etc., pasan bien, toman valor



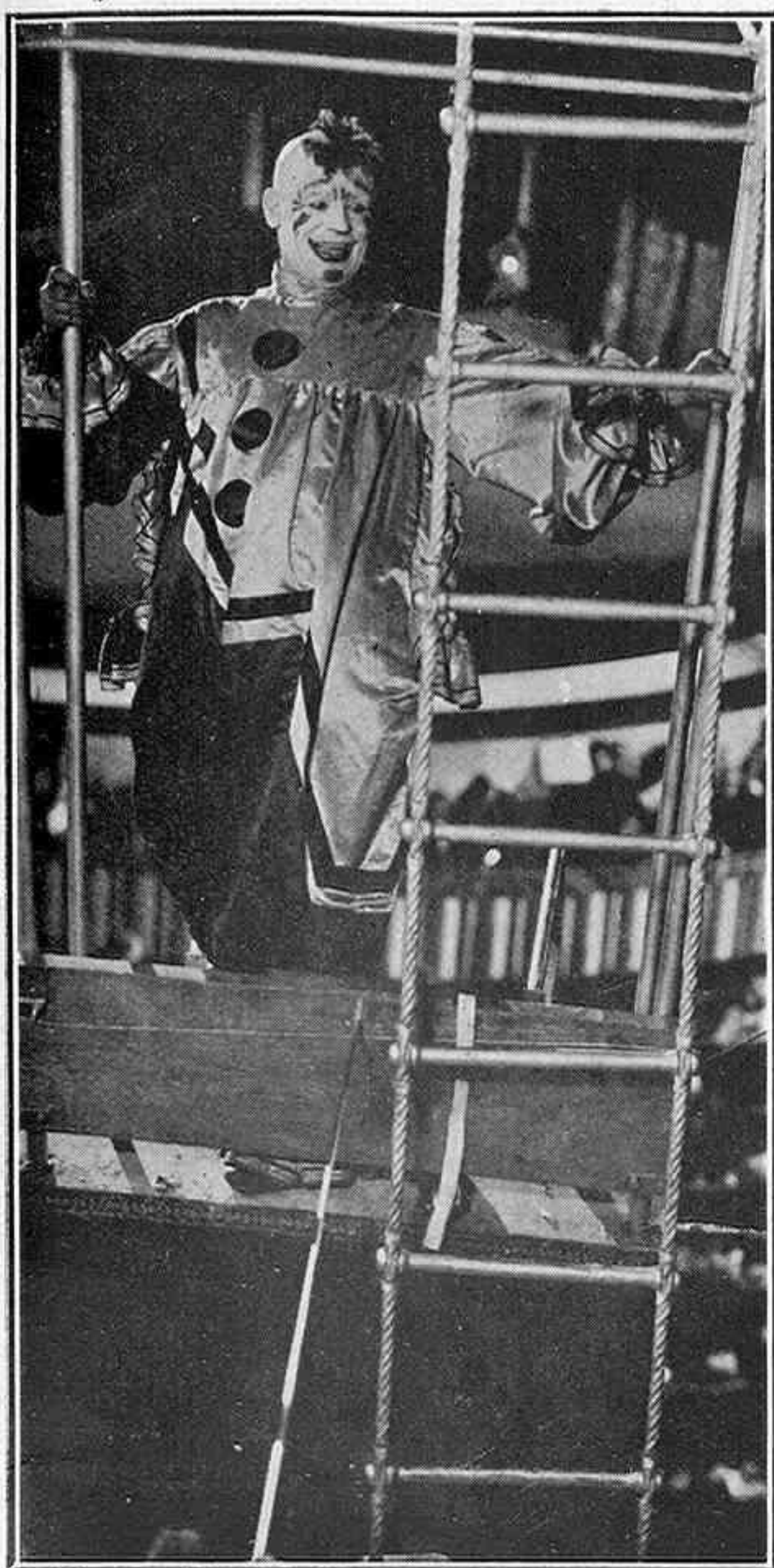
Circo de cinematógrafo

de caravana al sol; pero en cuanto se entra en el espectáculo, el circo se vuelve un circo muy de ocasión, un circo de campana neumática cinematográfica, un circo sospechoso cuya función se celebra en las alcobas cinematográficas.

¿Sube al cielo verdadero del circo esa escalera que de deslumbrante y nueva que es, parece tener los barrotes dorados?

Como parece inútil, y han de considerarlo así los directores cinematográficos, el artista de cine no se ha subido a la altura supuesta, sino que ha sido confeccionado el truco y se han superpuesto dos visiones.

En alguna ocasión, cuando hay que dar la emoción del gran experimento como en *Varieté*, las águilas humanas que actúan en lo alto y se lanzan sobre el abismo, son artistas del verdadero circo en una función del circo auténtico. Pero cada momento del verdadero circo pasa como una exhalación para poder volver a enfocar de nuevo a las falsas águilas humanas, los actores de cinematógrafo vestidos como los verdaderos voladores del circo que son los que no recogen todos los laureles del triunfo, siendo los intrépidos acróbatas que con el bastoncito atado a su andamio pescan el trapecio del pánico.



El circo de Charlot ha sido un circo aparte, como circo interior de su corazón, por cómo lo mete todo en su alma el genial actor y hace que suceda en las circunvoluciones de su cerebro y de su arte.

Los circos del cine están tan contratados para la actuación silenciosa, que resultan circos de ninguna parte y su material tiene el lustre de los aparatos de níquel de los dentistas.

Todo lo que sucede en los circos del cinematógrafo sucede en la casa de muñecas de lo imitado, y hay un no sé qué en todo el espectáculo de jaula de pájaros nueva, la más bonita jaula de pájaros del mercado, aquella en que los columpios bailan como acompañados columpios de reloj. Se nota en los rostros de los sinceros artistas de circo que ven la farsa, que trabajan en falso, que exhiben sus fenomenalidades frente a públicos invisibles, lejos de la feria rumorosa, sin miedo a las protestas de la noche, sin ese embarcamiento por mares de sincero peligro y de fija expectación, que se emprende cada noche en el velero ó trasatlántico de los circos de verdad.

Función de sueños con payasadas de la trasnoche es esta fun-

ción del circo de la pantalla, llena de la frialdad de lo reflejado en espejos, siempre disfrazados de raso blanco y negro los clowns.

Pero el cine no se puede detener en la imitación del circo ni puede prescindir de él, y tiene que usar ese gran juguete mecánico que exhibe y poner en movimiento su automatismo y hacerse la ilusión de que convence, aunque no pueda convencer, porque el circo, por ser un espectáculo hasta más natural y verdadero que el paisaje y el mar, no puede adquirir naturalidad en la película.

El Circo es inimitable, como plena naturaleza que es, con luces de paraíso, con todas las primeras materias del arte en bloque fiero, natural, silvestre. El Circo está, antes que ningún arte, pertrechado, como lo que en silencio rezuma la plena justificación.

Tomado por el cinematógrafo, que, más que un arte, es un procedimiento que ensancha el teatro, complica sus unidades y le lleva á entrevisiones enfocadas en panorama y en detalle, el Circo temblotea, parpadea, se queda repintado, galmeado de plata, funcionario.

Las hilaridades, que tienen un tono canela é irisado, no envuelven en sus ondas al circo fotográfico. Todo se queda sólo, aislado, colgado sobre cuerdas flojas de gracia.

El calor de la convivencia y esos tonos de pastel revuelto que integran el espectáculo de circo, desaparecen en los espejos que reflejan el Circo en el café silencioso del cine.

Es este Circo contrahecho algo así como el juguete *mecano* para los niños, y se ven sus piezas de flauta tramoya, sus hilos de platino, su mudez de charangas.

¡Qué esfuerzo el de los falsos artistas de Circo para calentar ese Circo, que es como un barco que no va por el mar! Se pintan como nunca; gritan como nunca; hacen los gestos en que se regasta la persona, presumen de naturalidad en el rellano de la verdadera danza; caen cansados de clownería cuando ya están fuera de la película, apagados todos los focos, tirados en el suelo los reflectores de aluminio de tela.

En el cine hablado y ruidoso que viene y en el que todas las figuras adquirirán morbidez nueva, ¿podrá salir mejor el Circo estrepitoso y disparatado?

Quizás no. Quizás el Circo es sólo para con-



templado en su verdadero local, allí donde da su escalofrío de improvisación de la lucha por la vida, y donde los azares de público, catástrofe é instinto, se multiplican por otras circunstancias inesperadas, la de la visitante displicente que saca sus brazos flacos al aterciopelado prueba

guantes del antepalco, y la de un silencio pánico que está preparado por charangas y desgañamientos.

Circo quizás del otro mundo — más lejano mundo que el de América — es este Circo que parpadea en el cinematógrafo y pone en movimiento sus ruedas y proyecta como en sueño de sueños, como en abismo de locura, el plafón circense, descubriendo en su claraboya al hombre mosca, colgado de un hilo, naufrago de la gran cometa de la expectación.

Hasta los pobres payasos de verdad, cuando trabajan para el cine, se marean y empalidecen de importancia, y se les ve ansiosos de acabar, cortados, perturbados de dólares, deseosos de salir del cuadrado galvanizador y tomarse una copa de vino de la vida.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



VIDAS TRAGICAS

La octogenaria María Feodorovna, ex Zarina de Rusia

MUERTA no ha mucho la ex emperatriz Carlota de Méjico, una de las figuras dolorosas de la realeza malaventurada, queda aún viva otra representante de ese sino adverso que pesa inexorable sobre algunas vidas destinadas, por su alto origen, á gozar de todas las bienandanzas, de todas las humanas satisfacciones... Es ella, la ex emperatriz María Feodorovna, madre del infortunado Nicolás II, último soberano de Rusia, fusilado por los bolcheviques en Ekaterinburgo el 12 de Julio de 1918.

Con harta razón llaman á la egregia desterrada sus compatriotas los daneses, *La Dama de las lágrimas*, pues que han sido muchas las vertidas por la hija del rey Cristián IX de Dinamarca desde que el 26 de Octubre de 1866, y rodeada de los esplendores de la corte moscovita, se uniera en matrimonio con el zarevich Alejandro, trocando su nombre de princesa Dagmar por el de María Feodorovna.

Prometida al zarevich Nicolás de Rusia, aquella boda no llegó á efectuarse. Un día infausto fué llamada la bella princesa á la cabecera de su *fiancée* que agonizaba en Niza, víctima de una dolencia que no perdona. Sólo llegó con el tiempo preciso para despedirse del moribundo heredero de la corona rusa, cuyos labios exangües formularon un postrer ruego á la princesa Dagmar: que contrajera matrimonio con el zarevich Alejandro.

La explosión de una bomba nihilista en las calles de San Petersburgo llevó al trono á María Feodorovna. Destrozado por la máquina infernal Alejandro II, fué emperador de Rusia Alejandro III, siguiendo á su enlace con la princesa danesa trece años de paz y de felicidad para la regia pareja. Fueron los únicos que disfrutó en su vida *La Dama de las lágrimas*.

María Feodorovna poseía, en verdad, todas las cualidades para ser dichosa. Dotada de grandes atractivos físicos, su discreción, su recato, su extraordinaria cultura literaria y artística, corrían parejas con la hermosura del rostro. Especializada desde su matrimonio en los estudios de política internacional, y habiendo llegado á adquirir, merced á ellos y á su sólida preparación, un claro concepto de los problemas de su tiempo, previó la seria amenaza que eran para Rusia los planes de Bismarck, y para contrarrestarlos dirigió sus mayores esfuerzos hacia la retirada de Rusia de la Alianza de los tres emperadores. Ella fué la verdadera instigadora de la alianza francorrusa, extendida luego á la *Triple Entente* de la guerra.

La época de influencia política de esta mujer insigne terminó con la muerte de Alejandro III y la subida al trono de Nicolás II, pues aunque éste continuó durante algunos años oyendo los consejos y las opiniones de su augusta madre, al comenzar en la Corte imperial el funesto prestigio del diabólico Rasputin, vióse obligada María Feodorovna á retirarse á un plano secundario, distanciándose cada vez más de la atmósfera envenenada del Palacio de Invierno. Ello era al comienzo de su largo calvario.

Llegó la guerra, hallando á Rusia mal preparada para hacer frente al poderío militar de Alemania.



LA EMPERATRIZ MARIA FEODOROVNA
Desventurada madre del desdichado Zar Nicolás II, asesinado por los bolcheviques



La familia imperial rusa, poco antes de la revolución que acabó con el Imperio de los Romanov

A los tres años de desastres, la revolución corrió como desbordado torrente por las calles de la capital del imperio, arrasándolo todo. Nicolás II abdicó. La entera familia imperial fué reducida al cautiverio, mientras la desventurada emperatriz madre se retiraba con una pequeña comitiva de fieles servidores á Jalta, en la lejana Crimea, donde poco á poco iban llegando las terribles noticias de la revolución bolchevique.

Una y otra vez hubo de suplicarse á la emperatriz madre por las personas de su *entourage* que aceptase los salvoconductos que se le ofrecían para poder trasladarse á Inglaterra ó á Dinamarca. Pero María Feodorovna oponía invariablemente esta contestación: «No saldré de Rusia mientras mi hijo y su familia se encuentren en poder del enemigo.» La dama infeliz creía de buena fe que permaneciendo cerca de los regios cautivos podría prestarles ayuda en su crítica situación. ¡Vana esperanza!... Entre continuos sobresaltos y temores llegó la fecha siniestra. En la noche del 12 de Julio de 1918, el Zar y la familia imperial, prisionera en un viejo palacio de Ekaterinburgo, veía interrumpido su sueño por el jefe del Soviet local, que bruscamente les ordenaba recoger sus envoltorios de ropa y disponerse á un próximo viaje. Obedecieron el mandato sin formular la más leve protesta, y, según los relatos que merecen superior crédito, fueron conducidos los prisioneros á una de las cuevas del edificio. El Zar llevaba en brazos al príncipe heredero, gravemente enfermo desde algunas semanas antes. Como en aquella habitación subterránea no hubiese ni una mala banqueta donde descansar, solicitó el Emperador de su carcelero un par de sillas para la zarina y el niño enfermo, ruego que fué atendido.

Ni remotamente pensaban los cautivos que su última hora estaba próxima. Tan cercana, que cinco minutos después de su reclusión en el sótano se abrió la puerta de par en par y enfrentaban el grupo imperial doce soldados rojos empuñando sendos revólveres. Sonó seguidamente una descarga... Luego, algunos disparos aislados... Todo había concluido en pocos segundos. El zar, la zarina y sus cinco hijos no eran ya sino un montón de cadáveres. Hacinados los cuerpos en un furgón automóvil, lleváronlos precipitadamente á un bosque próximo á la ciudad, donde, después de rociarlos con petróleo, fueron quemados. Con la desventurada familia imperial perecieron dos fieles servidores de la misma; entre ellos, una pobre aldeana que habían confundido los asesinos con una dama de honor de la zarina.

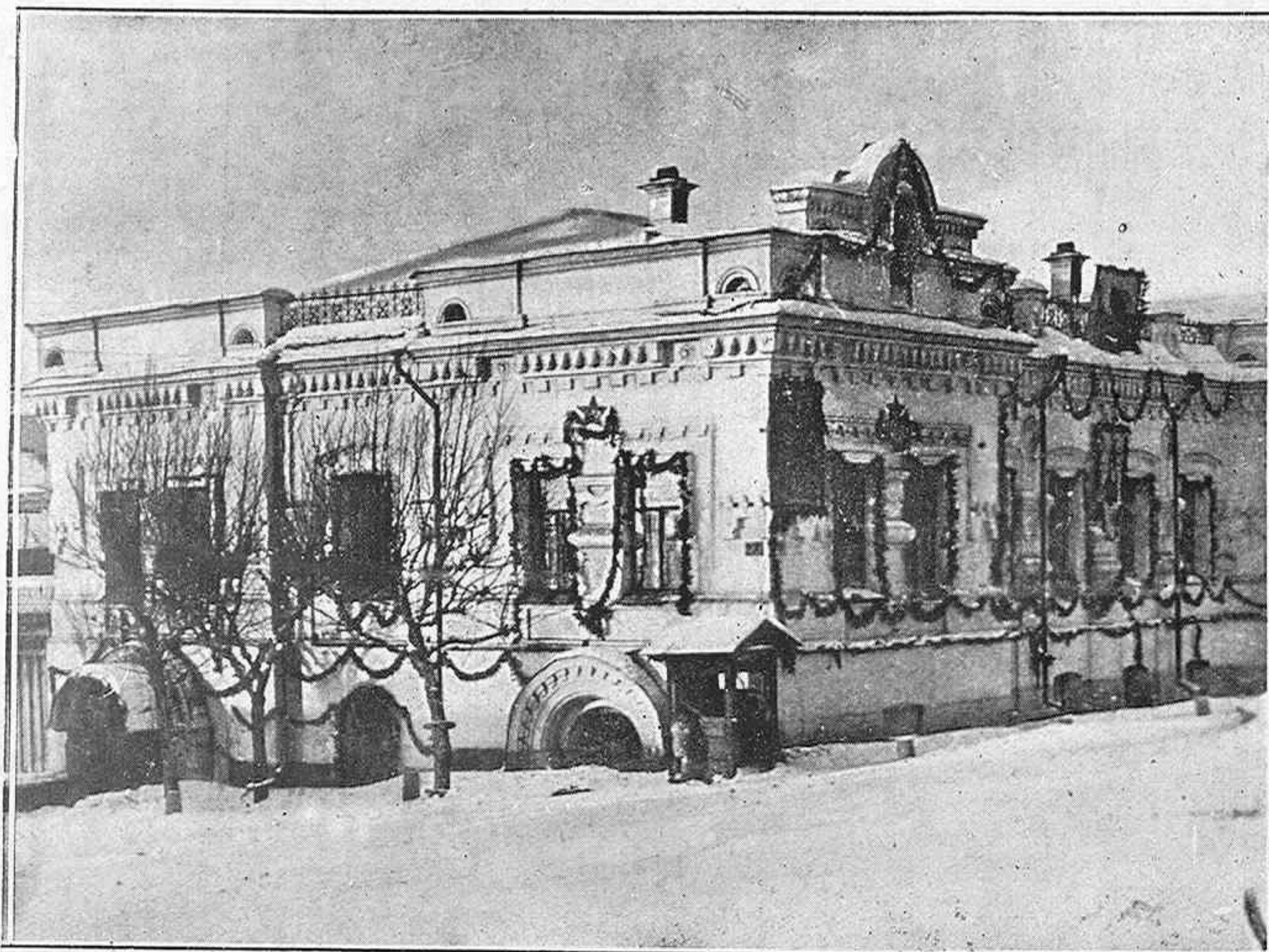
Cuando el general Janin, jefe de la misión francesa en Siberia, visitó la ciudad del monstruoso crimen en Noviembre del mismo año, los investigadores nombrados por el almirante Kolchak le hicieron entrega de tres maletas, conteniendo documentos privados de la familia imperial y varias cajitas de plomo, en las que se había logrado recoger cenizas de los regios mártires. Estas reliquias se hallan hoy en poder del gran duque Nicolás, residente en Francia.

María Feodorovna, solitaria en su retiro de Jalta, no quiso nunca dar crédito á las informaciones allí

recibidas sobre el trágico final de Nicolás II, de su mujer y de sus hijos... «¡Es imposible —decía—, imposible, que mi Nicolás haya muerto!... Le espero; sé que algún día vendrá á reunirse conmigo; el corazón de una madre no se engaña!...» Y obstinada en esta consoladora esperanza, ni las manchas de sangre descubiertas en el sótano de Ekaterinburgo, ni las huellas de las balas en el lugar del asesinato, lograban convencerla del horrendo acabamiento de los Romanov. Por eso esperaba siempre en su casita de Jalta, desoyendo un día y otro los consejos de los amigos leales que la acompañaban en su destierro, y que ante la amenaza de la invasión de Crimea por el ejército bolchevique, después de la derrota de Wrangel, la instaban á huir en un crucero inglés fondeado á poca distancia en la costa.

La inminente caída de Jalta en manos de los rojos decidió, por fin, á María Feodorovna. El crucero británico la condujo primero á Constantinopla, y más tarde á Inglaterra, donde durante algún tiempo halló hospitalidad cariñosa en la residencia de la reina madre Alejandra, en Sandringham. Por último, y atraída por su tierra natal, buscó refugio en el tranquilo retiro de su *Villa Hvidoere*, en las cercanías de Copenhague.

Allí vive desde hace algunos años *La Dama de las lágrimas*, á la que acompañan en su soledad voluntaria unos cuantos abnegados servidores. De vez en vez recibe la visita de antiguos dignatarios de la corte imperial, refugiados, como ella, en el Extranjero. Con ellos conversa largamente acerca de los luctuosos sucesos de la revolución rusa. Su odio á los bolcheviques es implacable, inmenso; tan grande como los sufrimientos morales que el fanatismo comunista hubo de imponer á la familia imperial desde la abdicación de Nicolás II. De ella misma cuenta, entre otras vejaciones sufridas en Jalta, que habiéndose quejado ante el soviet local de lo mezquino de la asignación por éste fijada para el sostenimiento de la emperatriz madre y de su reducido séquito (unos cien rublos mensuales), le contestó el delegado bolchevique lo siguiente: «Justamente, necesitamos una mecanógrafa. Si usted quiere más dinero, solicite la plaza vacante.»



La casa donde fué encerrada la familia imperial rusa, en Ekaterinburgo. A la izquierda, las ventanas bajas corresponden á las habitaciones del sótano donde fué asesinado Nicolás II con la Emperatriz y todos sus hijos

Hace cinco años se supo con asombro en Europa que María Feodorovna se había negado á recibir la visita del rey Víctor Manuel de Italia, quien, en unión del monarca danés, fué en automóvil á *Villa Hvidoere*.

La razón de este desaire, según se averiguó más tarde, no fué otra que haber llegado á noticia de la emperatriz madre el amistoso recibimiento dispensado por Víctor Manuel al bolchevique Tchicherin, delegado de la Rusia comunista en Roma.

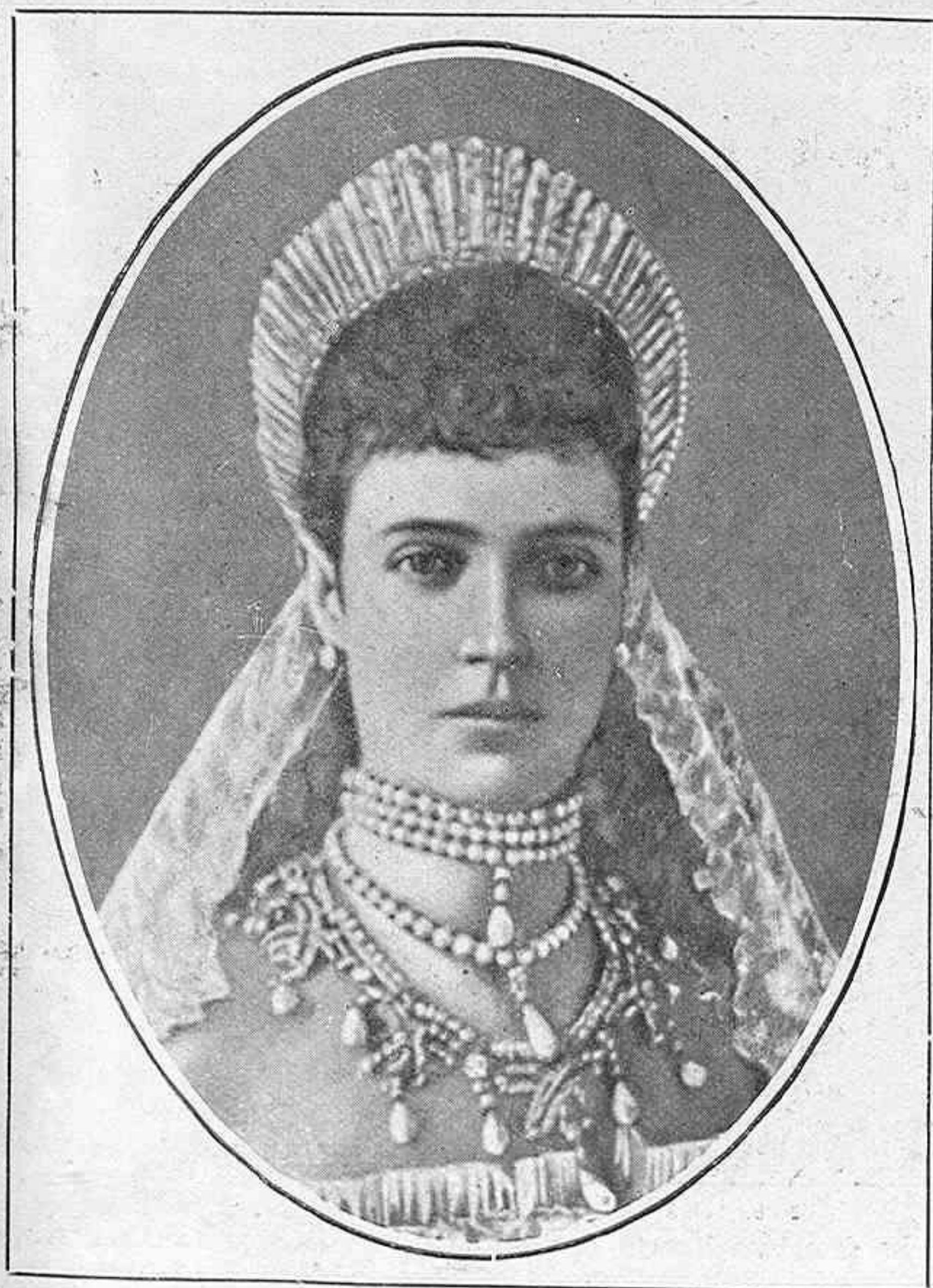
«A mí ya no me interesa en este mundo—suele decir María Feodorovna—sino volver á abrazar á mi hijo. Porque, no lo duden ustedes, el emperador Nicolás romperá algún día las cadenas con que lo tienen apisionado los revolucionarios. Y entonces correrá á abrazar á su viejecita, que le espera siempre, siempre...»

He ahí la tenue lucecita que en el espantoso naufragio de su vida y de su imperio mantiene encendida en su espíritu desde hace diez años María Feodorovna, una de las figuras más dramáticas de la Europa contemporánea, hoy por nosotros recordada con ocasión del décimo aniversario de la ejecución en masa de la familia imperial rusa.

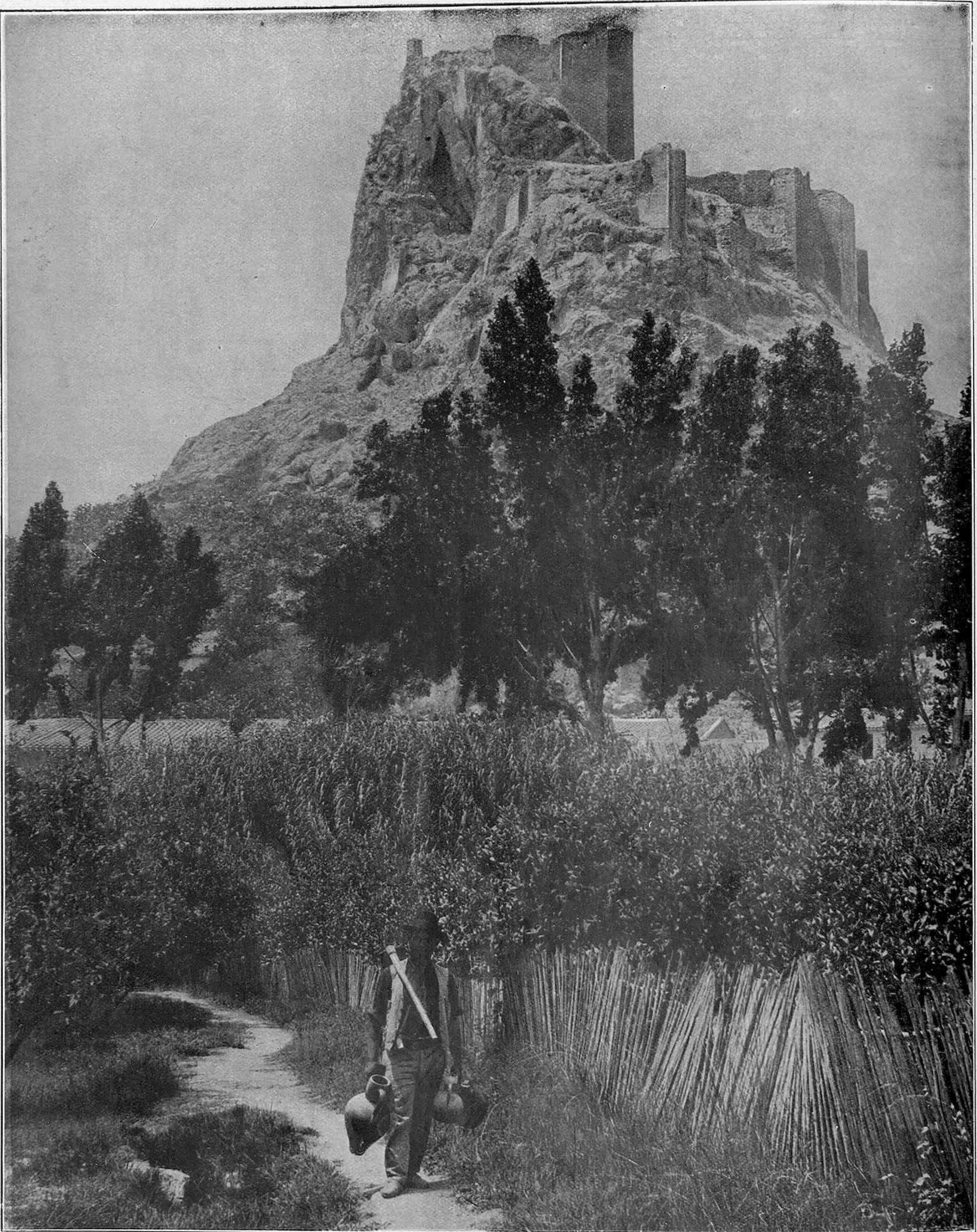
A. READER



El heredero de la Corona Imperial de Rusia, que fué muerto en los brazos de su padre, el Zar Nicolás II, por los bolcheviques, durante la trágica noche del 12 de Julio de 1918



LA EMPERATRIZ MARIA FEODOROVNA
Madre de Nicolás II, en los años de su juventud



**UNA BELLA PERSPECTIVA
DE LA HUERTA MURCIANA**

La frondosa huerta de Murcia ofrece lienzos tan sugestivos como esta decoración fuerte y brava que corresponde á la ciudad de Monteagudo, cuyo castillo se yergue al fondo (Fot. Hielsehr)

GLOSA INFANTIL

LOS NIÑOS QUE TRAEN LA IGUALDAD

La belleza, la fortaleza, la salud y la gracia de la infancia... Preocupación fundamental de los humanos, de todas las razas, de todos los países, es el culto á los niños... Los hombres, como para hacerse perdonar su orgullosa ceguera de dominadores de toda fuerza natural, buscan la debilidad de los niños como el fruto natural que en su jugo y en su vigor pujante ofrecen la compensación á tanta artificialidad como han de combatir en la vida.

En Nueva York se ha celebrado recientemente un concurso para premiar á los niños de las distintas razas que sean perfectos como ejemplares de ellas.

Por primera vez, en esa Yanquilandia fabulosa que en su fortaleza joven ha sentido durante mucho tiempo el desdén, cuando no el odio, á «la gente de color», se han admitido ahora, sin embargo, en el concurso á niños de la raza negra.

Y no sólo se les ha admitido equiparándoles á los niños blancos, sino que en el fallo del Jurado han sido premiados dos de ellos...

Lo que no han podido conseguir prédicas filosóficas ni teorías políticas sobre la igualdad humana, ni formulismos sentimentales, lo han logrado esos piratillas de azabache con sus rizos crespos y sus risas y sus lágrimas inocentes.

El desdén por el negro es típico en Norteamérica. En los hoteles, en los trenes, en los teatros, hasta hace

muy poco, un rubio, sonrosado nieto de Sam no permitía la vecindad de un hombre de «color». Sectas multitudinarias hacían objeto de terribles y secretas ejecuciones á los humanos de carnes de ébano... El negro era en Norteamérica un ser al margen de la vida, y en casi todo el mundo, un objeto de curiosidad depresiva...

Sin embargo, en poco tiempo el negro se ha reivindicado, se ha introducido en la sociedad moderna, ha recabado su derecho á una existencia igual á la del resto de los hombres...

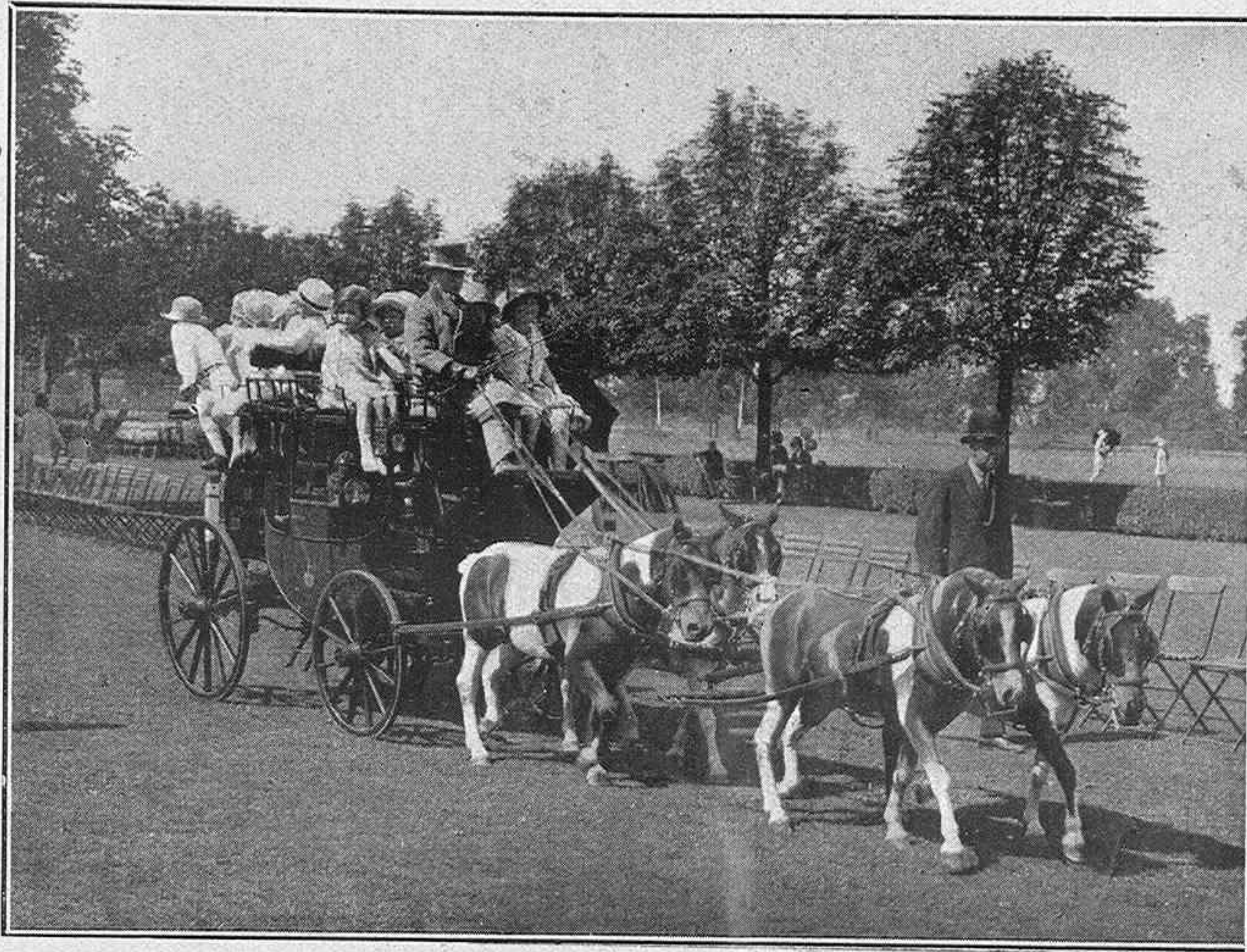
¿Cómo se ha hecho el milagro? De un modo

absurdo, extraño, que parece tener la sagacidad, la sutileza que caracterizó siempre las venganzas de los humildes oprimidos.

El triunfo del negro se preparó en lo más intrincado de sus selvas vírgenes, al compás de sus danzas salvajes y epilépticas, de sus ritmos estridentes, de sus gritos de primitiva fiereza...

Con el *jazz-band*, el negro se incorporó á la civilización definitivamente. Vistió el frac, se sentó á las mesas de los poderosos, invadió los salones y los palacios, fué del *cabaret* á los jardines aristocráticos, pasó al mar, llegó á Europa y fué el tipo de moda... Sus trompetas, sus claxons, sus atambores primitivos tejieron las estirpe gratas á los oídos supercivilizados...

Ahora, en ese concurso infantil, el triunfo de los niños negros, como ejemplares perfectos de humanidad, tiene un alto, noble valor de símbolo... De previsión del futuro. Los dos niños blancos, los dos niños de ébano, unidos en el homenaje, mostrando la alegría de su salud perfecta, la unanimidad de sus gracias inocentes. Borradas las diferencias, salvados los prejuicios... En el conjunto de esos cuatro niños hermanados por la Naturaleza en su perfección y por los hombres en el premio, hay como un símbolo de la humanidad futura, de la futura fraterna igualdad, sueño de poetas y ensueño del mundo.



Un grupo de niños aristócratas llevados en un coche especial á una alegre fiesta en Inglaterra

ALVARO REAL



Los primeros premios del último concurso de belleza infantil celebrado en los Estados Unidos, en el que por vez primera el Jurado dió premios á dos pequeñuelos de color

(Fots. Agencia Gráfica y Vidal)



«Briseda devuelta á Aquiles» (detalle), cuadro original de Rubens, que se conserva en el Museo del Prado

*... Se apagó la malagueña
en la noche perfumada,
y quedó, como una flecha,
vibrando el eco en el alma.*

*Nos besamos, sin hablarnos...
Filaba el río la barca
como una sombra de amor
bajo el puente de Triana.*

Bajo el puente de Triana

Por Juan G. Olmedilla

*Ella sentía una pena...
(Un amor que no llegaba.)
Yo le susurré la mía...
(Una pasión acabada.)*

*Trenzaba el aire un aroma
de azahares y albahaca;
música había en el cielo;
el río, á su son, danzaba.*

*Y ella, junto á mi cansancio,
era como una guitarra
entre las manos de un hombre
que no se atreve á pulsarla.*



**LOS ROSTROS PERFECTOS
DE LA ESCENA MUDA**

Una de las más jóvenes artistas de Hollywood, revelación todavía reciente, es Thelma Todd, que debe su éxito indiscutible a la incorporación de un papel de española en «La alegre defensora», que ha desempeñado con raro éxito. En este «primer plano» admirable, Thelma Todd, tocada con la clásica mantilla, ofrece a nuestros lectores una de sus más encantadoras y sugestivas sonrisas

UN ESCULTOR ANDALUZ

DELGADO BRACKENBURY

ALEJADOS de las Exposiciones Nacionales; despreocupados de esa facilidad exhibicionista que consiente á los que viven en Madrid su trato con periodistas y escritores pregoneros de su fama no siempre merecida, hay escarpados por España verdaderos artistas que van realizando su labor limitándose á los ecos regionales ó provinciales.

Incluso, muchas veces, esos ecos tienen más amplia resonancia que la otorgada por una primera medalla ó por una Exposición inaugurada con todos los honores oficiales y difundida por simultáneas reseñas periodísticas y reiteradas reproducciones fotográficas.

Como en tantos otros aspectos de la vida nacional, Madrid va dejando de ser la ciudad que sanciona ó que revela. Una descentralización fecunda se cumple en muy diversos órdenes, no siendo el menos característico en tal sentido el referente á las actividades artísticas.

Y esto conviene decirlo desde aquí, desde Madrid, *no contra Madrid*, como suelen gritarlo ó chillarlo desde los sitios menos importantes y por gentes las menos autorizadas, casi siempre.

Madrid es de tal modo generoso que no se limita al acogimiento ditirámico, á la difusión abnegada de cuantos valores se forman dentro de él ó á él acuden buscando amparo, sino que recoge, cada día con mayor ansia de hacerlo, aquellos otros testimonios del resurgimiento nacional que no necesitaron ó no se cuidaron de solicitarlo.

Las regiones, incluso ciudades determinadas, tienen de tal modo hoy su existencia propia, que cuantos en ella viven y trabajan no sienten la codicia de buscar gloria y riqueza fuera de ellas.

No creo que ese descentralismo, que esta decisiva y fértil independencia vital que acusan hoy día las provincias españolas, signifique des-



Boceto de la estatua de Hernán Cortés, para la Exposición Ibero-Americana. Donación del Casino Militar de Sevilla

membración y desligamiento. Si acaso, es así como se está afianzando mejor la unidad nacional. A semejanza de que vuelven á ser más nuestras algunas de las Repúblicas hispanoamericanas en este tiempo que en los de dominio español y coloniaje.

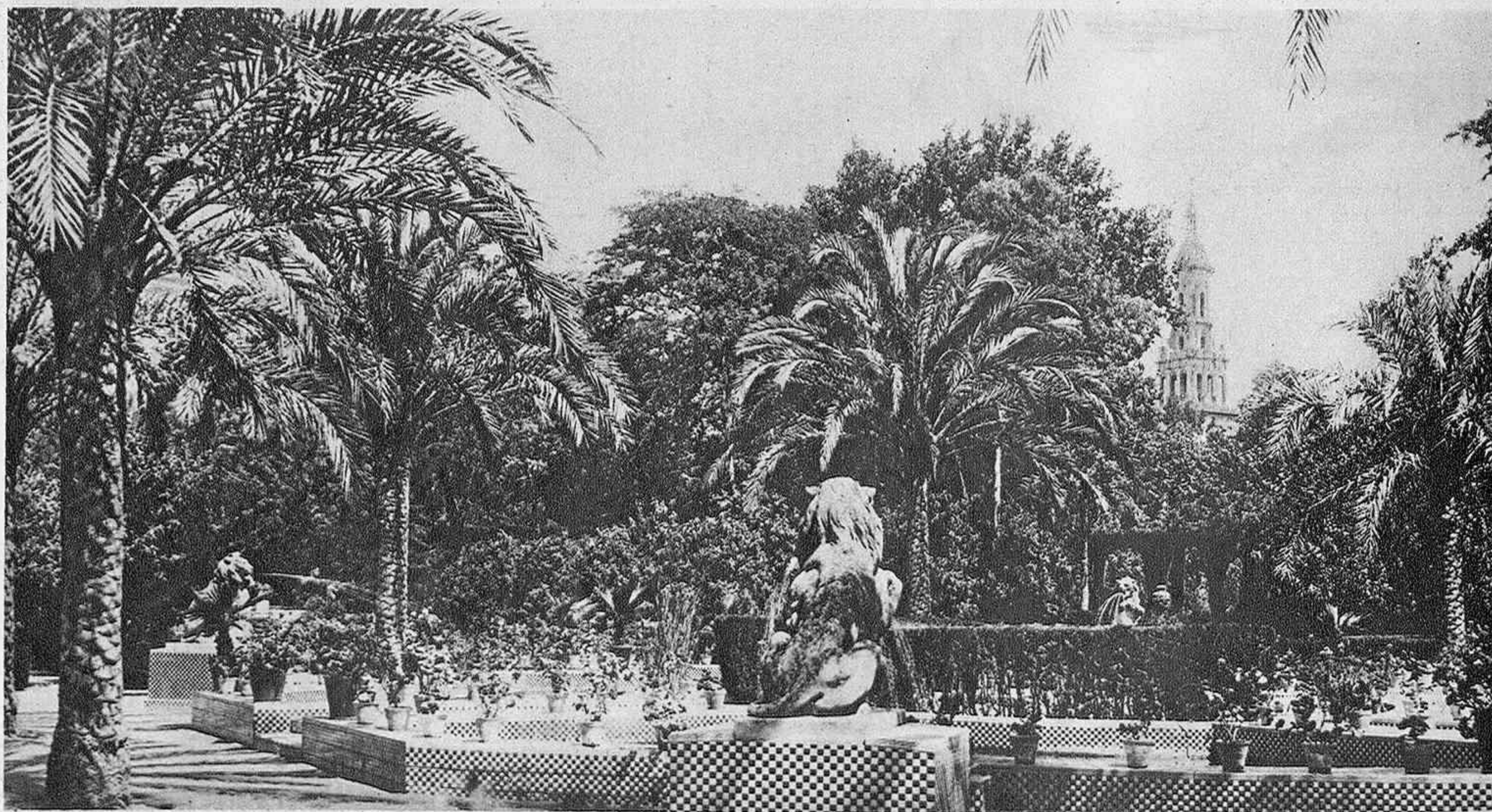
Sevilla, por ejemplo, es una de las grandes ciudades hispánicas que tiene ya prestancia y relieve universal, y que, sin embargo, es entrañablemente, arraigadamente española. Casi diría que su virtud y valía nacen precisamente de ese recio y sonriente españolismo que es su esencia verdadera.

Sevilla tuvo siempre una actitud de diosa pronta á elevarse en el cielo azul ó á deslizarse sobre las aguas mediterráneas. Y no obstante, conservaba también el carácter de la mocita vestida de percales claros y aromada de jazmines que pasa por las coplas y las calles soleadas, ó el empaque sensualmente matronil de las mujeres con madurez rubia de naranjo ó morena de granado.

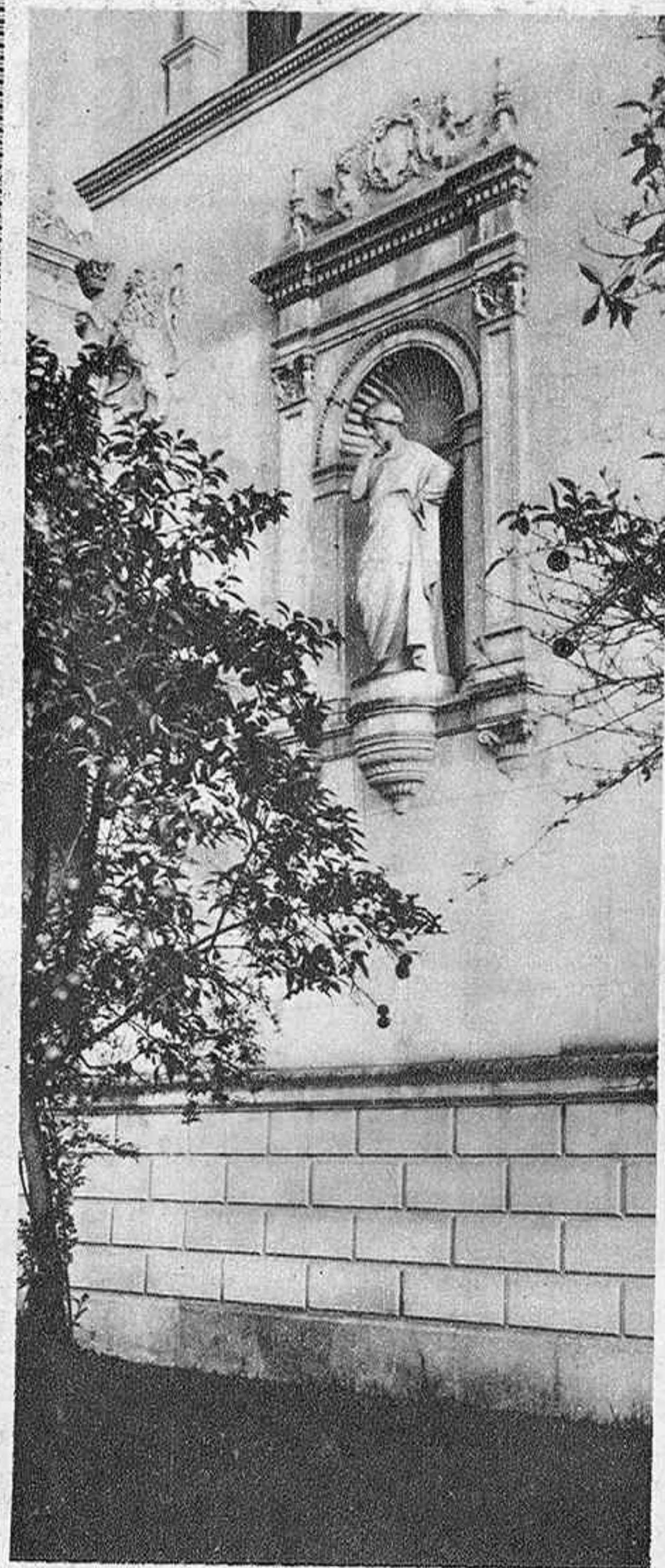
Sus artistas—pintores, escultores, ceramistas—gustaron en toda época de no salir de ella, de no alejarse de su femínea influencia, del gozo molicioso de contemplarla y glosarla plásticamente.

Y ello se comprende cuando el hombre de fuera recorre Sevilla y añade á la revelación de las maravillas antiguas, á cuanto de emoción estética atesoran museos y edificios de ayer, lo que muestra el esfuerzo inteligente y la sensible armonía de los creadores de una nueva Sevilla.

Uno de estos hombres gustosamente sometidos al hechizo de la «ciudad de la gracia», como la nombró el malogrado Izquierdo, es Manuel Delgado Brackenbury. Uno de esos artistas que no concurren á las Exposiciones Nacionales, ni



Conjunto de la Fuente de los Leones, en el Parque de María Luisa, de Sevilla



«La Escultura», obra de Delgado Brackenbury, en la plaza de América, en Sevilla

busca la fácil nombradía de quien frecuenta ciertos ambientes cortesianos.

Pero en Sevilla su nombre y su arte son bien conocidos. En las Exposiciones de Primavera no faltan nunca esculturas de Delgado Brackenbury; en los concursos, su nombre obtiene frecuentes galardones. En los sitios más definidores de la nueva urbe de la gracia, creaciones suyas reiteran el simpático prestigio.

Así, *verbigratia*, las Victorias Aladas de la Plaza de América; las figuras simbólicas de que en las hornacinas del Palacio de Bellas Artes muestran su empaque clasicista; la Fuente de los Leones y los grupos monumentales del Parque de María Luisa...

Incluso fuera de Sevilla, Delgado Brackenbury tiene otras. Del ayer incipiente en Madrid; del hoy seguro en Toledo. Y en Africa, el Arco Triunfal de la Legión también será oportuno y adecuado motivo para señalar con obras viriles su doble condición de militar y de artista.

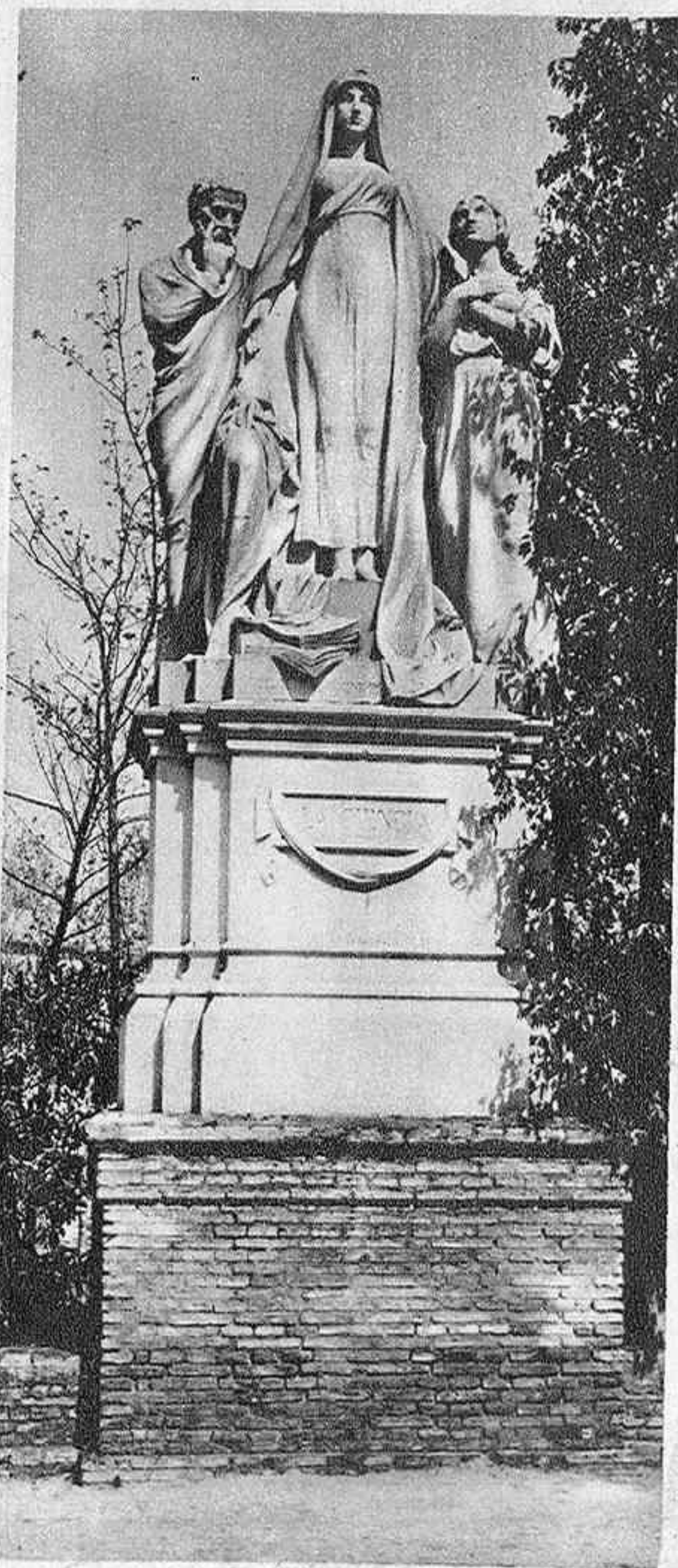
Pero concretándonos a esa serie de estatuas femeninas que el escultor sevillano ha ido modelando para Sevilla, le encontramos integro de espíritu y de credo estético.

Las Victorias, esencialmente, han brotado con una sonriente alegría de nacer bellas, rítmicas y armónicas. Una rica diversidad de actitudes, una varia y feliz suerte de hallazgos formales, distingue a esas figuras de semidiosas, tan carnalmente mujeres y tan idealmente divinas. Sus pies apenas pisan el plinto sobre el capitel en que se rece el altísimo y esbelto fuste de cada columna. Sus alas diríase agitan el aire azulino y perfumado.

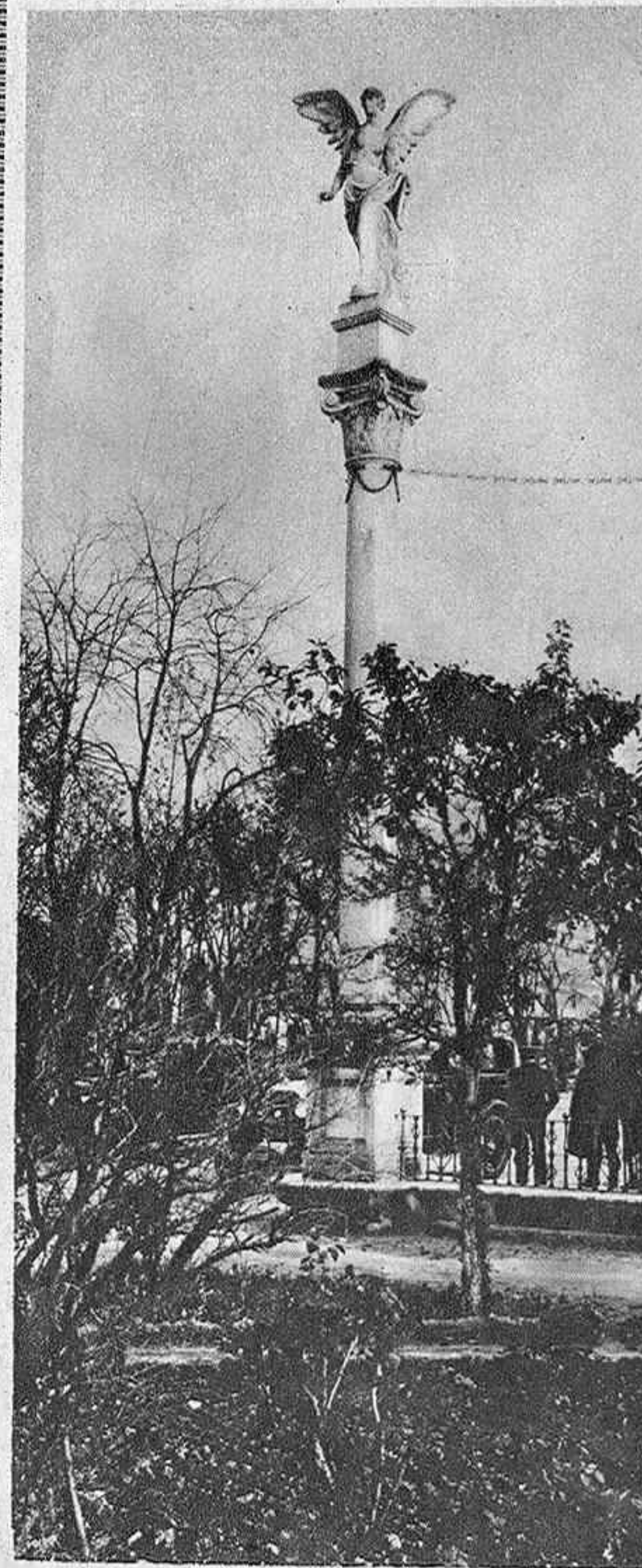
Adelantan hacia el gimnasia, el soldado ó el artista con sus coronas de laurel y sus trofeos ó



Estudio para la estatua de Millán Astray



«La Ciencia», grupo escultórico del Parque de María Luisa, obra del Sr. Delgado Brackenbury



«Una victoria alada», escultura de Delgado Brackenbury, en la plaza de América, en Sevilla

simplemente con la desnudez de su torso ó la sonrisa de sus labios. Esperan majestuosas ó se cubren la mirada con la sombra de su mano para pedir al horizonte la silueta de un vapor ó de una aeronave.

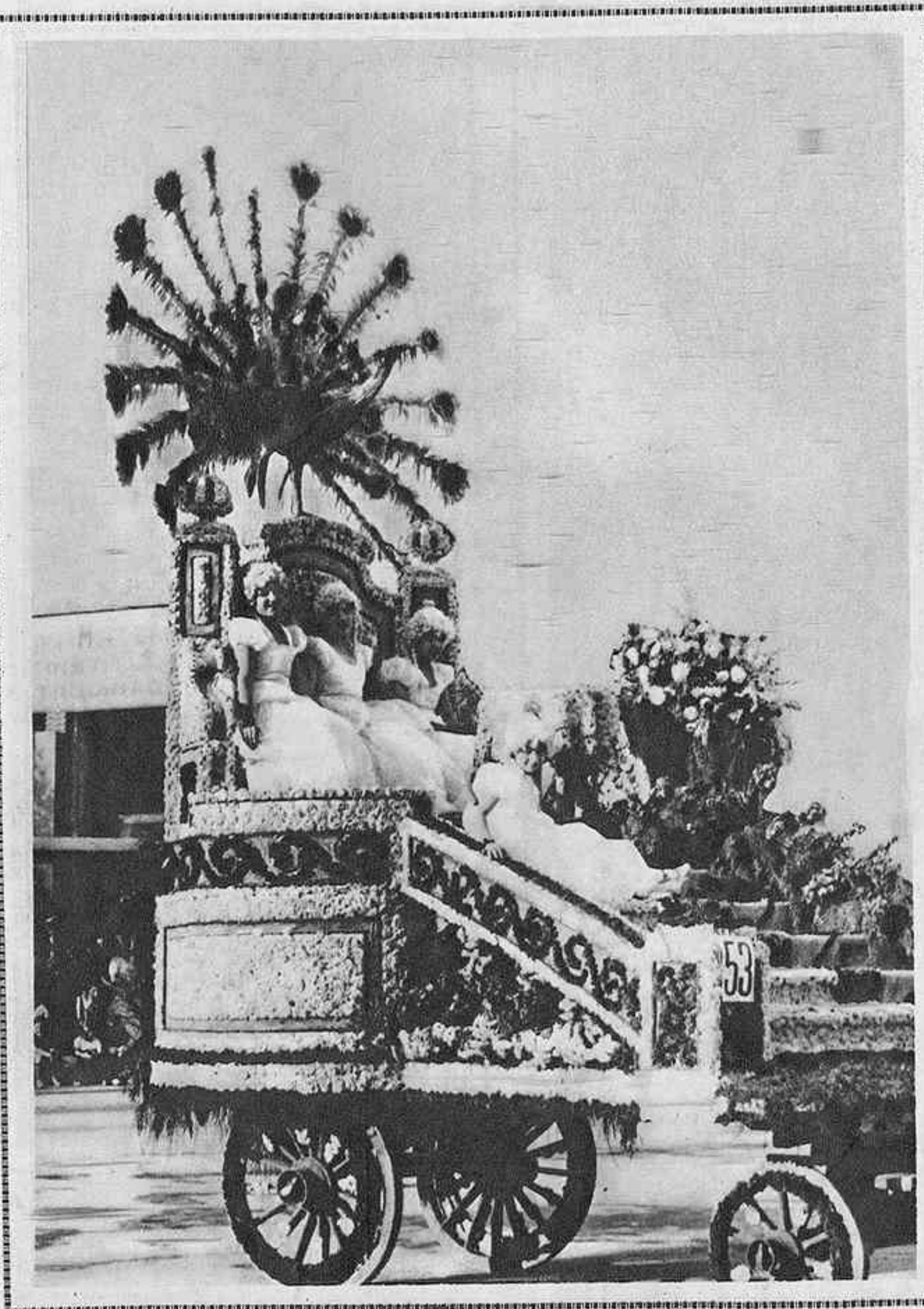
No lejos de estas Victorias, otras estatuas femeninas recogen—con esa curiosa mezcla de paganía cristiana ó de cristiano paganismo que es la característica del alma andaluza—para su belleza estática, alegorías de las artes. (¡Oh, esa *Arquitectura*, admirable y culminante obra toda ella hermosamente arquitectural.)

Dentro de hornacinas, centran los espacios murales desnudos adelantándose un poco para no perder del todo el privilegio de la total visualidad consentido a la escultura.

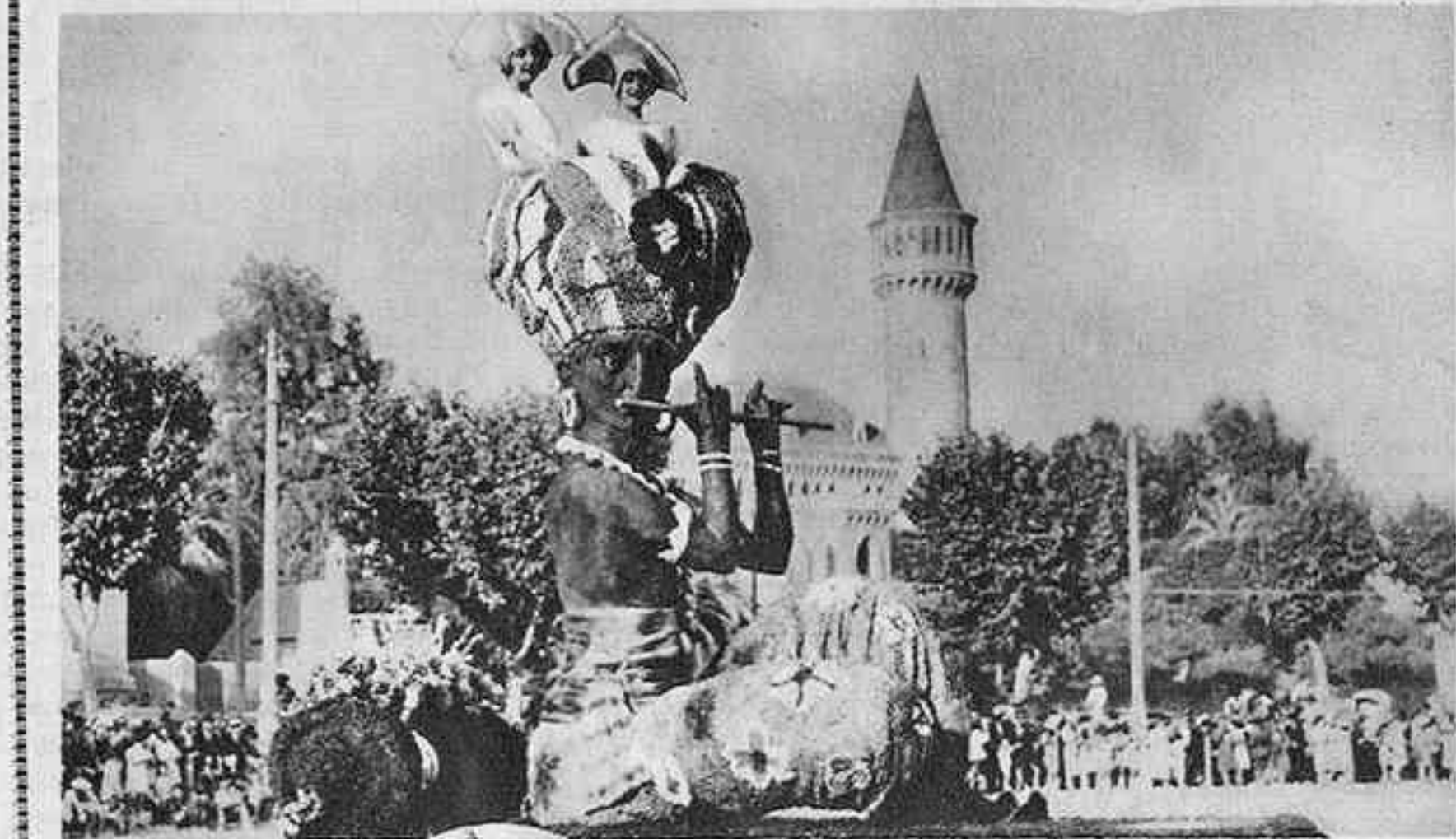
En cuanto a los grupos del Parque de María Luisa, de ese jardín en el que una noche de primavera, una tarde de otoño ó un amanecer de estío bastan para colmar de encanto nostálgico una vida, no se le ocultó al artista la responsable necesidad de entonar su obra con la naturaleza, de que ambas fuesen mutuas aliadas y no eternas enemigas como suele padecerse en este género de colaboraciones.

Y así, realmente, está logrado el propósito con tal señorial discreción, con tan elocuente firmeza constructiva, disimulada por la delicadeza externa de modelado, que diríase presidió a la concepción general y al sucesivo desarrollo de los motivos, ese símbolo de belleza enérgica, de serenidad consciente en sí misma expresada con singular fortuna en el mancebo que centra el grupo del *Trabajo*, moderna reminiscencia del apolíneo dios inspirador de los antiguos.

SILVIO LAGO

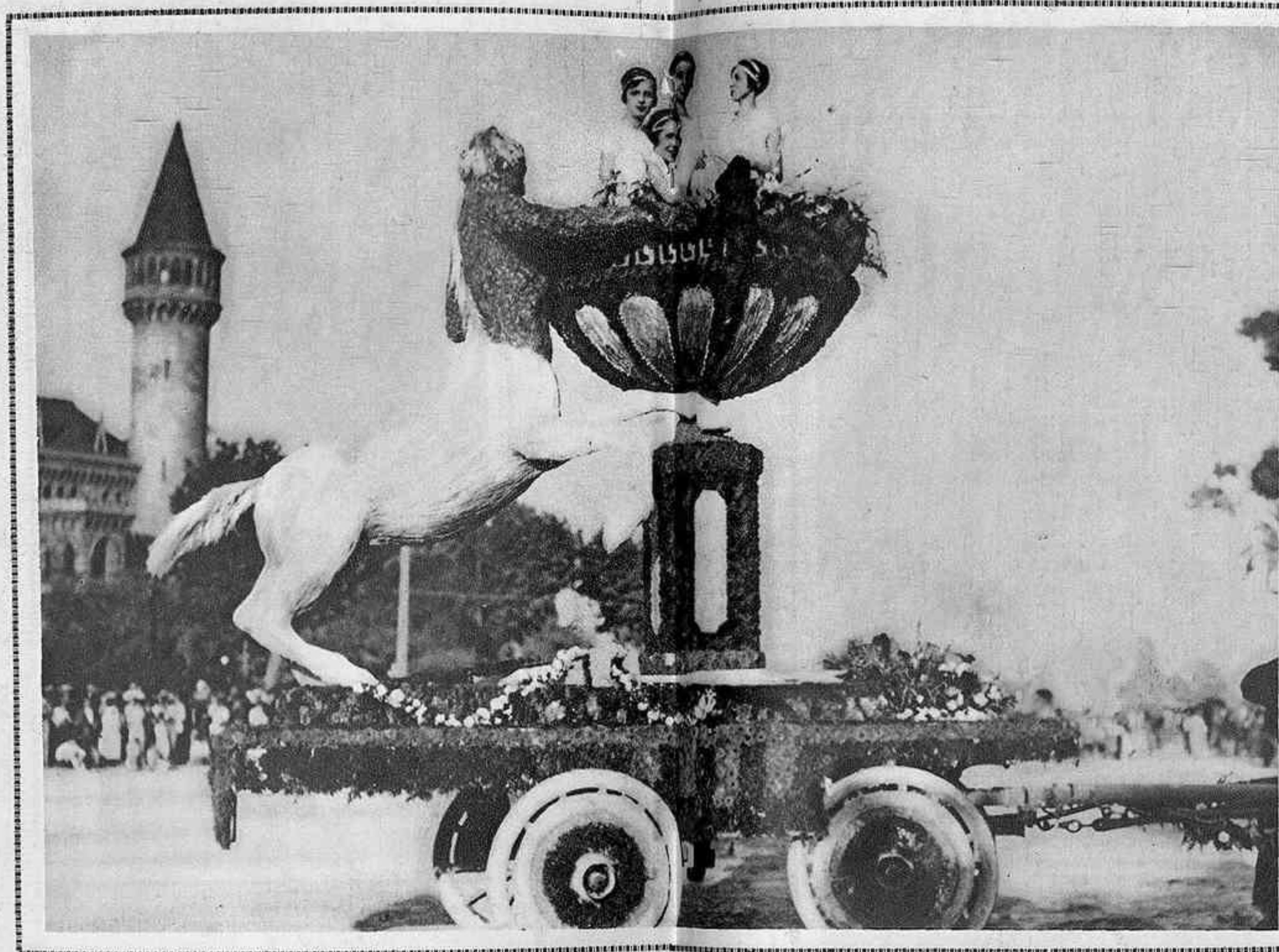


La artística carroza presentada en la Batalla de Flores, que obtuvo el premio extraordinario del barón de Cortes



«Oriental», la graciosa carroza que obtuvo el tercer premio del Concurso

LA TRADICIONAL FERIA DE VALENCIA EL CONCURSO DE CARROZAS Y LA BATALLA DE FLORES



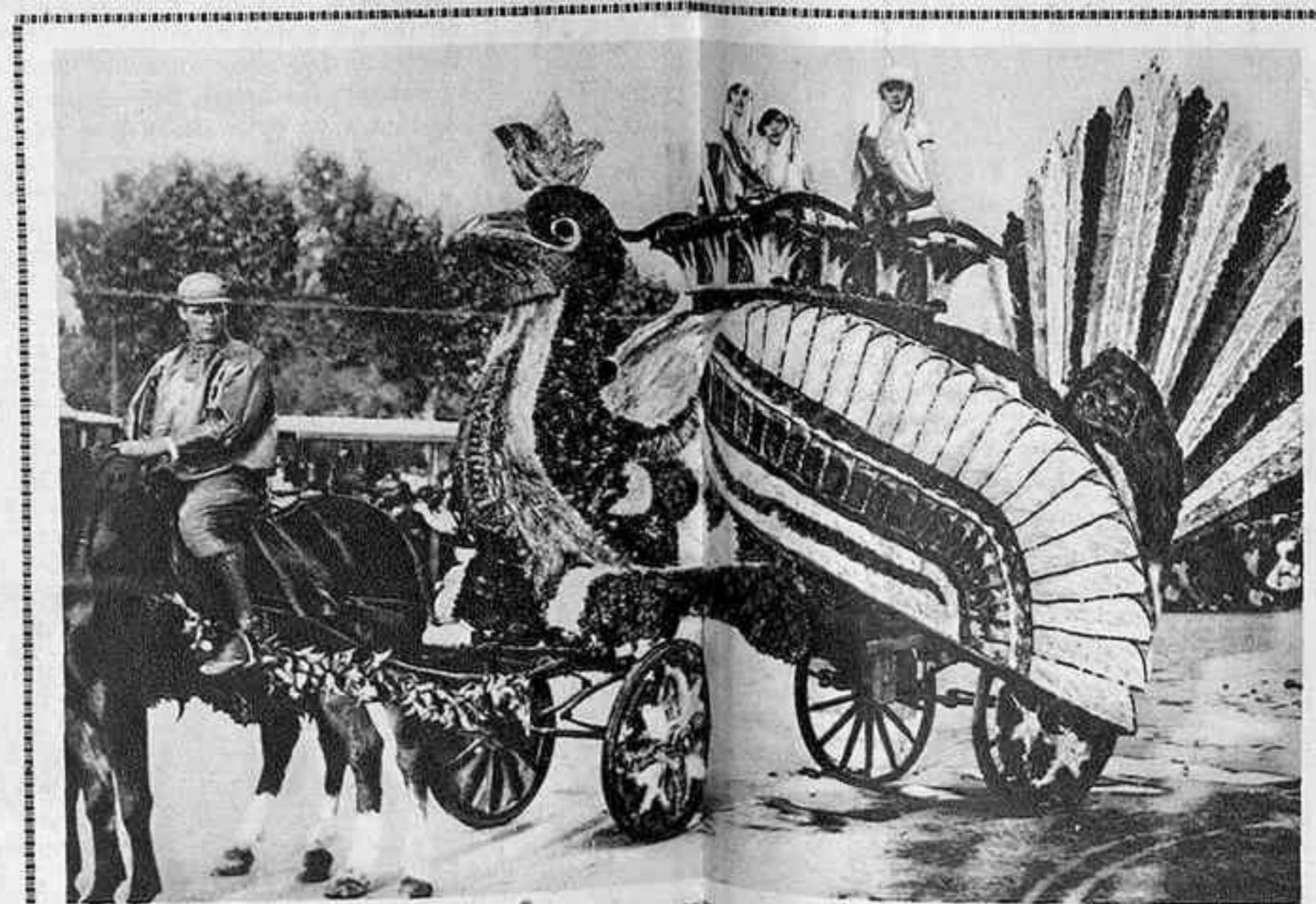
La carroza «Centauro», artísticamente adornada con flores, en cuya copa lucían su belleza cuatro preciosas señoritas, que obtuvo el quinto premio

La feria de Valencia es tradicionalmente fiesta de arte y de belleza; maravillosa exhibición de bellas mujeres y orgía de flores policromas.

En la Batalla de Flores de este año, los concursantes se han superado á sí mismos, en un esfuerzo que habla elocuentemente del gusto artístico del pueblo valenciano.

El jurado calificador ha estado en gran apuro para otorgar los premios del Concurso: coches y carrozas engalanados con espléndidas bellezas femeninas, con las que rivalizaban profusión de flores desbordantes.

La feria de Valencia ofrece, además, al forastero un pro-



«Iris», coche artísticamente adornado con flores, al que le fué adjudicado el décimo premio (Fots. Vidal y Balleja)

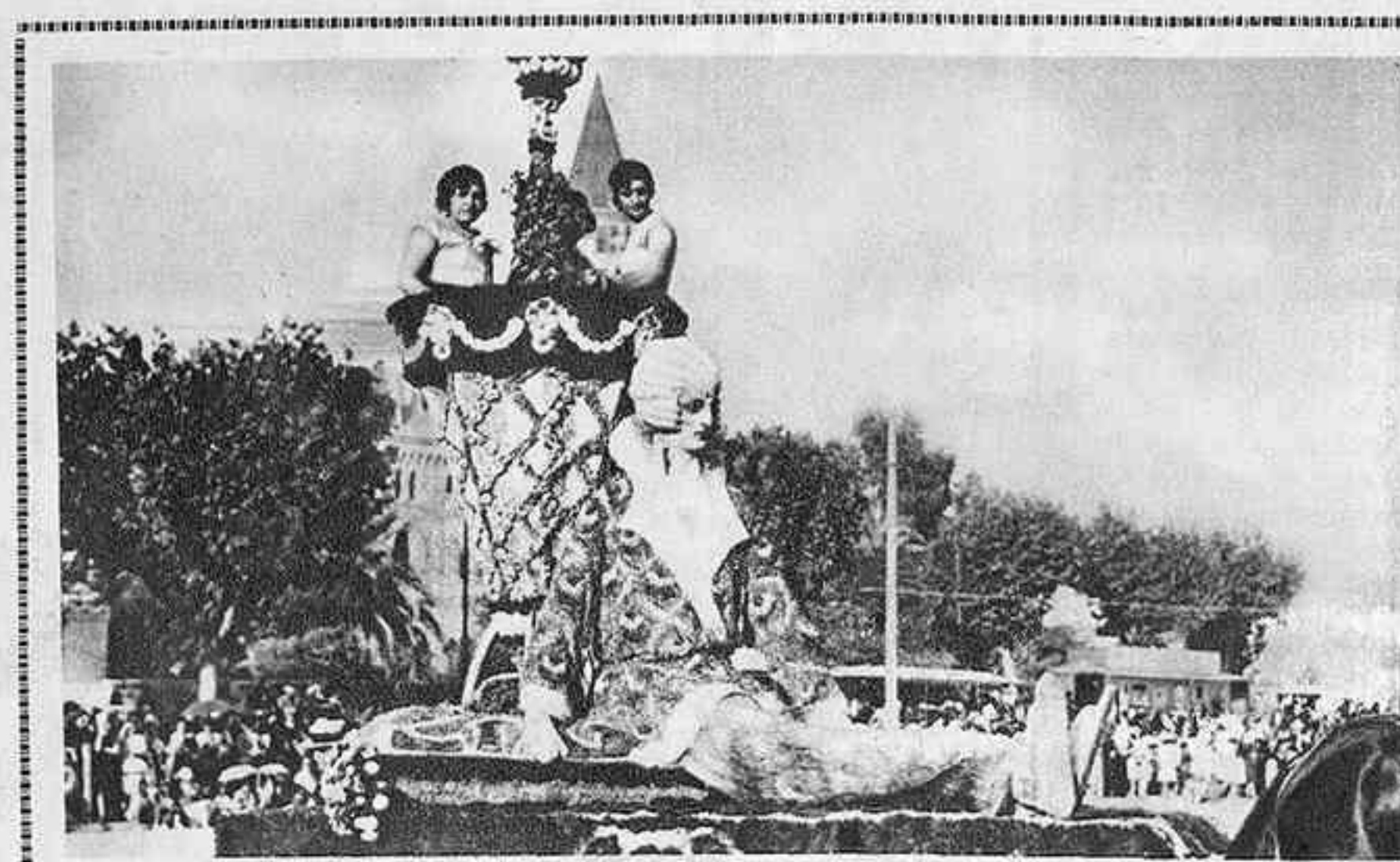
grama atrayente; corridas de toros, concursos musicales, verbenas, etc.

En este año, el certamen musical, celebrado en la plaza de toros, en el que ha participado, fuera de Concurso, la banda del Real Cuerpo de Alabarderos de Madrid, ha tenido una extraordinaria importancia, á la que el público ha respondido llenando hasta los topes el circo taurino.

Algunos de los premios adjudicados en la Batalla de Flores ilustran hoy esta plana de LA ESPERA, con la que nuestra Revista quiere rendir tributo de admiración á las castizas y magníficas fiestas, donde triunfan el sol y las mujeres, la alegría y las flores.



«Capricho japonés», primer premio de la Batalla de Flores de las clásicas fiestas de la ciudad del Turia



«Muñeco de trapo», carroza moderna que llamó poderosamente la atención, y á la que le fué concedido el undécimo premio

ITINERARIOS ESPAÑOLES

CAZORLA, CIUDAD DE LOS JARDINES



Magnífica perspectiva de Cazorla. El barrio antiguo de la ciudad y el castillo

CUADRO de los jardines, Cazorla; pero además ciudad de las perspectivas innumerables. Yo he querido buscar la mejor, la que puede darnos una versión total de Cazorla, y para ello he subido monte arriba, hacia donde asoma la fresca vena de agua del Cerezuelo. Desde allí domináis Cazorla, con la torre de su castillo; el caserío, huertas y jardines. Tan limpio es el aire, que todo ello os parecería situado en el mismo plano, como una tabla de primitivo, si la gradería de riscos y el despeñarse de la corriente no fueran marcando las distancias. Pero al caer la tarde es cuando puede situarse bien con todos sus telones la escenografía de Cazorla. El llano al fondo, lejos, dominado por la suave loma de Ubeda; la



Ruinas de la antigua parroquia de Santa María la Mayor, obra de Vandevira, destruida por los franceses

ciudad, entre huertas y olivares, bajo la esbelta torre, que antes fué refugio y amenaza, mientras que hoy es recreo y miranda. Tenemos al pie toda la soberbia del castillo de abajo, pero aún nos domina otro: el de las cinco esquinas. Sería preciso subir, dar vuelta, más allá de la ermita de San Isicio, al enorme macizo, verdadero fuerte natural de la vieja Cazorla. Todo esto merece ya estar, por su aire bélico, lleno de nidos de alcotanes, los famosos halcones, buenos para cetrería.

Y otra perspectiva, no menos violenta, es la que podemos arrancar desde el alto de Iruela, volviendo de la sierra. También Iruela tiene su castillo, más viejo, más trágico, más absurdamente anacrónico; pero, por lo mismo, más



Los niños de una escuela de Cazorla

romántico que el de Cazorla. Con la luz matinal este descenso sobre los arrabales parece camino de romeros, alegre y fácil, aunque pedregoso. De noche, á altas horas, cuando todo duerme, menos las luccitas y las aves rapaces, esta vuelta de Iruela es algo mágico y teatral. Imagino los riscos nevados: cubiertos de nieve estos canchales, que ahora brillan al sol; los tejados de Cazorla abrumados bajo su caperuza blanca. Y el azul que nos envuelve hoy con vibrantes radiaciones doradas, convertido en plata y acero, de reflejos mates, grises. ¡Hermosa y brava sierra de Cazorla, cuya entrada ofrece, más que guarda—pasado ya el tiempo de las aventuras guerreras, incursiones, alarmas, algaras y sorpresas—, esta ciudad única, maravillosa!

Como escalones en la ladera, así aparecen, dentro de cada casa, vistos desde cualquier altura, los jardinillos de Cazorla. Por eso cada uno tiene su perspectiva, y por eso forman la ciudad de las perspectivas innumerables. Son pequeños, irregulares. Suele dominar el ciprés, pero ninguno toma proporciones desmedidas. Rincones gratos que sólo estimamos en todo su valor los que venimos de ciudades donde sólo puede gozarse



Ventanal del Castillo (siglo XIV) que mandó levantar D. Pedro Antonio sobre el castillo moro, y antes romano. ¡Maravilloso ventanal para asomarse á los jardines de Cazorla!

el jardín público, sin intimidad, sin familiaridad. Tienen algunos su fuente ochavada, con la pátina de oro viejo y verdín que convierte la pie-



Las niñas de una escuela de Cazorla

dra en reliquia, en pila bautismal, de aguas nativamente benditas. A veces los adornan unas columnas frías, pálidas, de mármol rosado, vagamente humano y carnal, que podrían ser romanas y podrían haber servido en el baño árabe de un harén. Sin el cuidado exquisito de un jardín cortésano; antes al contrario, guardando la espontaneidad de la roca y de la flora autóctona, el jardinillo de Cazorla nos conquista. Alguno hay de más vuelo, con calles regulares, juegos de aguas y graciosa traza, bien ordenada; y en no diré cuál he visto desplegarse la belleza, la cultura y la amabilidad de trato, realmente finas, de la sociedad cazorleña. Pero el tipo común de estos jardines, que son como continuación de la casa, jardines «de estar», constituye la verdadera singularidad de Cazorla. Desde aquí, como desde otra atalaya ó miradero, abierto con igual simpatía á todas las tierras de España, les dedico un recuerdo especial, un saludo aparte, que mi buen amigo Rafael Láinez, incomparable introductor y guía viviente de Cazorla, sabrá hacer llegar á su destino.

Luis BELLO

(Fots. Cano y Bello)



Los maravillosos jardines de Cazorla

VIÑETAS BÍBLICAS

LA REINA VIAJERA

La reina de Saba
dueña es de un tesoro
más rico que el oro
que cuenta y no acaba...
La reina de Saba,
más que á su diadema,
ama la sed honda
que el alma le quema:
la sed de saber...
¡Y no hay quien responda
al afán que ahonda
su alma de mujer!

En estéril llama
de interrogación
arde; pero un día

le cuenta la fama
la sabiduría
del rey Salomón.
La reina, curiosa,
su viaje apercibe;
va á Jerusalén...
La palabra hermosa
del rey que allí vive
quiere oír también.

Su atavío apresta
con la mayor fiesta.
Carga los camellos
y los dromedarios
—de curvados cuellos
y ojos visionarios—

de oro y pedrería
y de especiería,
de raros aromas
en labradas pomas,
de cuantos presentes
tomó por más bellos
hasta á sus camellos
colmar y sus gentes.

Y en Jerusalén,
con fastuoso tren,
entra la de Saba;
la que su hermosura
tanto ó más se alaba
que su discreción,

y arde en la sed pura
de su corazón...

Su ansiedad es mucha;
tembloroso el labio,
la palabra escucha
del monarca sabio.
«No mintió la fama
—dícele—, á fe mía;
tu sabiduría
es como la llama
con que alumbra el día.
Mucha es tu sapiencia,
mucho tu virtud,
tesoro de ciencia,
fuente de salud...»

Y con gran unción,
al rey Salomón
rínделе homenaje
la reina discreta.
Y sigue su viaje
—dichosa y poeta—
pensando que el oro
que sus arcas llena
y su pedrería,
son como la arena
junto á otro tesoro:
la sabiduría...

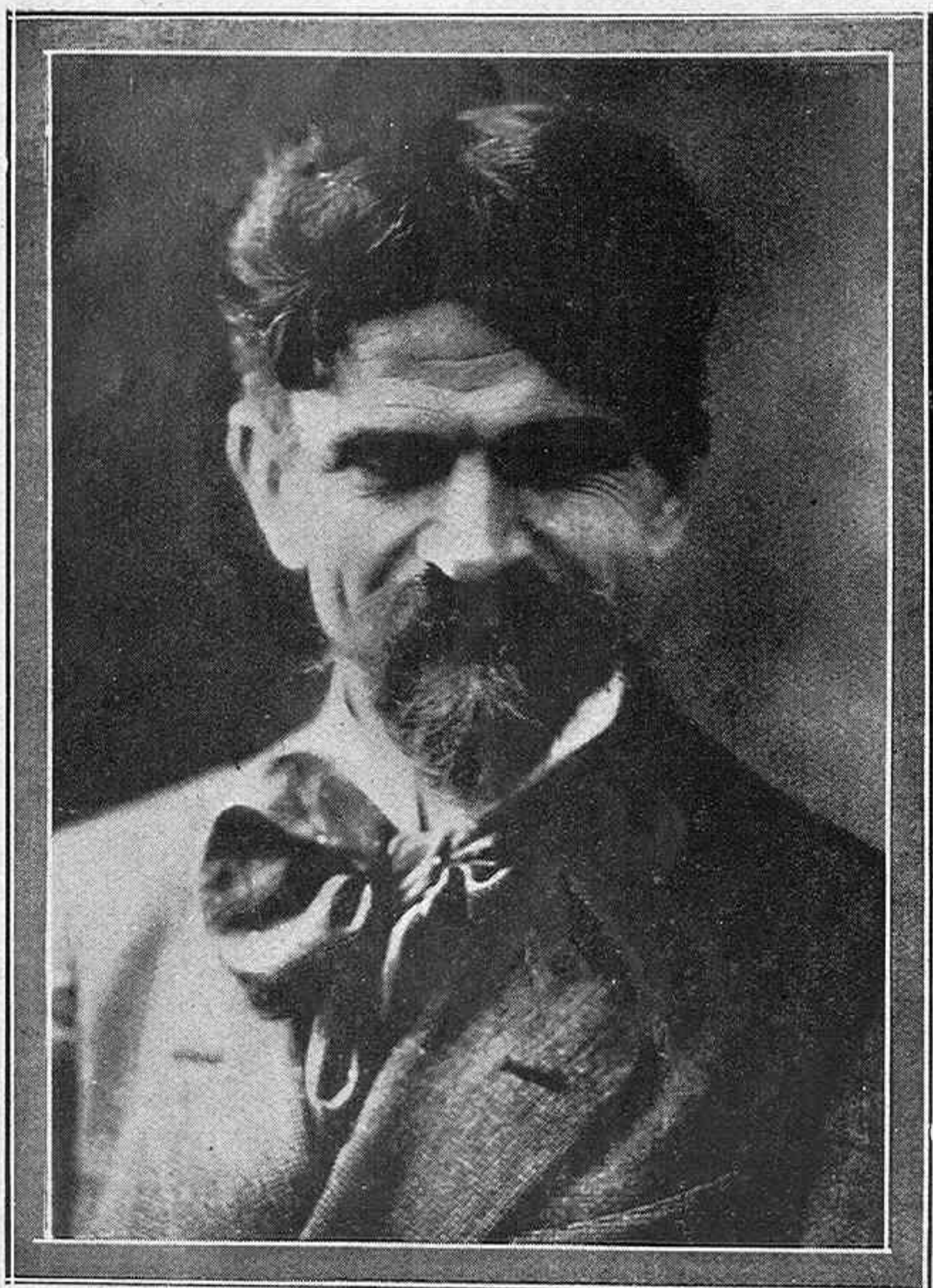
J. ORTIZ DE PINEDO



A Cerezo Vallejo 97



«Carnaval en el pueblo», dibujo original de A. Cerezo Vallejo



JORGE DE LA FOUCHARDIERE
Ingenio revolucionario y perfecto iconoclasta...

PARIS

El "Bouif" y el señor Cura ó el libro de los ingenios

CUANDO dos escritores, que no son hermanos, se asocian para perpetrar en colaboración una obra literaria cualquiera, es regla casi general que esa asociación esté constituida por un imbécil y un hombre de talento, y que, al término de los esfuerzos aunados, sea el imbécil quien, en definitiva, preste su peculiar carácter á la obra... Un rápido examen de las colaboraciones más recientes y famosas bastará para demostrar hasta qué punto semejante paradoja hace de ley... Por lo demás, ustedes mismos pueden atribuir á su antojo los papeles: el de necio, á quien le convenga; el de talentado, á quien le cuadre; y si á las veces no estuvieran ustedes de acuerdo en la distribución, y el necio, para unos, resultara talentado para otros, y el talentado, según éstos, fuera necio según aquéllos, esta inversión no tendría la menor importancia, porque, ya lo saben ustedes, el orden de los factores no altera el producto...

Parece ser que la excepción confirma la regla; esa excepción nos la ofrece París en este momento con la aparición del libro más interesante de la temporada, compuesto y firmado por Georges de la Fouchardière y Clément Vautel, en colaboración verdaderamente inesperada... A Clément Vautel le conocen ustedes á través de su crónica diaria del *Journal*, y quizá mejor á través de la adaptación teatral de su novela *Mon Curé chez les Riches*, representada en España con el título de *El señor Cura y los ricos*... Vautel es el ingenio ponderado que en sus audacias y en sus críticas no franquea jamás los límites impuestos por ciertos respetos y prejuicios... Vautel maneja la ironía con prudencia, casi con temor, como los médicos administran esos venenos que en pequeñas dosis hacen efecto de tónicos... Vautel sabe que en el empuje de todas las revoluciones, las agudezas del espíritu fueron

vanguardia de las del hierro, y este escritor, que se ha calificado á sí mismo de *affreux bourgeois*, de horrendo burgués, no quiere abrir camino á ninguna revolución... La postura satírica de Vautel, en la gran Prensa conservadora de París, se parece á la que adopta en los escenarios españoles, para decir sus cosas, nuestro gran Ramper nacional: equilibrio sobre una silla apoyada sobre otra silla que á su vez descansa sobre una mesa, en apariencia de catástrofe, que no es, al cabo, sino situación cómoda y de *tout repos*...

Georges de la Fouchardière, menos conocido que Vautel allende las fronteras, esgrime el látigo, sin piedad, desde su cotidiana columna de *L'Œuvre*... Y así como Vautel ha trazado el tipo del Cura—del Cura que después de decir las verdades á los ricos, en una obra, se las canta no menos claras á los pobres en el libro siguiente—, La Fouchardière ha creado el tipo del «Bouif», del pobre diablo que desde los tiempos de la gran guerra hasta los presentes de la menguada paz conoce todos los avatares y pasa por todos los antojos de la suerte, en las páginas de cinco novelas sucesivas que contienen la Historia natural y patológica de nuestro tiempo: la historia que los historiadores no contarán jamás...

Jorge de la Fouchardière es, como carácter y como temperamento, el antípoda de Clément Vautel... La Fouchardière ignora toda prudencia, todo prejuicio, todo respeto... Es el perfecto iconoclasta... La Fouchardière, deslumbrante mal burlista de las ideas, juega con todo lo existente y con lo inexistente también; lanza al aire las verdades tenidas por mentiras y las mentiras aceptadas como

verdades, y las recoge y confunde de tal suerte, que á la postre necesitáis de su auxilio para saber cuáles, en verdad, la verdad; y como si todas las inteligencias estuvieran en él, gobernadas por el genio de la subversión, no hay cosa de este mundo ó de los otros que no le haya servido de tema para uno de esos famosos *Hors d'œuvre* que valen intelectualmente por todo un almuerzo, y que en una docena de líneas contienen más pensamiento, más sabiduría y más bondad que los acumulados laboriosamente en doble número de volúmenes por cualquiera de esos pedantes admitidos á descomponerse en vida bajo los techos de una Academia...

Jorge de la Fouchardière es uno de los más nobles y más altos talentos de nuestro tiempo, y en la colección de sus artículos de *L'Œuvre* hay páginas que hubieran podido firmar Voltaire ó Anatole France, no sólo sin desdoro, sino también con honra...

•••••

Estos son los dos hombres, amigos desde hace veinte años, y los dos escritores, opuestos desde hace igual tiempo, que han reunido por una vez sus ingenios casi contradictorios para ofrecernos la novela que resulta de la convivencia del «señor Cura» de Vautel con el «Bouif» de La Fouchardière, del espíritu conservador con el espíri-

tu revolucionario, atendidos ambos á un común y generoso criterio de humanidad...

Le Bouif chez Mon Curé, he aquí el libro del año... Contrariamente á lo que ocurre por lo general, esta obra es la adaptación novelesca de una comedia no representada aún y reservada á la temporada próxima del Palais-Royal... Jorge de la Fouchardière nos refiere el nacimiento de tal comedia, madre del libro, del modo siguiente:

«Un día, Clément Vautel me dijo:

—¿Qué pasaría si el Bouif y el señor Cura se encontraran en un escenario?

—Vamos á verlo—respondí.

Dialogamos la obra poco á poco, á ratos perdidos, en el bar del Club Daumon... Vautel hacía de «señor Cura» y yo de «Bouif»... El *barman* negro y los dos camareros del establecimiento, que constituían nuestro público involuntario é inconsciente, se convencieron, al segundo día, de que estábamos locos, y procuraron retirar de nuestra mesa, lo más de prisa posible, las botellas y los vasos... De esta suerte llegamos al «Telón» salvador... Pero en tanto, y lo mismo Vautel que yo, habíamos abandonado las cuartillas del libro que cada uno de nosotros teníamos encargado por Albin Michel, nuestro común editor... Para salir del compromiso decidimos escribir, entre los dos también, esta novela, compuesta con el mismo argumento y los mismos personajes de la comedia... Albin Michel se dió por satisfecho, y esto es todo... En cuanto al libro, que acaba de ver la luz, sólo puedo, sin faltar á la modestia convencional, hacer de él este elogio: *es la única novela del año que no es la obra maestra del siglo*...

Tal dice La Fouchardière... Sus nuevas páginas están ya en todas las manos, y algunos jóvenes irreverentes como Georges Saint-Bonnet se permiten añadir que lo que el libro tiene de La Fouchardière es el desquite que el ingenio toma sobre lo que tiene de Vautel...

ANTONIO G. DE LINARES



CLEMENT VAUTEL
Ingenio ponderado y conservador, respetuoso de las tradiciones...

CÓMO NACIERON LAS OLIMPIADAS

LAS FIESTAS DE JÚPITER OLÍMPICO

EL resurgimiento de las olimpiadas en un ambiente puramente deportivo, en estadios muy a la moderna, sin otros materiales de construcción que la madera y el cemento armado, con decoración sumaria, cuando tienen alguna, carece en absoluto del ambiente artístico del período helénico en que Olimpia, uno de los más bellos parajes de Grecia, tan distinto de Amsterdam, daba a los juegos, con un ambiente de arte, la fórmula suprema de la belleza artística.

Olimpia, la ciudad sagrada, que hemos llegado a conocer gracias a las excavaciones dirigidas por Curtius, sobre todo, era, efectivamente, una maravilla, ó mejor un conjunto de maravillas de arte. Dentro mismo del recinto de la ciudad sagrada, en cuyo centro estaba el altar elíptico en que, según la tradición, Hércules, vencedor, había ofrecido a su padre Zeus el primer sacrificio humano, se alzaba el sepulcro de Pelops, elevado túmulo alzado sobre las cenizas de los héroes, y cuyo recinto tenía un admirable pórtico abierto a Occidente; se alzaba también el santuario de Hera, templo dórico, cuyas ruinas reproducimos en estas páginas, lleno de ofrendas, de estatuas y de recuerdos históricos, como el cofrecillo de cedro con ricas incrustaciones de marfil y oro, en que Crýpselos, tirano de Corinto, fué, niño, ocultado por su madre; allí estaba también la famosa estatua de Praxiteles *Hércules llevando a Dionisio, niño*; y no muy lejos, el templo dedicado a la madre de los dioses, el elevado por Filipo de Macedonia después de la batalla de Queronea, y en que estaban las estatuas, de oro y marfil, del fundador y de su hijo Alejandro, y otro edificio, el Printaneo, donde se celebraban los banquetes solemnes.

Por cima de esas construcciones, sobre una

terrazza y como escalando el monte, estaban los *trece tesoros*, construídos por otras tantas ciudades de Grecia para guardar las ofrendas que hacían a Zeus. En lo alto y al oeste había un curioso edificio romano, semicircular, ante el cual un amplio estanque recibía las aguas de un gran acueducto; era una ofrenda hecha a Olimpia por Herode Alticus, que quiso salvar de la sequía a la vegetación del valle.

Al este, un largo pórtico, que era la galería de Eco, que repetía siete veces las palabras pronunciadas ante ella.

Eran además, maravillas artísticas el templo de Agnaptos, que alojó a Nerón cuando el emperador romano visitó Olimpia. El recinto, además, estaba poblado por millares de altares, estatuas de dioses y de atletas, y monumentos conmemorativos de victorias y aun de perjuros.

Al pie de la terraza de los tesoros había, efectivamente, una serie de estatuas de los dioses llamados *Zanetos*, pagadas con el dinero de las multas impuestas a los atletas que no cumplían los juramentos prestados al comenzar la olimpiada.

Todas las ofrendas eran obras de arte, como el grupo de treinta y cinco niños de bronce, don de Messina; el de niños de piedra, obra de Calamis, ofrecido por los ciudadanos de Agrigente; el de Onatas, que representaba a los héroes griegos sorteando el honor de luchar con Héctor; la estatua colosal de Hércules, el toro de bronce de los eratridas y tantos otros que convertían el recinto en un pueblo de estatuas.

Fuera estaban el estadio, que tenía 192 metros de longitud y estaba unido al recinto por un camino cubierto, por el que penetraban los atletas y sus jueces; el hipódromo, de 772 me-

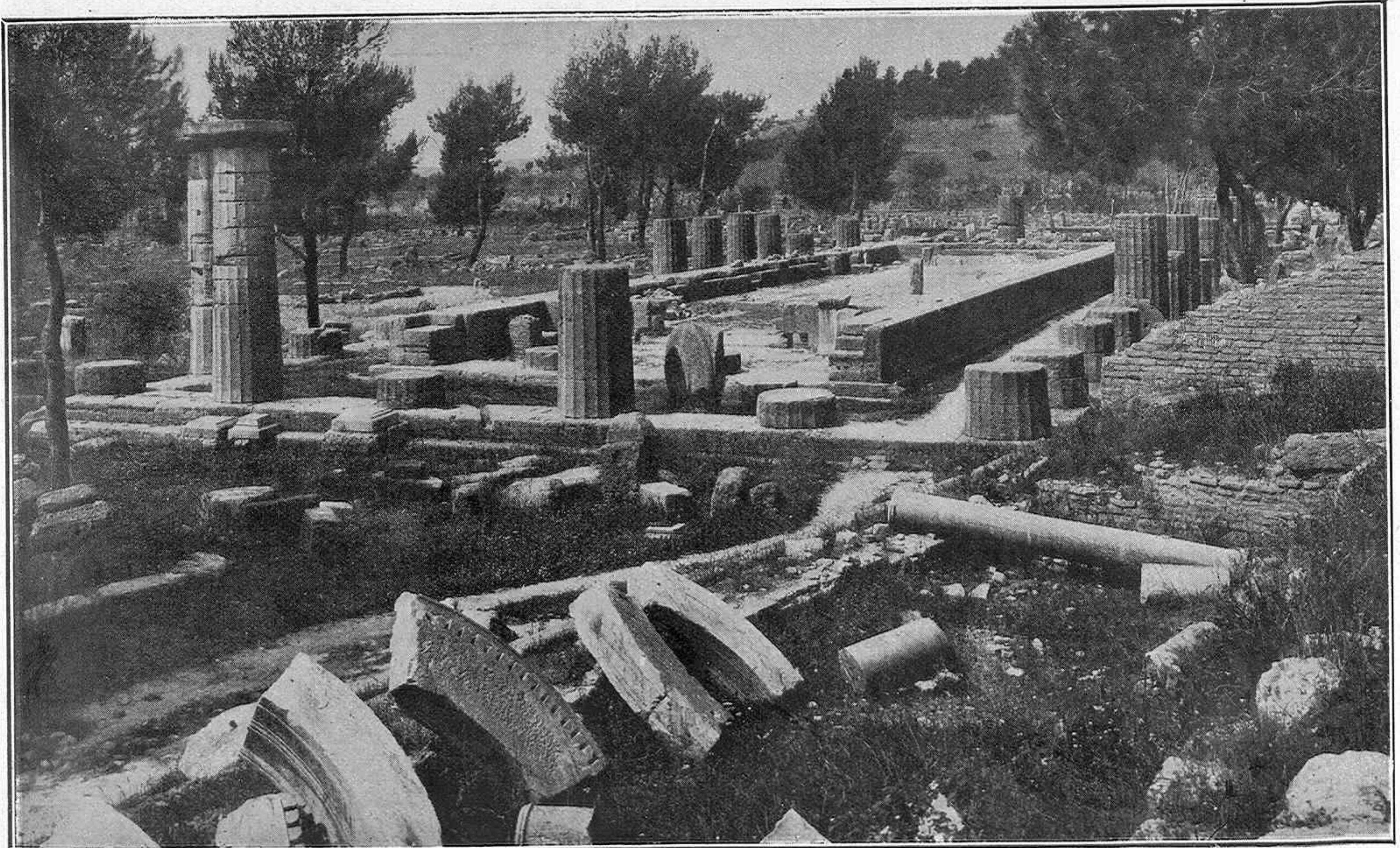
tros de eje, y el palacio del senado olímpico, que comunicaba con el recinto sagrado por una puerta de tres arcos, de construcción romana.

Cerca se alzaban el gimnasio, uno de cuyos pórticos tenía 210 metros de longitud; la palestra, el palacio de los sacerdotes, claustro, en que se abrían las celdas, y que formaba un enorme cuadrilátero.

Allí estaban aún el taller de Fidias, semejante en forma y magnitud al templo de Zeus, y el palacio donde se hospedaban los visitantes distinguidos...

No merecían menos los juegos olímpicos si eran de origen divino, como contaban los sacerdotes. Según ellos, cuando Zeus era aún un niño y Saturno reinaba aún, los dioses mismos tomaban parte en los juegos: Júpiter había disputado el cetro a Saturno; Apolo había vencido a Hermes en la carrera y a Ares en el pugilato, y el hijo de Tántalo había conquistado en la carrera de carros la mano de Hipodamia, y con ella el trono. Según otros, Hércules mismo, después de vencer a Augias, había erigido el altar y hecho construir los muros del recinto sagrado, instituyendo los juegos olímpicos.

Sin tener tan alto origen, era lógica la magnificencia de Olimpia. «Todos sabemos—ha escrito Bayet en sus *Estudios de Arqueología y de Arte*—cómo las olimpiadas llegaron a ser la fiesta nacional de Grecia y cómo su reproducción periódica, de cuatro en cuatro años, fué desde el 776 el único sistema cronológico común a toda Grecia. Más que todos los demás juegos helénicos, las solemnidades de Zeus olímpico servían de centro al mundo griego. Los peregrinos llegaban de todas partes: dorios y jonios; gentes de Atenas, de Esparta y de Tebas, no obstante sus rivalidades y sus odios, aun en plena guerra en-



Uno de los templos de Olimpia

carnizada, olvidaban sus querellas y vivían unos cuantos días en buena armonía. Las recompensas conseguidas en las olimpiadas sobrepujaban á todas las glorias humanas, y los poderosos de la época, los reyes de la lejana Cirenaica, los tiranos de Sicilia, los jefes de las aristocracias de Corinto ó de Tesalia, los plutócratas de las ciudades democráticas, no tenían más alta ambición que la de lograr el premio en las carreras de carros.»

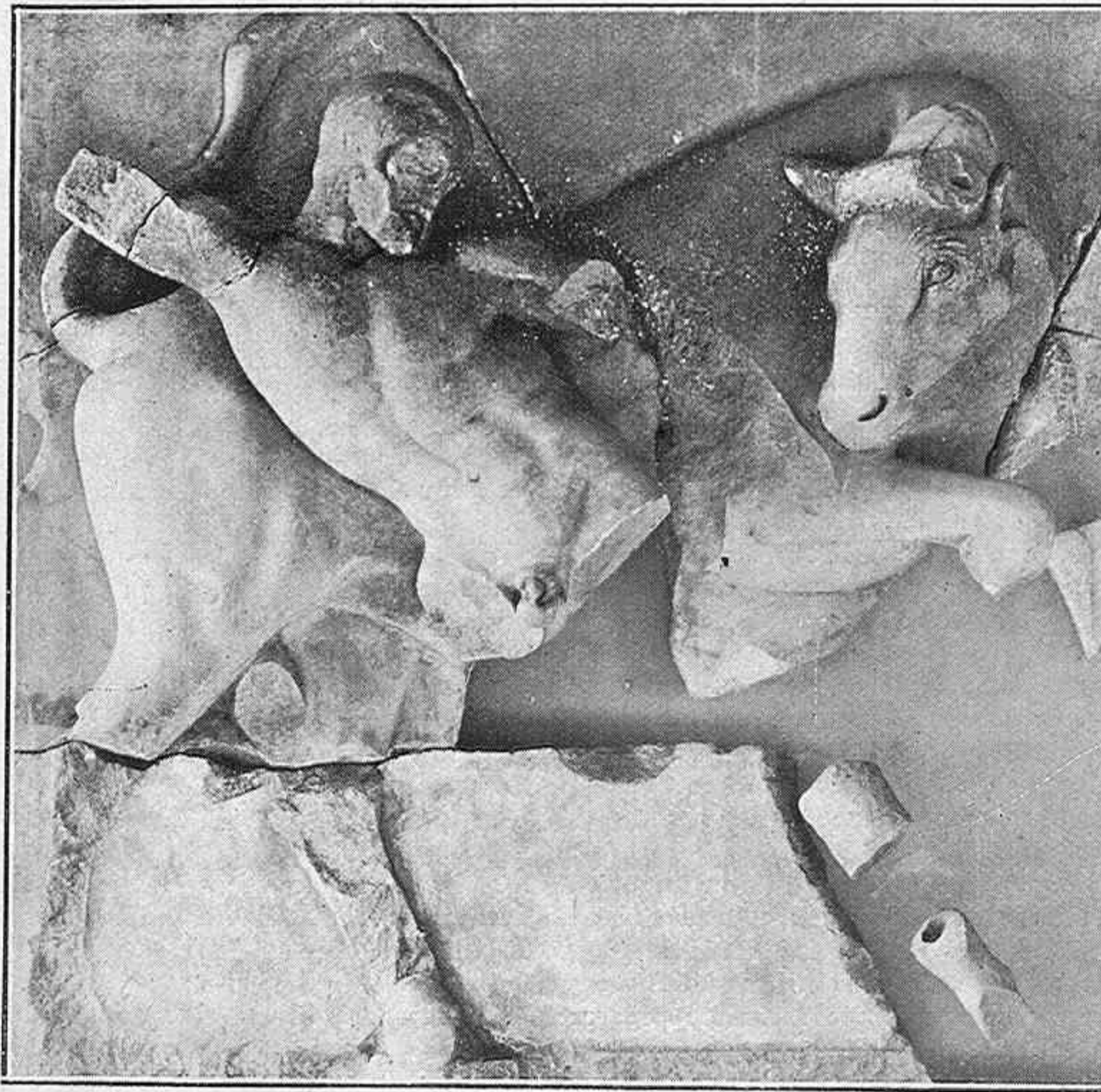
«Con hombres semejantes—se decía de los vencedores en los juegos atléticos—, las murallas son inútiles.»

Las ciudades en que habían nacido los recibían triunfalmente, como á los caudillos vencedores, y sus triunfos, como las victorias en las batallas, eran considerados como signos visibles de la protección divina.

«Añadid—ha escrito Diehl—que nadie llegaba á tales fiestas internacionales de la devoción helénica con las manos vacías. Todos se apresuraban á depositar sus ofrendas á los pies de Júpiter olímpico; cada ciudad elevaba, cerca del santuario, estatuas de sus atletas victoriosos. Cada pueblo, después de una victoria, erigía un monumento, cuya inscripción pomposa recordase perpetuamente á las generaciones futuras la gloria y la piedad de los fundadores. Todos los grandes acontecimientos políticos que conmovían al pueblo griego, todos los caprichos de la fortuna, enriquecían con nuevas ofrendas el templo olímpico: los reyes, los tiranos y las ciudades rivalizaban en fastuosa generosidad; los más grandes artistas de Grecia trabajaban en aquellas obras, que por millones cubrían la explanada y las terrazas del recinto sagrado; era un admirable Museo, el más célebre y el más bello de Grecia.»

«Todavía en la época romana, cuando las olimpiadas habían perdido una parte de su antiguo esplendor, los peregrinos regresaban á sus hogares deslumbrados por tantas maravillas y por las tres mil estatuas que formaban el cortejo mudo de Júpiter. Pausanias, que describió en diez libros la Grecia entera y sólo dedicó uno á los monumentos áticos, se detiene sorprendido y encantado ante los tesoros olímpicos, y emplea dos volúmenes enteros, los más curiosos quizá de su obra, en enumerar las obras de arte, las estatuas de dioses, de héroes y de atletas, las ofrendas piadosas, los monumentos y los templos que se amontonaban en el recinto sagrado.»

Tan grande fué el prestigio de las olimpiadas, que subsistieron á pesar del triunfo del cristianismo. La última fué la del año 393. Al año siguiente, un español, el emperador Teodosio, las



«Hércules luchando con el toro de Creta»
(Fragmento de una metopa del templo de Zeus, conservada en el Museo del Louvre)

prohibió para siempre, y desde entonces reinó el silencio en torno de Zeus. El mundo pagano había muerto ante el fervor cristiano del jerarca español.

Primitivamente, los juegos olímpicos sólo sometían á los atletas á una prueba: la carrera sencilla, recorriendo una sola vez la longitud del estadio; ulteriormente fueron añadidas otras: primero las cuatro clásicas (lanzamiento del disco y de la barra, salto y lucha); luego el pugilato y su combinación con la lucha; después las carreras de carros y las de caballos, y dentro de cada una de ellas, diversas modalidades.

Hubo también para los niños una serie de pruebas idénticas á las de los adultos; y así, la olimpiada, que inicialmente sólo duraba un día, llegó á durar cinco, que aun resultaban insuficientes.

Mucho tiempo antes eran nombrados los jueces que tenían á su cargo la vigilancia y dirección de los atletas en el Gimnasio, con lo que ellos mismos se entrenaban también, durante diez meses, para el difícil ejercicio de su cargo, y el examen de las condiciones de los aspirantes que habían de satisfacer á determinadas reglas.

Primitivamente era necesario demostrar, ante

todo, pureza de sangre helénica; después, haber nacido libre y no tener en la conciencia el peso de ningún delito, impiedad, ni sacrilegio; así, los espartanos, culpables de violación de la tregua sagrada, fueron excluidos de la fiesta.

No era requisito obligado, pero no podía ser rico: los viajes, el entrenamiento prolongado y los gastos indispensables durante la fiesta eran caros.

Lo eran más, naturalmente, las carreras de carros y de caballos, preferidas, por esa razón, por los aristócratas.

Los admitidos al concurso habían de someterse durante diez meses á un entrenamiento prescrito rigidamente, y del que no se toleraba la más mínima transgresión. Uno de esos meses habían de pasarle en el quinario de Elis, bajo la vigilancia de los jueces, que durante ese período los clasificaban en las diversas categorías, y por fin, algunos días antes de la fiesta, se trasladaban todos, jueces y atletas, caballos y carros, en cortejo, por la *Vía Sacra* á Olimpia y allí continuaban su preparación.

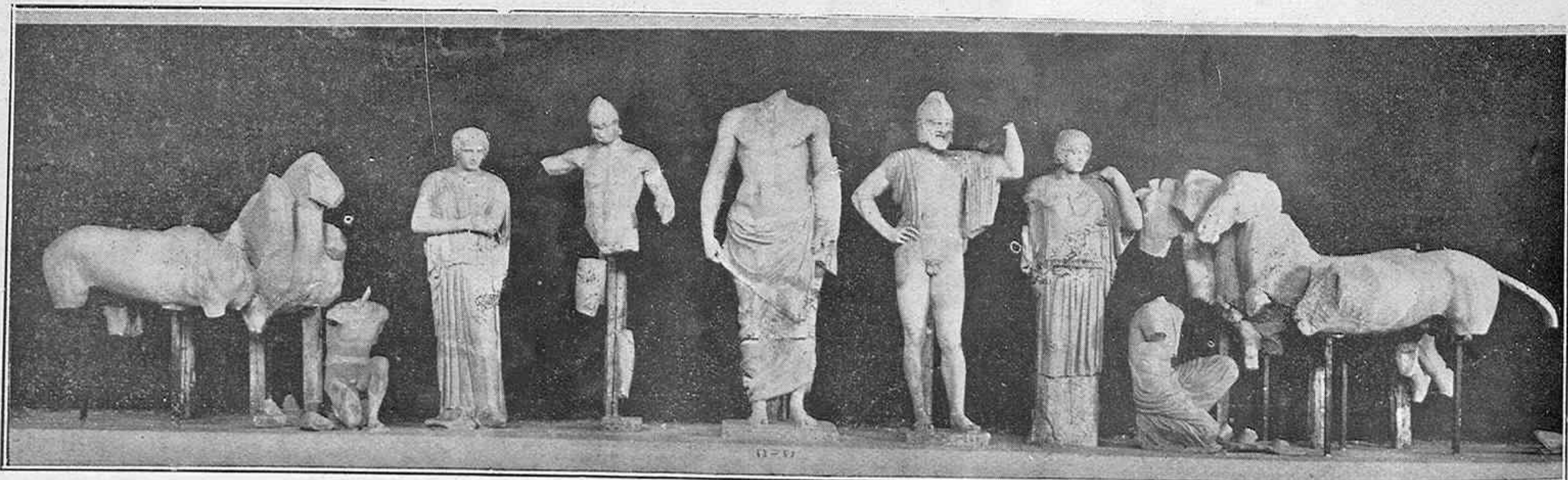
Entretanto, los mensajeros sagrados de Zeus recorrían el mundo anunciando la fecha de la Olimpiada—en la primera luna llena que seguía al solsticio de verano—, y aun siendo el tiempo

excesivamente caluroso y el viaje molesto, hacia Olimpia, donde había de concurrir todo lo notable del pueblo griego, se encaminaban generales y estadistas, como Temístocles; filósofos y sabios, como Anaxágoras, Pitágoras, Sócrates, Platón y Demóstenes; poetas, como Simónides y Píndaro; augures, como Apolonio...

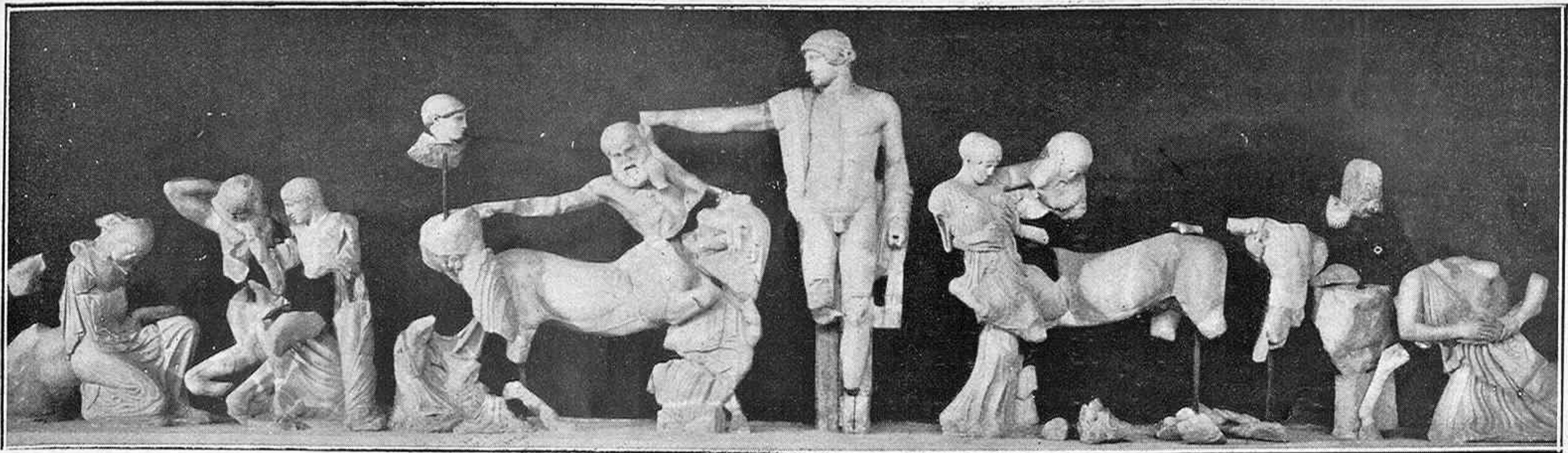
Las ciudades enviaban, en magníficos cortejos, suntuosas embajadas con presentes y ofrendas.

En pos de los atletas, de sus maestros, de los jueces y los embajadores, el público se apresuraba, y con el público los vendedores: la llanura era lugar de una animadísima feria, y el regocijo y el bullicio no se interrumpían.

Estaba prohibido, bajo pena de muerte, que las mujeres asistieran á la fiesta; podían hacer correr sus carros, y así lo hizo, triunfando en la carrera, la hermana de Agesilao, que ofrendó en gratitud un grupo magnífico de caballos de bronce; pero no podían presenciar la fiesta. Una sola vez fué infringida la ley: Jeseni, hija de un famoso vencedor rodesio que se decía descendiente de Hércules, no quiso abandonar á su hijo, y fingiéndose maestro de gimnasia asistió á la fiesta; pero al ver triunfar á su hijo no pudo contener el impulso materno, y corrió hacia el vencedor para abrazarle. Al correr cayeron sus vestiduras, y la superchería fué descubierta. Sólo el prestigio glorioso de su familia salvó la



Olimpia.—Preparativos para una carrera de carros



«Combate de los centauros con los lapitas». Tímpano oeste del templo de Zeus

vida á Jesenica; pero, para evitar que el hecho se repitiera, desde entonces los maestros de gimnasia asistieron á la fiesta desnudos, como sus discípulos.

Los juegos comenzaban al amanecer; pero desde mucho antes comenzaban la animación y el bullicio, y ocupaban sus lugares los 40.000 espectadores que podían presenciarnos. Cuando amanecía, por el camino cubierto que unía el recinto con el estadio, llegaban, al son de músicas que formaban parte del cortejo. Los jueces, con amplias togas rojas, iban á sentarse en sus sitials cerca de la meta; los maestros acompañaban á sus discípulos, dándoles los últimos consejos; los diputados de las ciudades y los extranjeros notorios ocupaban sitios de honor, y los luchadores iban siendo llamados para ocupar cada uno su lugar.

Comenzaban los juegos por la carrera; carrera de resistencia en que no se trataba de llegar antes, sino de resistir bien una marcha de catorce kilómetros y medio, carrera doble y carrera sencilla, en la forma primitiva. La escultura clásica nos ha legado muchas estatuas de corredores reveladoras de la belleza y elegancia de movimientos de los que corrían, y su resistencia era tal, que un corredor, al vencer, siguió corriendo para llevar á su patria, á una distancia de noventa kilómetros, la noticia del triunfo.

A la carrera seguía la lucha, y á ésta el pugilato con guantes análogos á los de los boxeadores actuales. Era implacable, y en tal estado quedaban los luchadores, que un epigrama de la

época decía: «Después de veinte años de ausencia, Ulises fué reconocido por su perro; tú, Strafon, después de cuatro años de pugilato, estás desconocido, no ya para tu perro, sino para tus conciudadanos. ¿Qué digo? Si te mirases en un espejo, excluirías: --Yo no soy Strafon.»

La combinación de ambos modos de lucha constituía generalmente el ejercicio siguiente.

Otro día eran los juegos en el hipódromo.

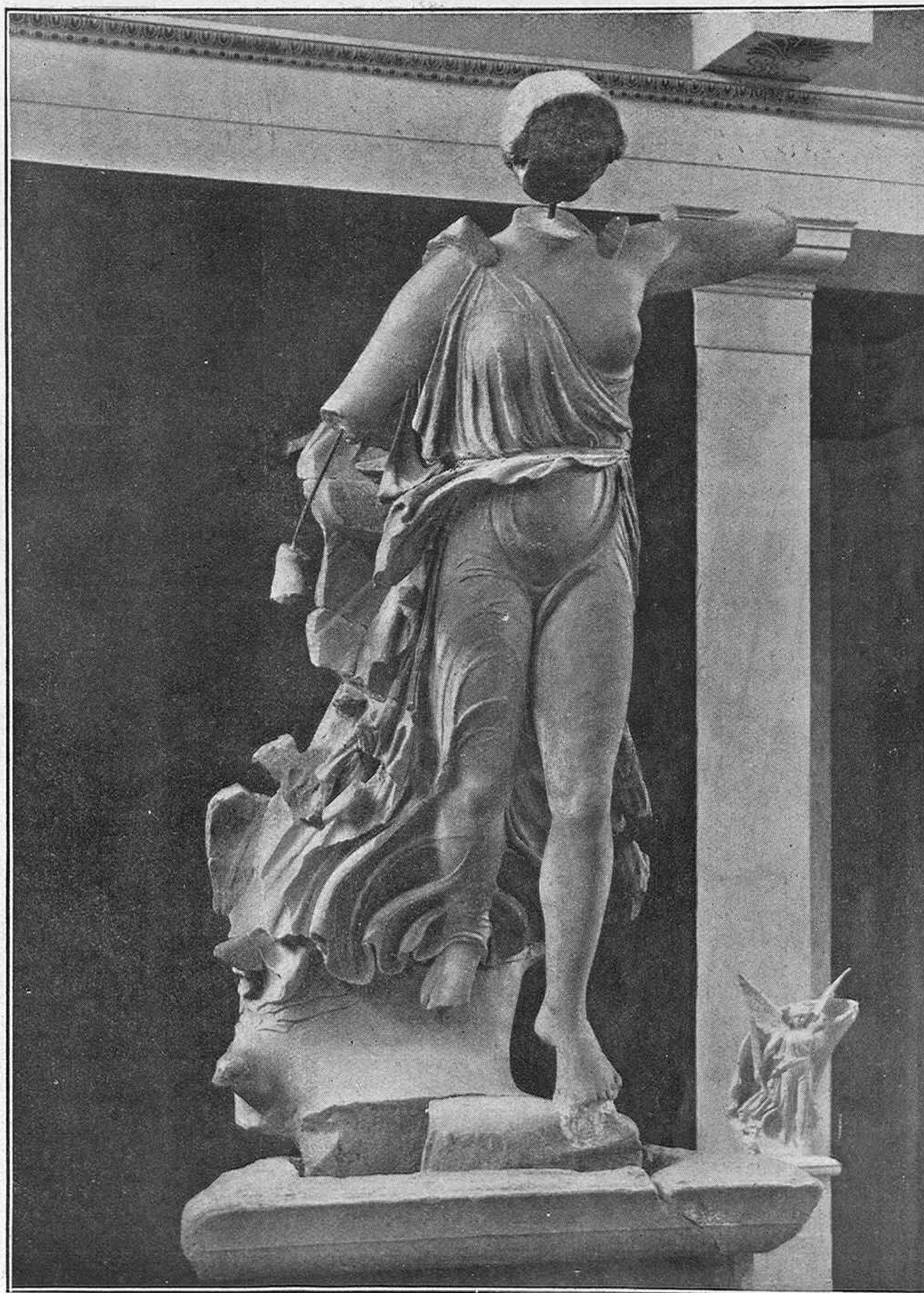
En él había, sobre un altar, un águila mecánica que, elevándose, daba la señal de ponerse en línea; las trompetas lanzaban luego al aire ruidosamente la señal de partir.

Terminadas las luchas hípicas, se volvía al estadio y continuaban los juegos atléticos: las cinco pruebas de que constaba el *pentalon*.

Finalmente, una carrera con armas, desfile militar, precedía á la distribución de recompensas, que coronaba siempre las fiestas.

Los vencedores eran tomados no sólo como prototipos de fuerza y destreza, sino como cánones de belleza; y así en todo y en todo momento, el arte dominaba en el espíritu de los griegos reunidos en los Juegos de Olimpia.

Esa preocupación artística falta en las olimpiadas actuales, y es ieramente una lástima, porque era la que en la antigua Grecia daba la orientación armónica que el arte mismo ha conservado, y las excavaciones dirigidas por Curtius nos han permitido conocer en nuestros días.



Olimpia.—Victoria, acrotera del templo de Zeus

D. T.



AUNQUE no fuese cosa muy elegante, ni estuviese acorde con el rebuscamiento *macizo*, de una elegancia tocada de estetismo, del despacho, Hernando estiróse con un largo bostezo de fatiga.

Distraídamente miró el reloj de *Vernis Martin*, colocado sobre una cómoda dieciochesca con finos taraceos de marquetería: ¡las tres de la madrugada! Desde las once, que aquella *peña* de artistas *exquisitos* se había ido, trabajaba en su obra, la que él pensaba habría de ser su obra maestra, el raro estudio sobre... ¡el alma de las cosas!

Toda la vida ¡Dios mío!, aquel pomposo *toda* era quizá asaz homotopéyico para una existencia que tenía sólo siete u ocho lustros de duración) había amado las antigüedades, las maravillosas vejeces que eran prodigios de otros tiempos y conservaban como un vago aroma del antaño. La pasión de su padre por aquellas cosas, pasión en que el marqués de Celada parecía poner todos los fervores acumulados en la aridez de su existencia, deslizada en la glaciación del palacio, entre el frío respeto de las gentes y el

vacío que envolvía como en una campana neumática á la marquesa, enferma de snobismo y de teosofía, habíale ofrecido desde muy pequeño el pasto espiritual de la colección, aumentada de día en día con portentosas adquisiciones.

Habíase, pues, deslizado la infancia y juventud de Hernando entre la exaltación materna, abierta sobre lo desconocido, y la concentración paterna, en una condensación cromática de cosas en que era el perfume lo único que sobrevivía; teniendo enfrente una interrogación, la inquietud del drama que debió haber en la vida de los suyos, y cuya clave no tendría nunca.

Tal vez por derivación del sentimiento paterno, amó él también vejeces y antiguallas, y al verse solo, frente á la vida, con las colecciones por herencia, aplicóse á convivir con ellas. Pero ni tenía el carácter grave, un tanto adusto, de su padre, ni había en su vida el obscuro drama de la paterna. Además, en cambio, corría por sus venas la sangre de la marquesa Eulalia, la criatura deliciosa que, desde vivir para trapos, fáciles placeres y elegancias absurdas, había ido á caer, como al extremo opuesto, en oscuros la-

berintos de astrología y teosofía. Así, Hernando era... ¡artista! Sí, era un fuerte y prodigioso artista que tenía una maravillosa visión de las cosas, una visión genial, pero que nunca llegaba á cuajar. Es decir, concebía, adivinaba, presentía, veía iniciarse como vemos en un sueño; pero lo entrevisto carecía de realidad posible.

Comenzó libros que en un principio parecían raros hallazgos; versos de divino ritmo; novelas en que se planteaban complejos problemas psicológicos, nunca resueltos; impresiones policromadas de fastuosos viajes y sensaciones ó reconstrucciones de momentos de la Historia. He dicho *momentos*, y he dicho bien, porque en sus investigaciones históricas, sutiles, perspicaces, adivinatoras, faltaba, como en su vida toda, orden y continuidad. Es decir, iniciaba maravillosamente; pero luego su atención, en vez de sostenerse rectilínea, sufría una dispersión ó atomificación.

Así, por ejemplo, en el coleccionar de antiguallas, sobre todo, y en el rehacer de los orígenes y motivos de las mismas, tenía súbitas adivinanzas que por un momento estaban á punto de

rasgar el velo del misterio y convertir su violencia ó adivinación casi casi en *revelación*. Pero ahí, como en todo, al llegar el momento álgido del plasmado, dispersábase la rara facultad. En su libro mismo, comenzado con entusiasmo, vacilaba mediada la obra. Los remotos siglos de la antigüedad, los medievales de luchas, los primeros de la edad moderna, no habían podido guardarle sus secretos, y se habían abierto ante sus ojos, mostrándole la clave de sus misterios. Pero súbitamente, el XVIII, que antojósele, en un comienzo, hartó banal y liviano, fácil de sentir y comprender, como esas flores ó esas extrañas bestias marinas que al contacto extraño se cierran ó concentran en sí mismas, tórnase al intentar estudiar en ellas hermético é impenetrable. Una pregunta, sobre todo, turbábale é inquietábale. ¿Qué habían tales gentes frívolas, insubstanciales, hechas á artificiales conflictos, pensado ante la muerte? Y sin poderlo remediar, mediado la gran galería que flanqueaba los salones, deteníase ante la misteriosa guillotina, que pasaba por ser una de las joyas de la colección.

Sí, aquella guillotina, de origen incierto, mejor dicho dudoso, pasaba por ser una de las preases de la galería ó museo Celada. Había quien la pretendía obra del mismísimo señor Guillotin; quién quería ver en ella la implacable cercenadora de la regia testa de la *austriaca*, la bella é infortunada hija de la emperatriz María Teresa, María Antonieta, reina de Francia.

Fuera auténtico ó no el mortífero instrumento, érase el caso que poseía como un misterioso don de atracción, un á modo de hipnótico poder que atraía las miradas y las conversaciones.

Consistiese en lo que consistiese, que para Hernando constituyó el obstáculo ó tropiezo que detuvo su alma. Pasaba horas enteras en oscura y sombría meditación, sin que la esfinge de acero le librase el secreto. Alguna vez, un reflejo lívido, un rayo de luz que caía sobre la cuchilla parecía que iba á iluminar la misteriosa ruta; pero como una pupila que se apaga, la luz se extinguía. Faltaba algo, sí; faltaba, indudablemente.

Aquella misma noche, *Toni*, el aristócrata injerto en literato, había, con una de aquellas patochadas que le eran familiares, afirmado:

—Mira: á tu guillotina le falta algo, un no sé qué; algo, en fin. Pero si no podemos ver lo que le falta, para darnos la sensación atroz, podemos, en cambio, decir dónde le falta: ¡en la cuchilla!

—remató con una salida sensacional, *muy suya*. Ahora, en la semipenumbra de la galería, ante el instrumento de muerte que se alzaba sobre un escalón de terciopelo y bajo un badaquino abacial de púrpuras y oros, Hernando se interrogaba desesperadamente: ¿qué faltaba?

Y como un vago parpadeo ó vibración de la luz pusiera un reflejo en la cuchilla, tuvo de improviso la revelación: ¡faltaba sangre!

Ya no le cabía duda: para sentir todo el espanto siniestro y frío de la cuchilla, precisábase la roja mancha que lo hiciera valer. ¡Sangre!, ¡mucho sangre! El purpúreo reflejo atroz. Entonces, viendo la roja sangre gotear, comprendióse todo el espanto.

Rehizo las escenas escalofriantes del *Terror*; la cuchilla mal enjugada que se alzaba goteando sangre; los puntos rojos y siniestros; el miedo atroz de los que se tendían en aquel lecho.

Instintivamente imitó los movimientos, los gestos, los apagados gemidos de unos, los contenidos temblores de otros. Y, sin quererlo, acabó por tenderse el cuello bajo la cuchilla mortal.

Pasaba por todas las crueles sensaciones de los condenados, por sus angustias y zozobras, por sus afanes.

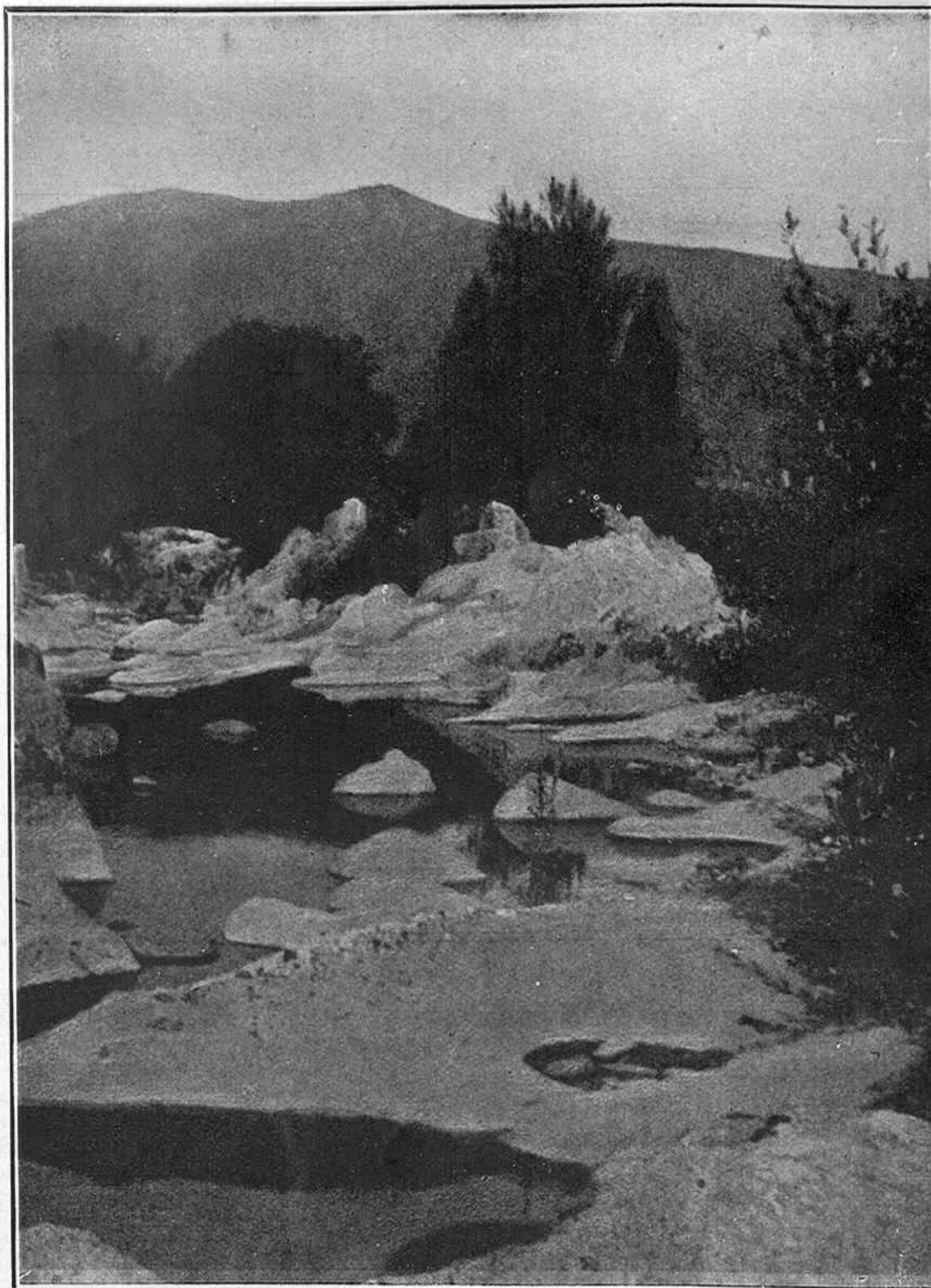
Y de improviso, sin saber cómo, sin darse cuenta, su mano crispada se tendió hacia el botón siniestro, y uno de sus engarabitados dedos apretó. Oyóse el silbido de la cuchilla, y su cabeza rodó tronchada.

A la mañana siguiente, los criados hallaron el cuerpo inerte de Hernando sobre el banco de la guillotina, y la cabeza, con los ojos dilatados de horror, en el fondo de la canasta.

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

(Dibujo de Baldrich)

S E R E N I D A D



¡BENDITA serenidad!
¡Mal haya, sí, los espejos
que enturbian con sus reflejos
lo claro de una verdad!

Agua revuelta no quiero;
siempre la puse reparo;
yo al agua del mar prefiero
la de una alberca; sincero,
con mi razón, lo declaro.

Remanso donde dormida
se quede el agua de un río;
¿no es verdad, corazón mío,
que esa sí que es una vida?

Agua en que todas las cosas,
al verse en ella miradas,

(Fot. R. Gárate)

nube, estrellas, sol ó rosas,
aparezcan, milagrosas,
tal como son, retratadas.

No mentir; nada de brumas
al sentir una pasión;
no tener cieno ni espumas;
siempre limpio el corazón.

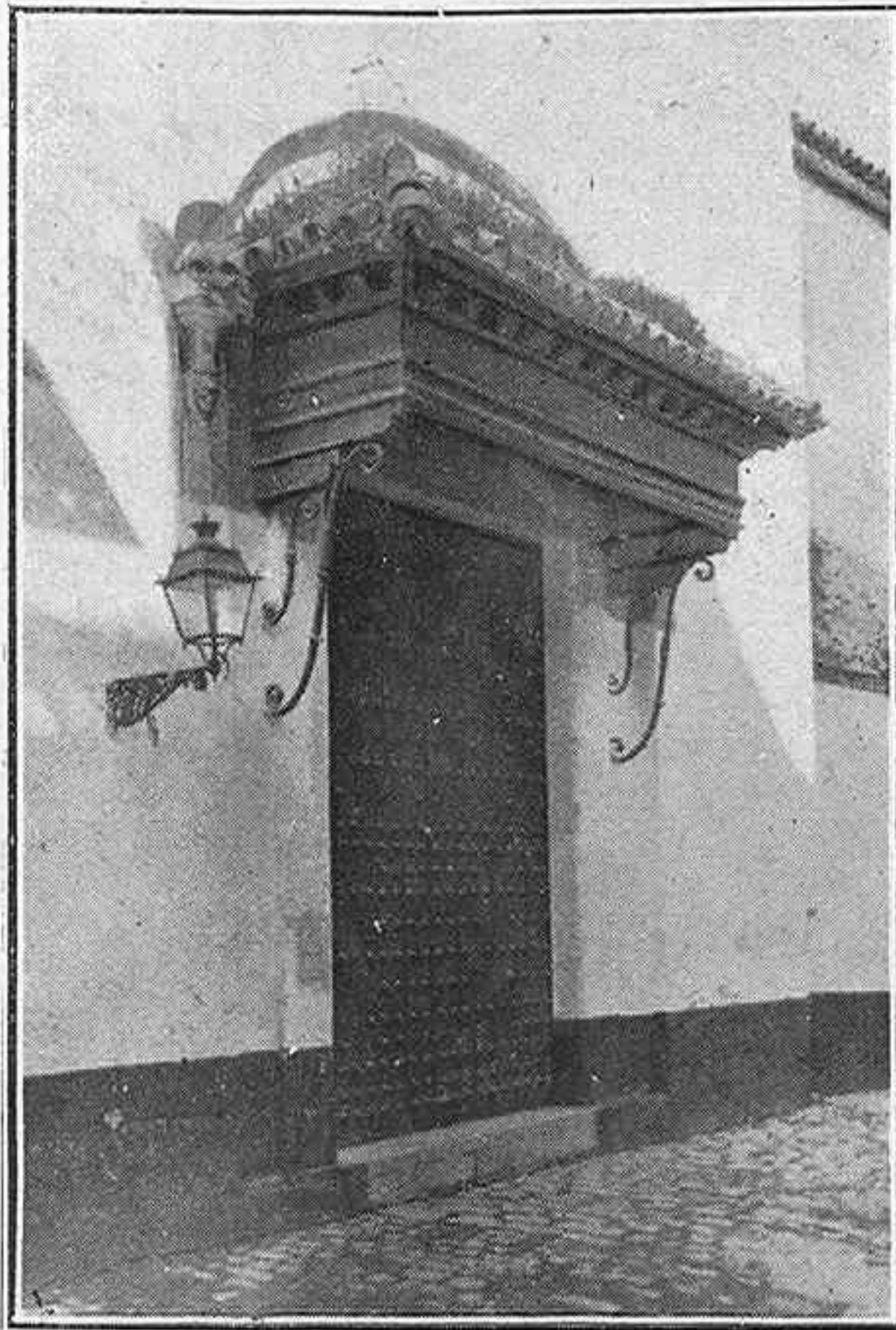
Decir con ojos serenos,
sin engaños ni tormentas,
todo aquello que tú sientas;
¡esto sí que es de ser buenos!

Milagro de la verdad;
lo difícil de la vida;
¡bendita el agua dormida
que es toda serenidad!

FERNANDO LOPEZ MARTIN

EVOCAACIONES

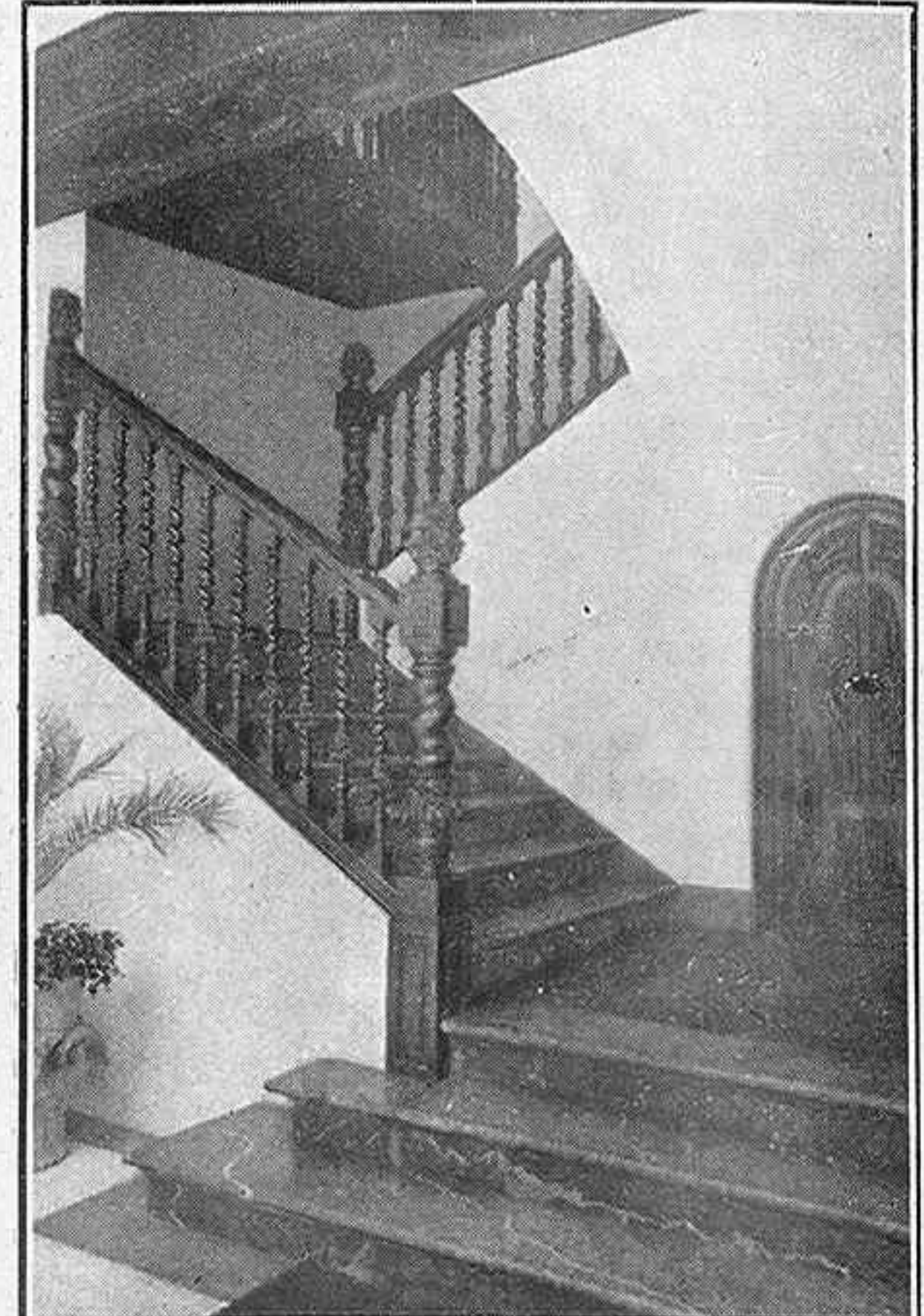
SANTA TERESA EN SEVILLA



Casa que habitó Santa Teresa, en 1576, en la calle de Zaragoza



Un detalle de la casa de Santa Teresa en Sevilla



Escalera de la casa que habitó la Santa en la calle de Zaragoza

TERESA Sánchez de Cepeda y Ahumada, la graciosa reformadora del Carmelo, recuerda siempre con horror su viaje desde Caravaca á Sevilla—Mayo de 1575—con seis monjitas animosas y sus buenos compañeros de viaje «Julián de Avila y Antonio de Gaytán y un fraile Descalzo». Los amigos de Teresa conocemos personalmente á tres, por lo menos, de los personajes de esta pobre y poco lucida caravana. María de San José, la ex doncella de D.^a Luisa de la Cerda, que ha de quedar en Sevilla de priora, es una de las seis monjitas. Julián de Avila escribe, con Teresa, la crónica del viaje. Antonio de Gaytán, caballero salmantino, regresará de Sevilla pidiendo dinero prestado. El carrito donde caminan es un verdadero espanto. «Yo os digo, hermanas—recordará Teresa en *Las Fundaciones*—que como había dado todo el sol á los carros, que era entrar en ellos como en un Purgatorio.» No se detienen nuestros viajeros en las ventas ni en los ventorrillos, y cuando se detienen es para lamentarlo. A la salida de Veas aprieta el calor, descomponen la comida y se pasan dos días sin probar bocado. Teresa lleva una gran bota llena de agua; pero el agua se acaba, y por esta tierra apunta Julián de Avila que vale mucho más que el vino. «Cada jarrito bien pequeño costaba dos maravedís; era más caro que no el vino.» En un ventorro, gente beoda é incivil injuria al bendito Descalzo fray Gregorio, y después se hiere y acuchilla entre sí. Doce, catorce días de viaje, atravesando los pueblos

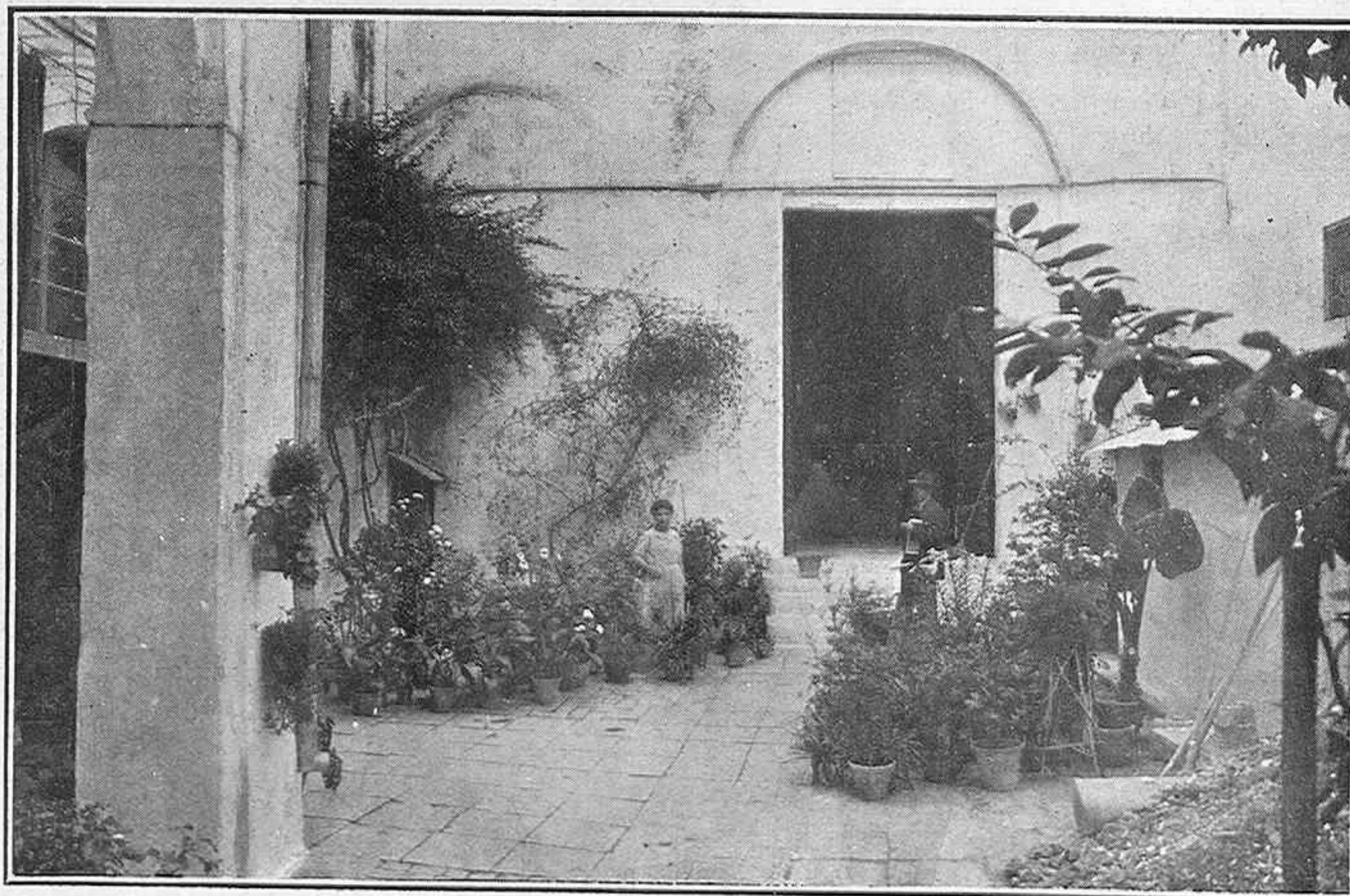
de Murcia, y de Jaén, y de la serranía cordobesa, hasta dar vista á la deliciosa y feracísima vega sevillana. Pero Teresa sabe consolarse de los peligros y trabajos de las terribles jornadas carreteriles. «Unas veces con pensar en el infierno; otras veces pareciendo se hacía algo y padecía por Dios, iban aquellas hermanas con gran contento y alegría.»

A Sevilla llega Teresa quebrantada y febril. Sufre una recia calentura, de tal magnitud que «parecía tener modorra, según iba enajenada». Las hermanitas, á la vista de Sevilla, echan jarricos y más jarricos en el rostro moreno y risueño de la dama errante; pero el agua «caliente de sol» quema y abrasa, y sirve de nuevo tormento á la sin ventura. En una posada de mala estampa, la doliente ocupa una camarilla sin ventana que se llena de sol á todas horas. El

camaranchón donde pretende reposar Teresa de su fiebre delirante es digno de tal hospedaje. Bajo por un lado, alto por el otro, parece de «piedras agudas». En Sevilla, en fin, el día 26 de Mayo de 1575. El resol desvanece á la madre á cada paso. Su casita de la calle de Armas—hoy de Alfonso XII—es harto estrecha y miserable. La influencia del clima enervante y perezoso deshace misteriosamente los resortes de su voluntad. Teresa se encuentra desconocida en Sevilla, esto es, pusilánime é inquieta. No sabe qué resolución ha de adoptar en sus trabajos.

¡Pobre Teresa! El arzobispo, D. Cristóbal de Rojas y Sandoval, no quiere saber de monjas pobres. Antonio de Gaytán pide dinero prestado para marchar de Sevilla con el P. Julián. Las monjitas imploran la caridad para vivir. Del dinero traído de Caravaca ha restado exactamente «una blanca».

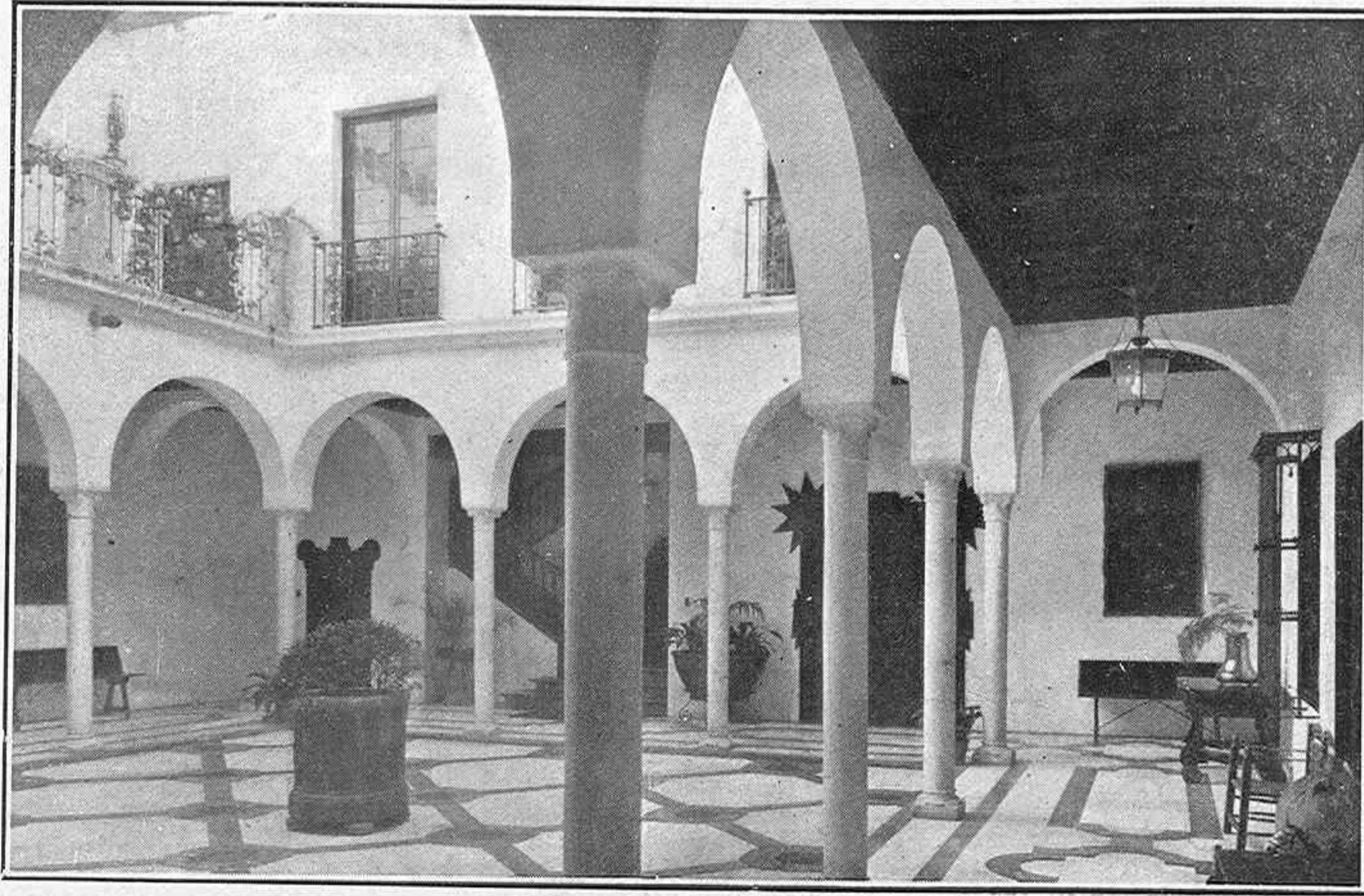
El equipaje se reduce á la ropa que traen puesta las mujeres «y á dos mudas más». En Sevilla pasan las inexpertas aventureras hambres más atroces que en Toledo. Ellas callan y callan, dichosas de padecer por su Jesús, y apenas si tienen más apoyo que el del curita sevillano Garcí-Alvarez, que las dice misa sin emolumentos, y las regala él, más pobre que las ratas, cestitas con legumbres y pescado frito de cuando en cuando. Otra dama caritativa se acuerda también de Teresa y sus hermanas; pero confía los socorros á una beata urraca que se queda con lo mejor entre las uñas, hasta que la señora sevillana provee directamente para evitar los



Patio de la casa de la calle de Zaragoza

intermediarios que en toda clase de negocios han sido siempre hartos peligrosos. Hasta que Lorenzo de Cepeda no llega de las Indias en auxilio de su hermana, la pobre Teresa tiene bastante que sufrir. Después de ocho, de diez meses de terribles amarguras, se decide a comprar la casa de la calle de Pajería, hoy de Zaragoza. La engañan en el trato; el fiador Lorenzo está á punta de dar por tramposo con sus huesos en la cárcel de los Remedios, y Teresa, que ya comienza á sentirse «gastada y vieja», tiene que refugiarse en la lealtad de su gran amiga María de San José y en los hechizos de su sobrina Teresita, que cura sus melancolías en su cárcel de la calle de las Armas. «Ya está ella acá con su hábito—exclama la tía—que parece duende de casa y todas gustan mucho della; y tiene una condicioncita como un ángel, y sabe entretener bien en las recreaciones, y contar de los indios y de la mar, mejor que yo lo contara.» Pero el Señor ha de sonreírle, al fin, en Sevilla. La casita de la calle de Zaragoza se prepara, al fin, para recibir al sacramento. Entre las invenciones, que al palomar sevillano llevará el bueno de Garci-Alvarez, contaremos «una fuente, que el agua era de azahar, sin procurarlo nosotras, ni aun quererlo, aunque después mucha devoción nos hizo»—contará sobriamente nuestra Teresa—. Ya tiene agua de azahar su Jesús; las monjitas han llenado de tiestos y de macetas todos los pasillos y todas las celdas de la casa. Al anochecer, las calles estrechas morunas, entoldadas en este caluroso día de verano—3 de Junio de 1576—se aderezan para ver pasar la procesión.

El arzobispo en persona, que después de haber platicado largamente con la Madre ha quedado prendado para siempre de su recato y donosura, lleva el Sacramento; un viejo pai-



Sevilla.—Un detalle del compás de las Teresas

(Fots. Surano)

sano de Teresa, el prior de las Cuevas, acude también á la procesión. Hay música y menestres en el barrio, que pasa la Divina Majestad.

¡Sí! Hay música. Y tracas. Y vítores. Y tiros de artillería. La Madre, con su capa blanca, va la última al pie del Sacramento y á la vera del Arzobispo. Y va llorando. Al entrar Jesús, su Jesús, en el Sagrario nuevo, se arrodilla ante D. Cristóbal y prorrumpe en sollozos. Pero los sevillanos presencian un espectáculo nuevo, que alza gran rumor en toda la clerecía. El arzobispo levanta á la Madre del suelo, y es él el que se planta de hinojos ante la Madre, pidiéndola mil perdones por no haberla comprendido desde el principio. ¡Momento singular! El curita Garci-Alvarez, el viejo prior de las Cuevas, María de San José, se miran conmovidos y espantados. Los sevillanos siguen jugando la pólvora. Y se prende el arco del claustro que tenía los arcos cubiertos con unos tafetanes, pero los tafetanes no padecen con el fuego, á pesar «de ser amarillos y de carmesí». Lo curioso es—¿quién no ve el milagro?—, lo curioso es que la piedra que estaba en los arcos, debajo de los tafetanes, quedó negra del todo, y los tafetanes que estaban encima «sin ninguna cosa; más si no hubiera llegado allí el fuego». Todos dan gracias al Señor por la maravilla. Las monjas le alaban también porque... «porque—dirá Teresa, ya repuesta de la emoción que la ha causado el gesto de D. Cristóbal de Rojas—no tienen que hayar otros tafetanes».

Once años dura el monasterio en lo que es hoy morada espléndida y sevillanísima del Sr. Soto en la calle de Zaragoza. En 1587—á los dos años escasos de muerta la madre en Alba—María de San José, la primera priora sevillana tan amiga y devota de Teresa, encuentra otro palomar muy sencillo, muy limpio, muy gracioso, muy sevillano, para sus monjitas. El Carmen, como siempre, ha de escoger el paraje más gracioso, y «las Teresas», instaladas en lo que fué palacio de un gran señor moro, añadirán un matiz nuevo á la Sevilla de San Clemente, de Santa Paula y de Santa Clara. En el barrio de Santa Cruz, en lo que ha sido hasta hace poco *alhamia* ó judería de la ciudad hechicera, en el recinto que limitan las puertas de la Mezquita y del Candilejo y de la Carne, María de San José, aconsejada por Teresa, ya reconciliada con Sevilla, edificará la morada del Esposo, blanca y sencilla como el alma de sus pobres hijas.

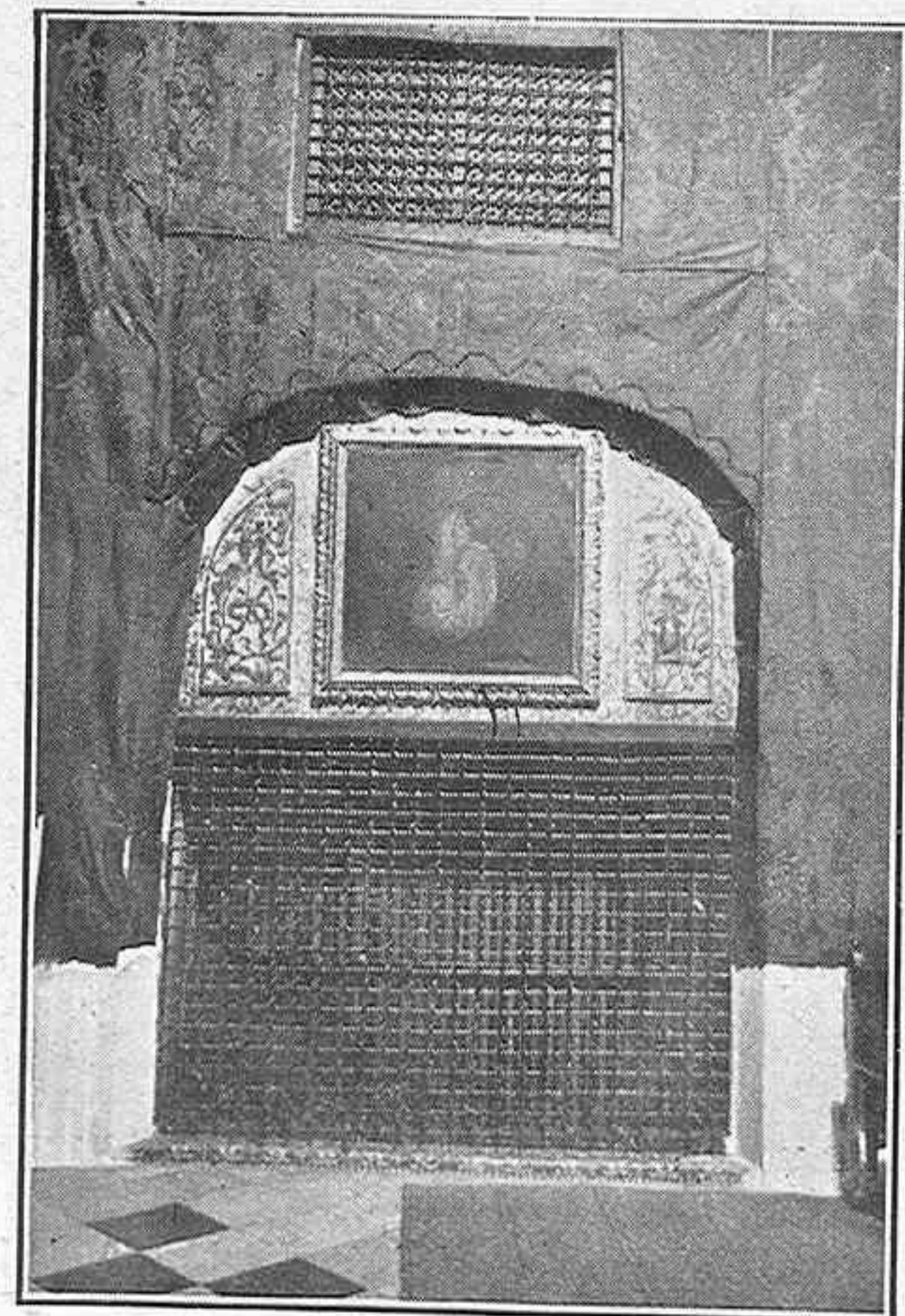
Y «las Teresas» conservan toda su gracia. A la derecha de su compás lleno de flores está una cruz que en sus muros colocará fray Juan de la Cruz, el encendido y mágico poeta de Fontiveros.

Las monjitas de hoy, andaluzas, valencianas, conservan la «ronquita», esto es, la campanilla que traía en su carro Teresa por esos caminos polvorientos y soleados. La madre priora—¡Dios se lo pague!—la ha puesto esta tarde en nuestras manos pecadoras, y nosotros hemos besado á la «ronquita» con emoción. Además, guardan ellas, como oro en paño, una alpargata rota de la madre, tres cartas, papeles de cuentas, el autógrafa de *Las Moradas*, recuerdos de Juan de la Cruz y del Padre Gracián, y de María de San José, olvidada en su destierro portugués de Buerta. El retrato de fray Juan de la Misericordia, que pintó á la Madre—bien que con

su protesta consiguiente—«vieja y legañososa», se conserva también en «las Teresas». A través del torno, respirando el aroma de los tiestos del compás, bien regados por una niña pizpireta y encantadora que cuida con sus padres de la portería del Monasterio, charlando esta tarde de cosas teresianas con la priora de hoy—una dama valenciana con deajo asevillanado—hemos percibido, en oleadas de emoción creciente, la huella imborrable que dejara Teresa en Sevilla. Sus hijas son hoy casi unas pobretucas de solemnidad, y á las veces las amenazan con pleitos y querellas porque el palacio moro comienza á quebrantarse y á resquebrajarse. El diablo, venido de Cantillana, es posible que ande en el empeño. Pero no podrá borrar nunca el aroma sencillo y humilde de este carmen andaluz, que tanto diera que hacer á Teresa, y, que, al fin, fué colocado adrede, por estas misteriosas intuiciones del arte y de la fe—siempre novios en Sevilla—dentro de la fragancia y del silencio del barrio de Santa Cruz.

José SANCHEZ ROJAS

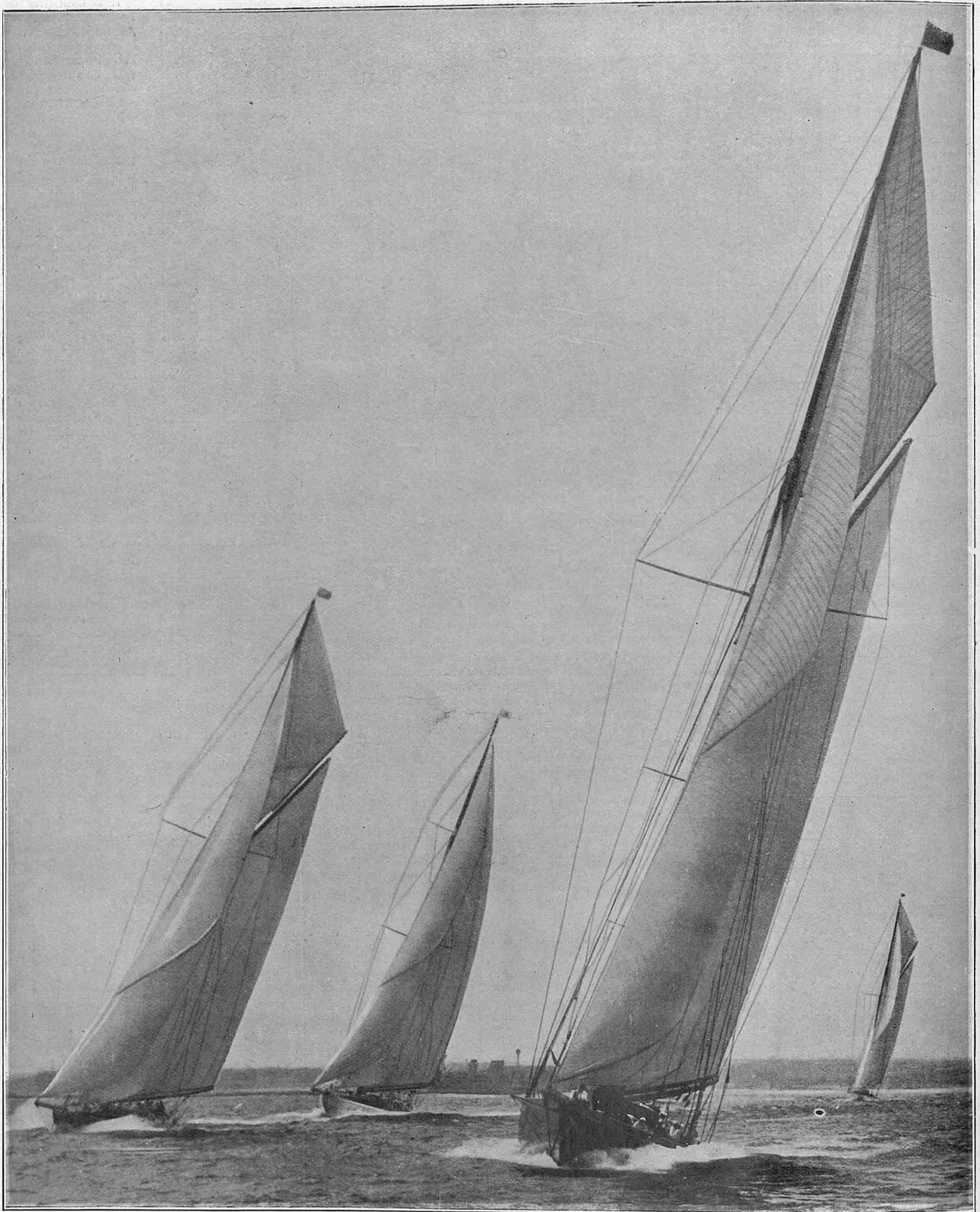
Sevilla.



Reja conventual del lado de la epístola del Monasterio de Madres Carmelitas Descalzas de Sevilla



Fachada y tejadillo del Monasterio de San Juan, de la Orden Reformada del Carmelo, fundación de Santa Teresa



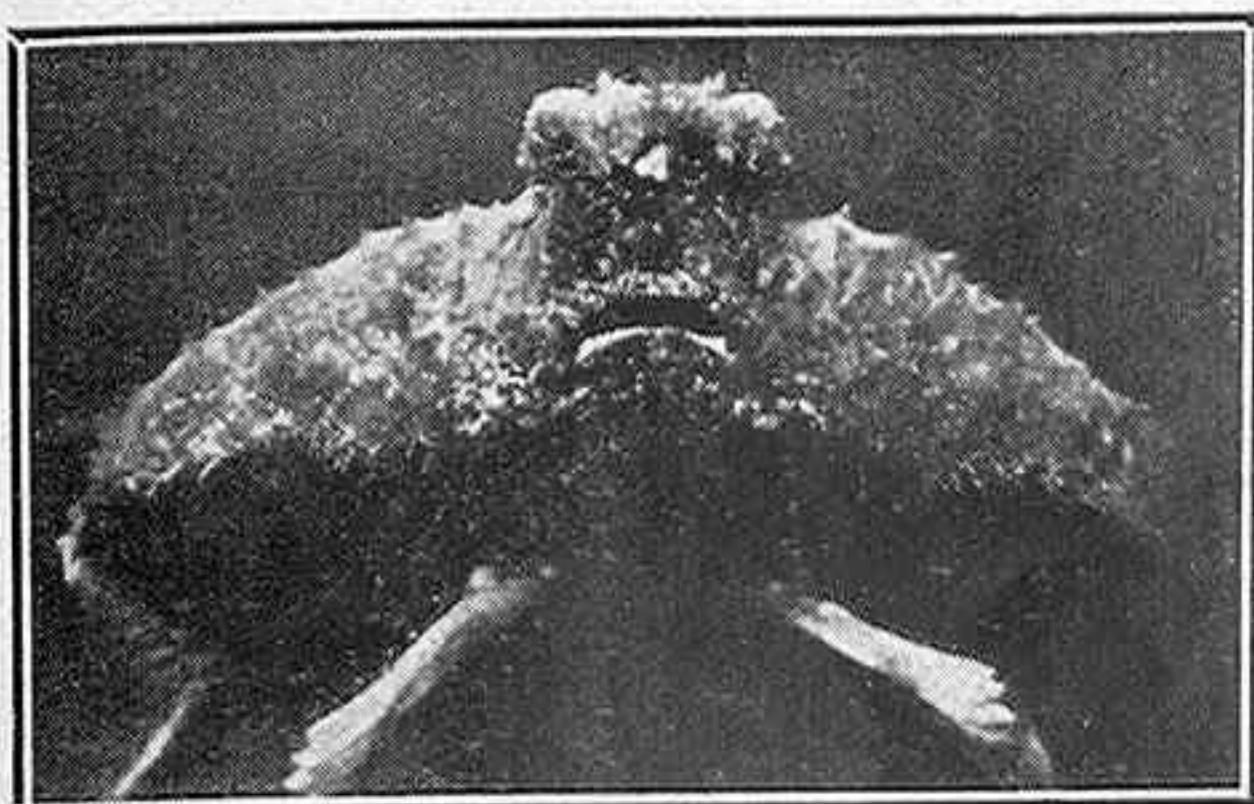
DE LAS TRADICIONALES REGATAS DE BALANDROS EN COWES

Un momento de las famosas regatas de balandros de Cowes (Inglaterra), en las que participó con su yate «Britannia» el Rey Jorge V, barco que aparece en nuestro grabado en primer término, tratando de quitar el viento al «Westward» que le sigue á escasa distancia

(Fot. Agencia Gráfica)

LAS CONQUISTAS DE LA CIENCIA

El cinematógrafo en el fondo del mar



Un raro ejemplar de la fauna marina haitiana, estudiado por Mr. Beebe

No ha muchas semanas, constituyó la *great attraction* en la vida social londinense cierta Exposición pictórica instalada en la Galería Gieves. Más que el valor artístico de los cuadros expuestos, con no ser él escaso, sorprendía á los visitantes la insólita circunstancia de haber sido realizada la entera obra expuesta, unos cuarenta cuadros al óleo, á 20 metros bajo la superficie del mar.

Su autor, Mr. Zarh Pritchard, ya ventajosamente conocido en los círculos artísticos de Londres como hábil marinista, experimentó un día el irrefrenable deseo de copiar de un modo directo los inexplorados y magníficos paisajes de la vida submarina. Provisto de una escafandra de último modelo y de pequeños lienzos aceitados convenientemente, descendió de una playa situada en la costa occidental de Tahití hasta hallarse á una profundidad de unos veinte metros. El aire necesario para la respiración se lo suministraban los aparatos de buzo instalados en una barquilla dispuesta al efecto. El resultado de esta osada tentativa artística no pudo ser más admirable. Vencidas satisfactoriamente todas las dificultades de luz y de ejecución, los cuarenta paisajes submarinos, con su flora y su fauna de fantástico aspecto, producían verdadera y honda impresión, justificando el éxito rotundo de público y de crítica obtenido por el autor.



Otro raro ejemplar de molusco, hallado por Mr. Beebe en sus exploraciones submarinas

El paralelo científico de la referida hazaña artística lo hallamos hoy recorriendo las interesantes páginas del boletín mensual de la *Sociedad Zoológica de Nueva York*.

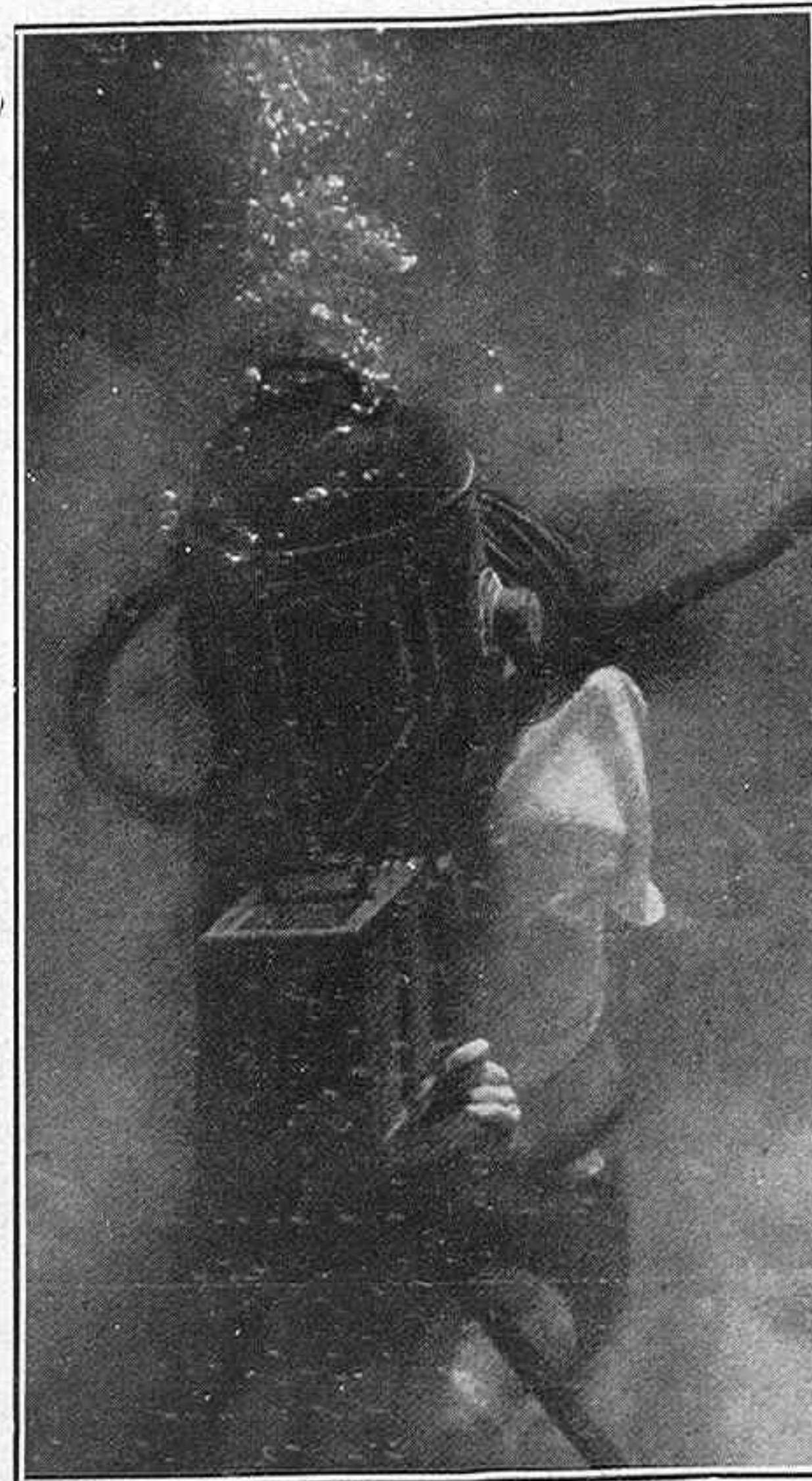
Dase cuenta en el citado opúsculo de los estudios oceanográficos que con auxilio del cinematógrafo ha llevado á cabo en aguas de Haití, durante cinco meses una expedición costeada por dicha sociedad y dirigida por el biólogo y explorador Mr. William Beebe.

Desdeñando el sabio norteamericano y su operador cinematográfico Mr. Floyd Crosby los mil peligros de una empresa de esta clase, entre los que no era el menor las bandadas de tiburones que infestan aquellas costas, fueron realizando día tras día su labor científica, para la que hubo de construirse una cámara cinematográfica especial. Acerca de estos arriesgados trabajos, escribe Mr. Beebe en el referido boletín:

«En unas cien sesiones logramos estudiar entre 280 y 300 especies ictiológicas, sin salirnos de una pequeña zona del golfo de Gonave, cerca de Puerto Príncipe. Sentado en los arrecifes y provisto de pequeñas láminas de cinc y de un lápiz de plomo, iba anotando mis observaciones del momento acerca de la vida y costumbres de los pobladores del mar, mientras mi compañero Crosby obtenía sus soberbios *films*. Por lo general, trabajábamos á unos treinta pies de profundidad. No obstante, en algunas ocasiones, y cuando la calma del mar era completa, descendíamos hasta los sesenta pies... Nada son ni nada significan, en verdad, las molestias, las penalidades y aun los peligros del intento, al lado de las inauditas sorpresas, de las inefables emociones de nuestros hallazgos submarinos. Cada inmersión nos reservaba algo insospechado, grandioso ó extraño, sublimemente bello ó prodigiosamente horrible. Era, en reducido espacio, toda la gama infinita de colores y formas en que crea la Naturaleza bajo la superficie de las aguas. Si *El país maravilloso de Alicia* tiene su realidad tangible en alguna parte, es, sin duda, en el fondo del mar, donde las especies se diversifican hasta inconcebibles límites; donde se funden en amalgamas absurdas los tres reinos de la Naturaleza, presentando el animal-planta y el animal-roca en variedad de aspectos verdaderamente asombrosa. En suma, que mientras no le sea dado al hombre visitar los planetas vecinos ó las fantásticas regiones lunares, el fondo del mar es el más hermoso y extraño de los misterios abiertos á su exploración y estudio.»



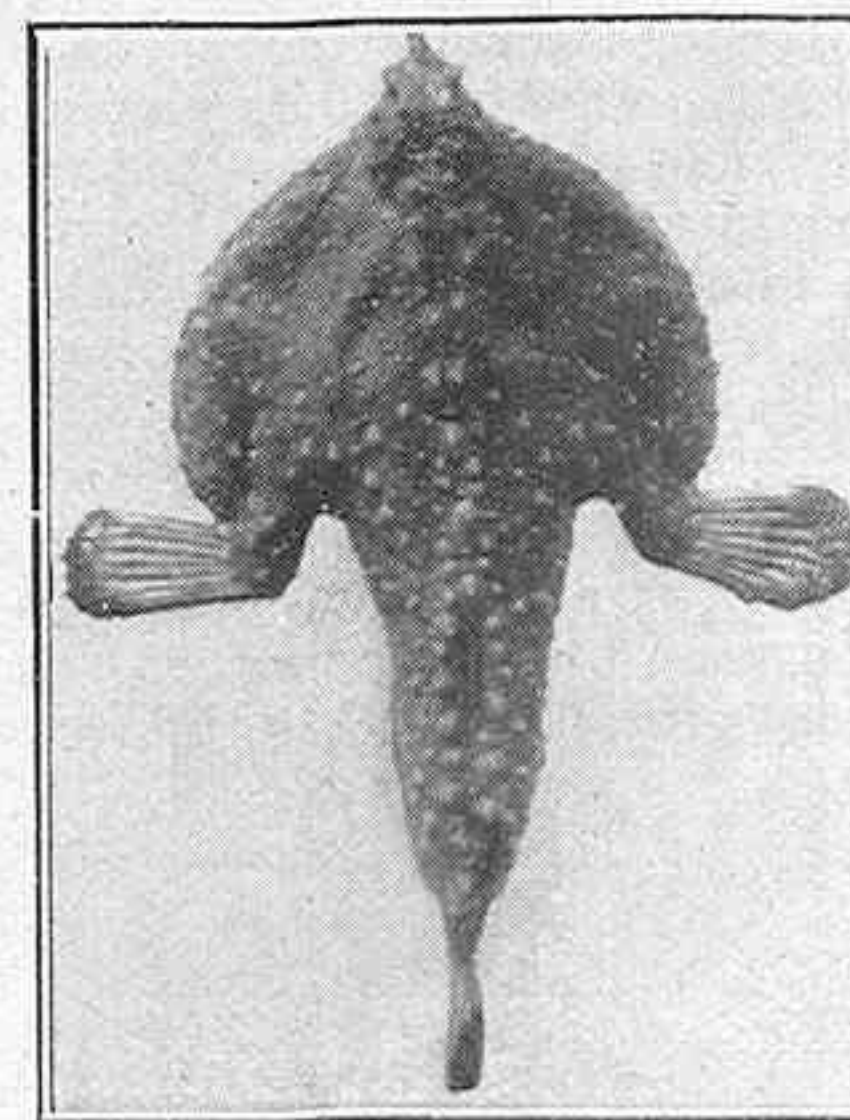
El profesor William Beebe tomando apuntes para sus conferencias sobre la fauna marina de Haití en el fondo del mar



El arriesgado operador Mr. Floyd Crosby impresionando una película en el fondo del mar

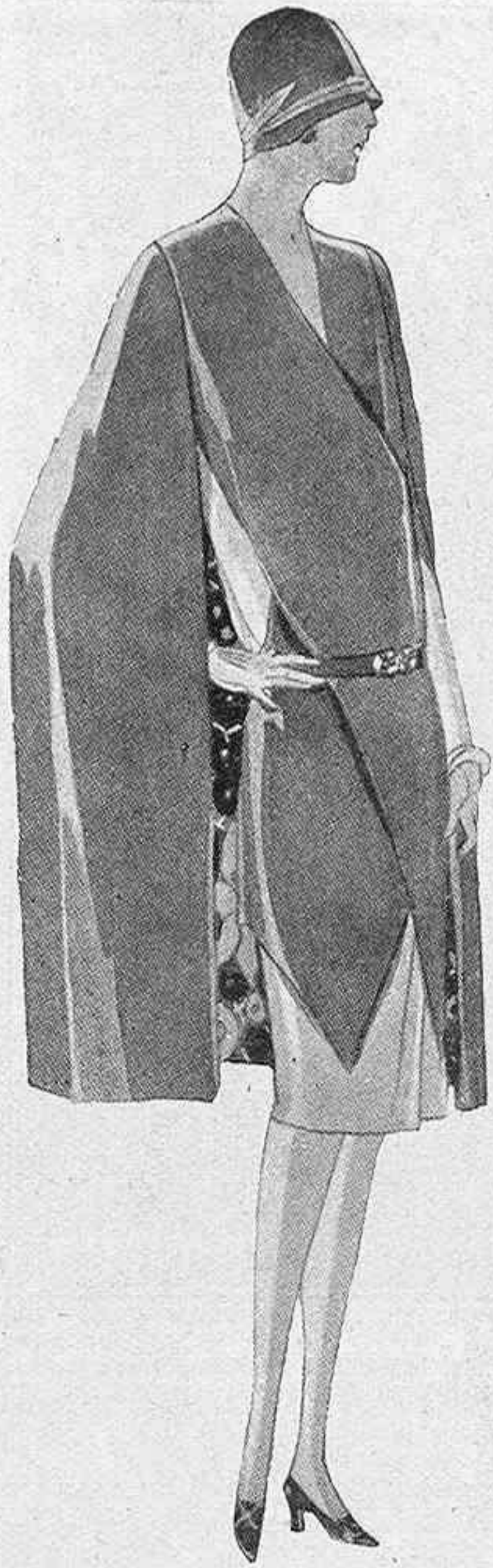
nes de nuestros hallazgos submarinos. Cada inmersión nos reservaba algo insospechado, grandioso ó extraño, sublimemente bello ó prodigiosamente horrible. Era, en reducido espacio, toda la gama infinita de colores y formas en que crea la Naturaleza bajo la superficie de las aguas. Si *El país maravilloso de Alicia* tiene su realidad tangible en alguna parte, es, sin duda, en el fondo del mar, donde las especies se diversifican hasta inconcebibles límites; donde se funden en amalgamas absurdas los tres reinos de la Naturaleza, presentando el animal-planta y el animal-roca en variedad de aspectos verdaderamente asombrosa. En suma, que mientras no le sea dado al hombre visitar los planetas vecinos ó las fantásticas regiones lunares, el fondo del mar es el más hermoso y extraño de los misterios abiertos á su exploración y estudio.»

D. R.



Curioso ejemplar no clasificado hasta la fecha, y que el notable biólogo descubrió en los mares haitianos

Elegancias



Capa de crespón negro forrada en seda estampada en colores vivos



Sombrero en «allophane» negro guarnecido con flores blancas y un racimo de cerezas (Fot. Sarthou y Laffitte)



Capa de «crêpe marocain» negro forrada en seda roja

(Modelo Worth)

En París

Los trajes de noche escotados hasta la cintura en la parte de la espalda, y en la parte delantera ovalados discretamente ó formando un pico irregular.

Para la *soirée*, unos abrigos de *moiré*, *lamé*, *satin* ó terciopelo de seda blancos, ricamente guarnecidos de pieles, que son un dechado de elegancia y buen gusto. Algunas damas lo llevan de la siguiente forma: metidos de una manga solamente, dejando el otro brazo y parte de la espalda al descubierto. Luego se recogen á la altura del talle los dos delanteros, de forma que quede ceñida por completo toda la silueta.

Las mejillas, del color natural de la tez y, si acaso, con sólo unos polvos de un tono blanco hueso; en cambio, los labios pintados de un rojo tan estridente,



Vestido de «crêpe marocain» negro con adorno de cinta brochada

(Modelo Goupy)



se ve...

que parecen como una sangrienta herida sobre la nítida blancura de la cara.

Corales y turquesas sobre trajes blancos ó negros; estas gemas son muy estimadas, tanto por la nota luminosa que aportan al conjunto como por la fantasía con que están engarzadas.

Las uñas, de forma bien distinta á lo que hasta aquí se ha visto, pues se emplean unos barnices que tienen las irisciones del nácar, ó bien el brillo de la purpurina oro y plata.

El rojo subido se acoge ya con la más fría de las indiferencias.

Los cabellos partidos en dos bandas, con raya en medio ó á un lado, rizados en bucles sobre las orejas ó totalmente ondulados oblicuamente. Desde luego, en el conjunto general dominan las melenas largas, y, por ende, más femeninas.

Linda capita de «crêpe marocain» negro sobre vestido de «georgette» blanco



Vestido de «crêpe georgette» gris perla, adornado con encaje



Vestido de «crêpe marocain» en tono verde aceituna
(Modelo Jane Duverne)



Lindo sombrerito de muselina verde esmeralda, creación de Blanche



Vestido de «crêpe marocain» negro con un broche de brillantes en el cinturón



Abrigo de «crêpe marocain» azul marino con aplicaciones de lo mismo
(Modelo Jane Duverne)



Vestido de crespón estampado en azul sobre fondo blanco
(Modelo Martial et Armand)

Terciopelos de seda artificial estampados, cuyo éxito extraordinario nos hace prever que será duradera para el invierno.

Flores, lunares, cuadros escoceses y todos los pequeños dibujos que han imperado sobre los crespones y foulaves del estío, decoran igualmente estos espléndidos tejidos.

Tafetanes acolchados y lamés de extraordinaria belleza, que hacen unos conjuntos admirables.

Pequeñas calottes de materiales suntuosos y brillantes, como una de Agnés, confeccionada con tres mallas de oro, plata y cobre, cuyos calados irregulares dejan entrever tres diferentes tonos.

Zapatos sumamente sencillos para la mañana en ante blanco, marrón y beige, Panamá natural y cordero amarillo, y para la tarde más fantasía, pero dentro de la mayor simplicidad.

Materiales para el calzado de noche de una variedad inusitada, entre los que sobresalen el raso, la seda y el terciopelo de un tono liso ó con dibujos menudos.

Bolsillos de idéntica piel que los zapatos y de tamaño mucho más reducido que en anteriores temporadas, con una marcada tendencia hacia la cartera chiquita, que tanto se estiló hace tres ó cuatro años.

Trajecitos de mañana con hechura y tejidos de camiserero.

Finas batistas, sedas pekinesas, satín y crespón de China *fil á fil* y todas las telas que se utilizan para las camisas de los hombres, en confecciones sencillas, para que se puedan lavar y planchar fácilmente.

Abrigos *trois quarts* hasta el borde de la falda ó cortos como las chaquetas de los hombres; todos en blanco y en tejidos tales como la franela, *cellulaine*, terciopelo de lana y *shantung* natural.

Conjuntos de color azufre, tono que comienza á hacer furor, y que en el próximo Otoño obtendrá el máximo de su apogeo en el reinado voluble de la elegancia.

ANGELITA NARDI

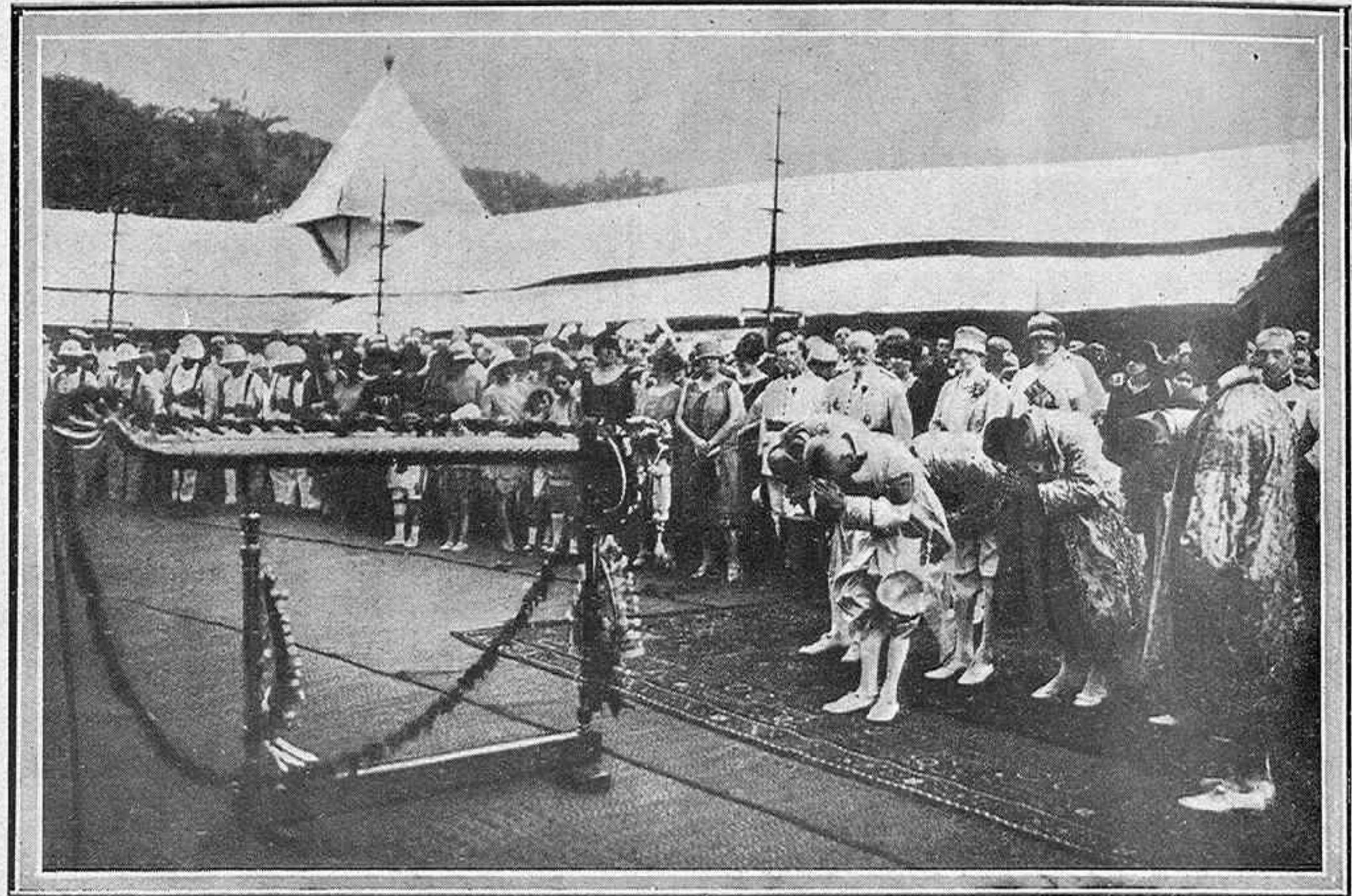
DEL MUNDO PINTORESCO

LOS DIVERTIDOS FUNERALES DE UN SOBERANO ORIENTAL

ALLÁ por Agosto pasó á mejor vida, en su palacio espléndido de Pnom-Penh, capital de la Camboya (Indochina francesa), su octogenario monarca el rey Sisowath, al que sucedió en el trono su hijo el príncipe Monivong.

Abandonar este valle de lágrimas y trasladarse al mundo de las sombras no es, para un soberano de la Camboya, cosa tan sencilla, tan expeditiva como para cualquiera otra testa coronada ó sin coronar del resto del mundo. La religión budista y el protocolo camboyano imponen á los regios cadáveres una serie infinita de molestias y de malos ratos, que, iniciándose en la postrera boqueada, con las desgarradoras lamentaciones de las plañideras reales, no terminan sino siete meses después del óbito, con la cremación á fuego lento de los maltrechos despojos. Y no es esto lo peor para el excelso difunto, cuya paciencia se somete á dura prueba durante siete meses y pico de ceremonias rituales. Lo más terrible del caso es que á los funerales del rey de Camboya se les da el carácter no de un acaecimiento luctuoso, sino de regocijado festejo popular. Tal se desprende de la pintoresca narración que el escritor francés M. George Groslier hace en el último número de *L'Illustration*, y en la que se da puntual cuenta de la solemne incineración del buen Sisowath, efectuada el 10 de Marzo último.

Fallecido el rey el 9 de Agosto del año pasado, se procedió seguidamente á embalsamar el cuerpo, encerrándolo en una urna de oro, que quedó expuesta al pueblo en uno de los salones del palacio. Sin pérdida de tiempo, los carpinteros y decoradores reales acometieron el montaje del *Méne*, serie de construcciones monumentales de madera, lienzo y cartón pintado, destinadas á las grandes fiestas de la cremación. La estructura central era la torre destinada á la hoguera incineradora, rodeando á ésta, en vasto cuadrilátero, las tribunas oficiales, las salas de teatro y de baile, las plataformas para las luchas de atletas, para los concursos gimnásticos, para la quema de fuegos de artificio y para otros divertimientos populares que, según el ritual y la noción de la muerte de los pueblos budistas, deben acompañar á la transformación de un



El rey de Camboya prendiendo fuego al cordón piróforo que hizo arder el catafalco del rey Sisowath

grande de la tierra en mísero puñado de cenizas.

Ultimada el 2 de Marzo la edificación del *Méne*, el rey Monivong, hijo del difunto, hizo descender la urna de oro del catafalco de nueve pisos, en que descansaba desde el 9 de Agosto, y en presencia de la Corte procedió á lavar y perfumar la real momia, que hubo de ser luego plegada y encerrada en la urna de plata sobredorada que debía servir para el acto de la incineración. Anunciado al pueblo por los dignatarios de palacio el traslado de los regios despojos al *Méne*, se organizó incontinenti este fúnebre

cortejo. He aquí, extractado, cómo describe M. George Groslier el suntuoso y extraño desfile:

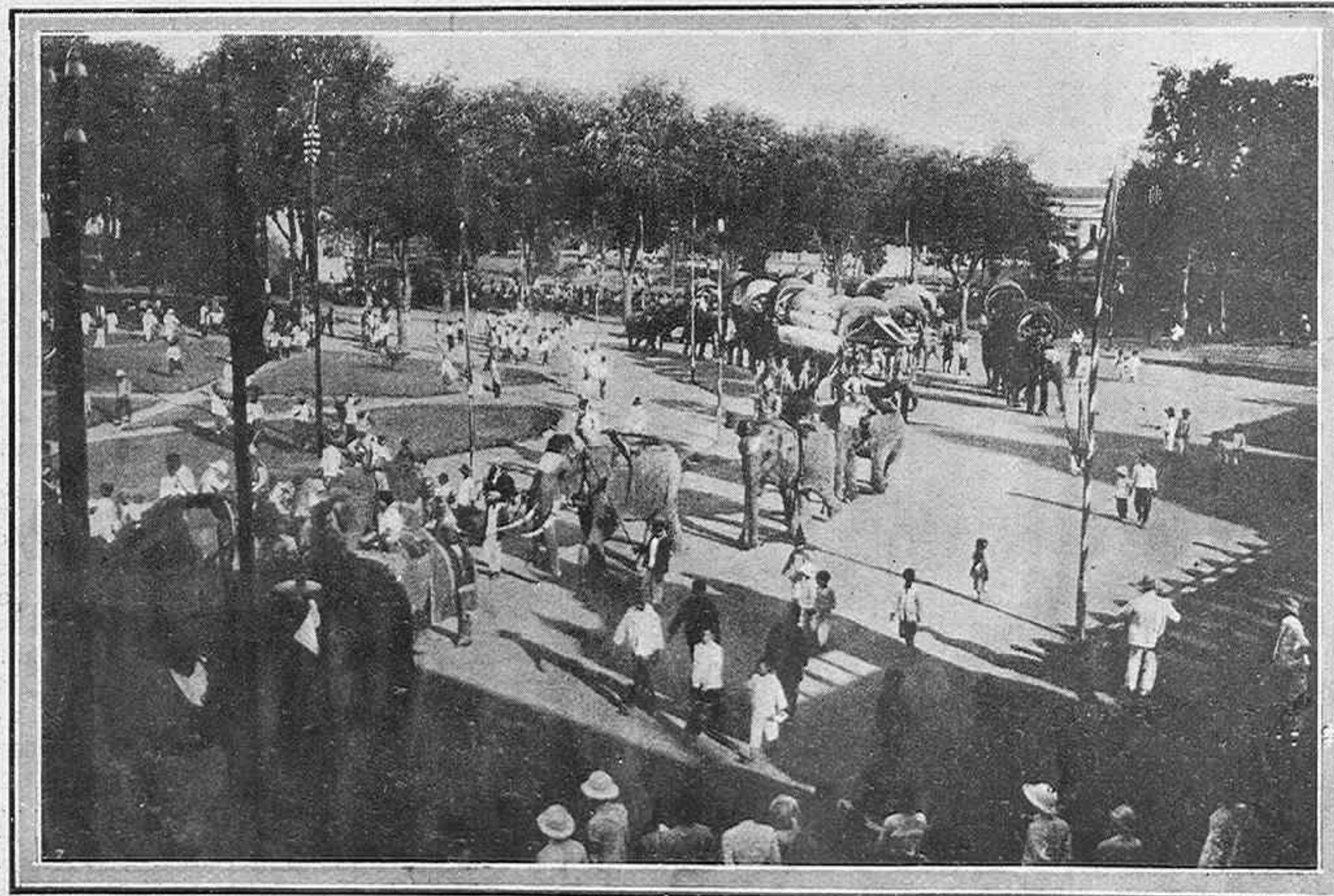
«Los brahmanes hacen sonar sus estrepitosas conchas marinas, mientras es transportada la urna por los guardias reales, precedidos del monarca reinante, á la carroza mortuoria, enorme armatoste automóvil imitando una pagoda, en el que se acomodan dos príncipes de la familia real, los portadores de los grandes quitasoles simbólicos y diez danzarinas reales, espléndidamente atavia las, con sus oficiales y numerosos sirvientes.

Preceden á la carroza 70 portadores de banderas y estandartes negros, 25 soldados de Caballería, bandas de tambores y gongos, 21 elefantes, sobre cuyos lomos adoptan posturas heroicas juglares disfrazados de gigantes; los elefantes reales, uno llevando al Buda y otro llamado «de la Victoria», y luego, cerrando esta parte del cortejo, los caballos del rey difunto y una serie interminable de palanquines y de pajes conduciendo en bandejas y ánforas de oro y plata el vestuario de Sisowath. Una orquesta se mezcla en el grupo, precedida de un bufón, que á los alegres sonos de la música gesticula como un iluminado.

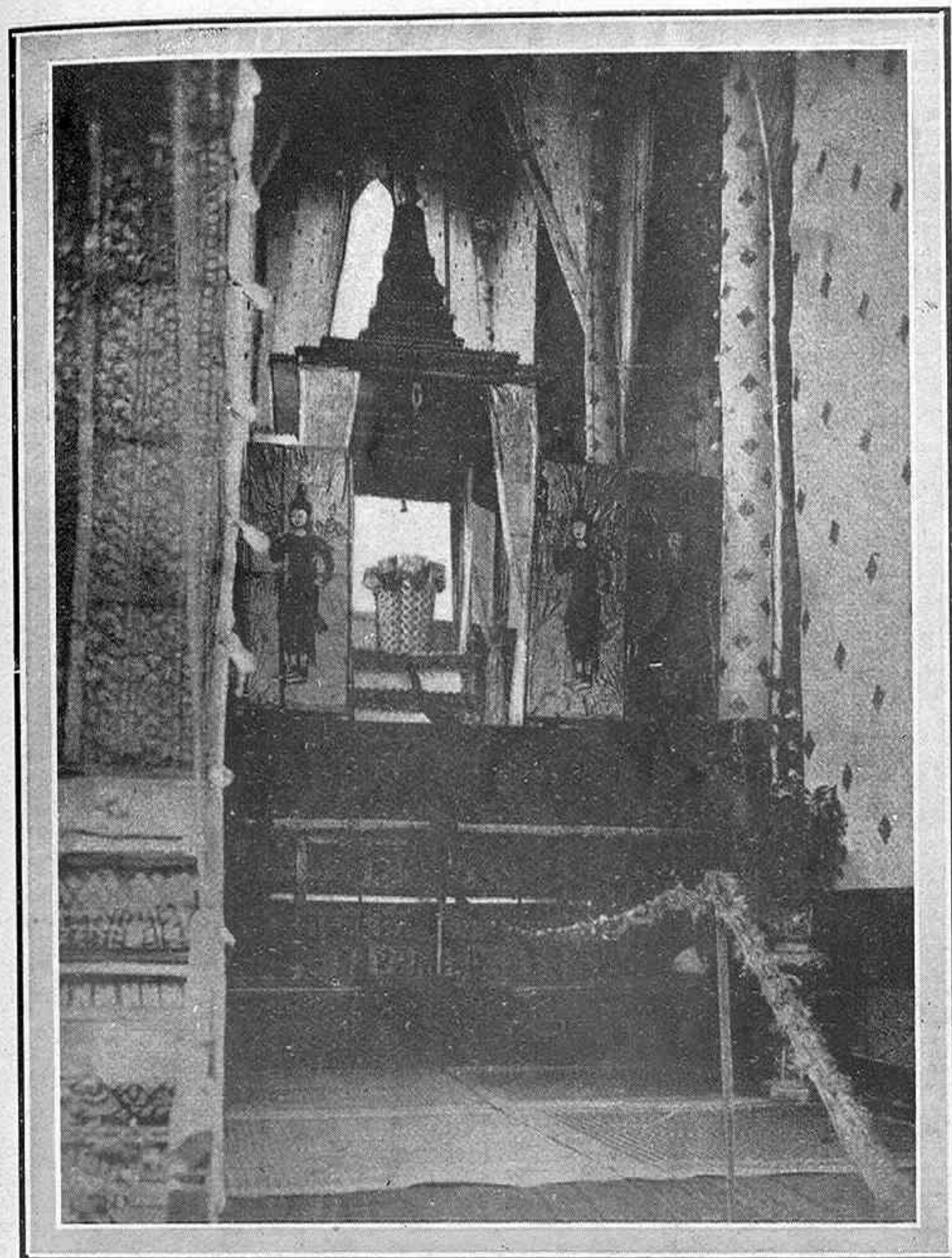
Cien portadores de banderas y estandartes marchan detrás lentamente, y rodeándolos, una, dos, incontables orquestas camboyanas, malayas y chinas, que producen infernal estrépito. Creo percibir confusamente en aquella algarabía, que la charanga real toca de un modo continuo la marcha fúnebre de Chopin...

Pasa el ruidoso turbión de músicos y danzantes, y siguiéndoles, colocado sobre una plataforma con ruedas, un rinoceronte de cartón y tamaño natural. Es el portador del fuego sagrado, y le acompañan otros treinta animales figurados, más ó menos fantásticos, de papel sobre armadura de bambú.

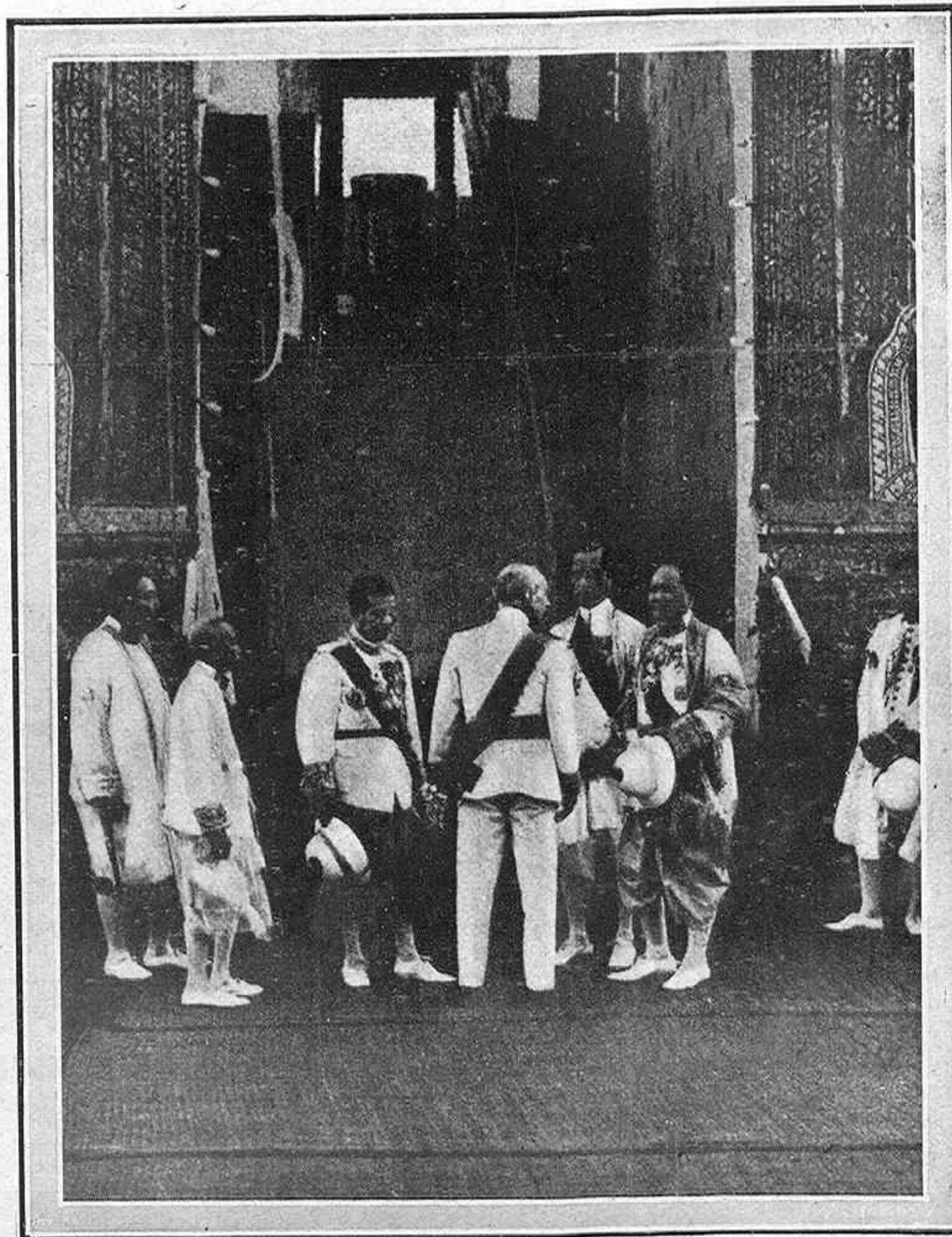
Cierra la interminable comitiva la urna de plata que contiene el cuerpo momificado de Sisowath. Queda éste colocado sobre la pira, dispuesta para la cremación en el *Méne*, y durante siete días se suceden en torno del catafalco las ceremonias rituales, los banquetes funerarios y los festejos populares. Al amanecer y al mediodía, las plañideras, vestidas de blanco, entonan



Desfile de la solemne é interminable comitiva fúnebre que acompañaba los restos del rey Sisowath al lugar de la incineración



La urna crematoria en la pira real que consumió los restos de Sisowath



El rey Monivong y los dignatarios palatinos ante la pira real

sus extrañas infinitas lamentaciones. Los bonzos, repartidos en grupos, rezan. Al llegar la noche, el *Méne* se ilumina totalmente de golpe. Millares de lámparas eléctricas señalan las principales líneas de la gigantesca estructura. Detrás de las grandes pantallas de los teatros se dibujan las sombras chinas, mientras en los innumerables tabladillos las orquestas de danza anuncian las evoluciones de las actrices en los dramas populares. Desde las doce de la noche, todo cesa en torno del *Méne* funerario. Sólo vibran en el silencio, desde entonces hasta la salida del sol, los desgarradores acentos de las plañideras.

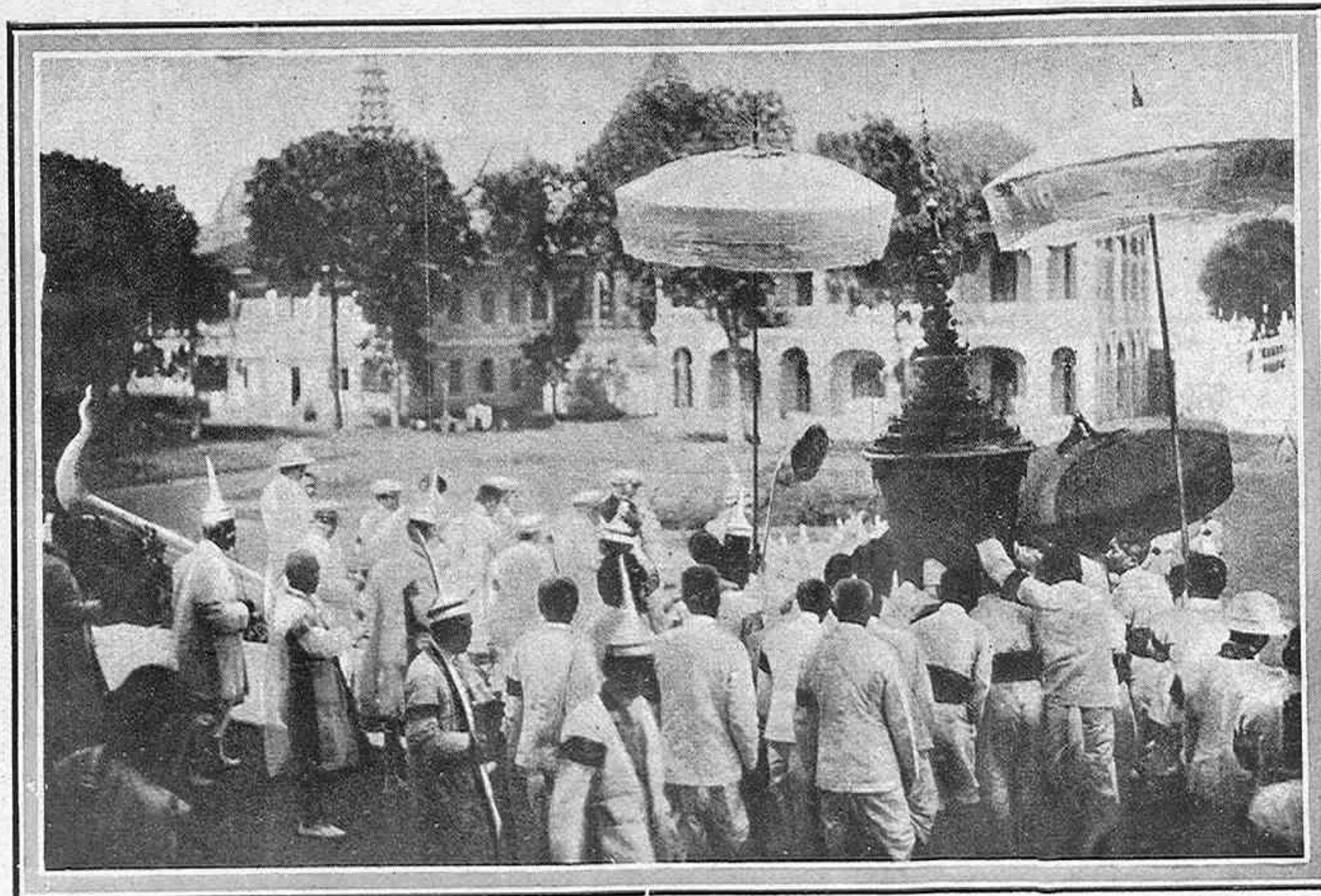
Es el octavo día de los funerales, cuando los altos dignatarios de palacio, llegados con el rey en las primeras horas de la mañana al imponente *Méne*, proceden a colocar los restos de Sisowath en una caja de cedro, magníficamente labrada. Esta urna es situada sobre la pira, formada con maderas preciosas. De ella parte un cordón piróforo que termina delante de la tribuna regia. A las cinco de la tarde, S. M. el rey Monivong, rodeado de las tropas, los dignatarios de la corte, el jefe del Protectorado y los invitados europeos, prende fuego solemnemente al cordón piróforo, mientras las bandas militares ejecutan *La Marsellesa* y la Marcha real camboyana. La llama, que ha brotado de las fauces de un dragón de papel, á corta distancia de la tribuna, se transmite con rapidez vertiginosa á la pira. Nace bajo la urna un fulgor rojizo. Córrense sobre ella unos inmensos velos blancos... Y allí, en el vasto brasero, bajo el *Méne*, envuelto en ligeras nubecillas de humo, el fuego purificador convierte rápidamente en ceniza á un poderoso rey... Entretanto, la vida más intensa palpita en torno del *Méne*. La muchedumbre circula como en una feria, risueña y satisfecha.

Las orquestas resuenan por doquiera, mientras en el pabellón de los espectáculos los gestos de las bailarinas, que emergen como flores luminosas en el mar inmóvil de los especta-

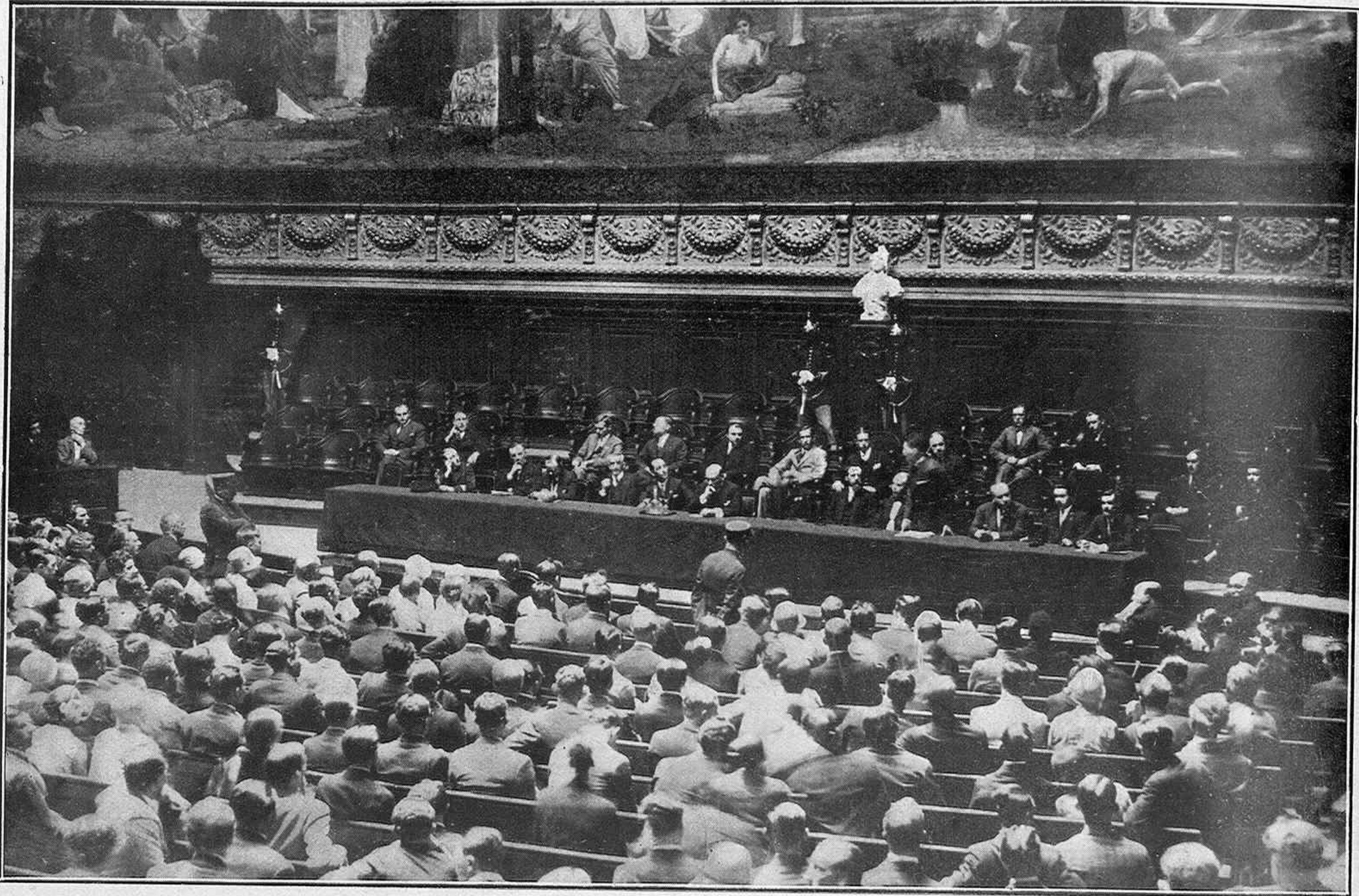
dores acurrucados, son como ardientes imploraciones á los dioses que ya acogieron el espíritu del rey difunto... En el Palacio Real, que brilla como un ascua de oro en las negruras de la noche, se celebra una recepción brillante, seguida de baile; ¡ambos ofrecidos por el nuevo rey de Camboya á los residentes europeos...

Y en este instante patético, en que el pueblo,

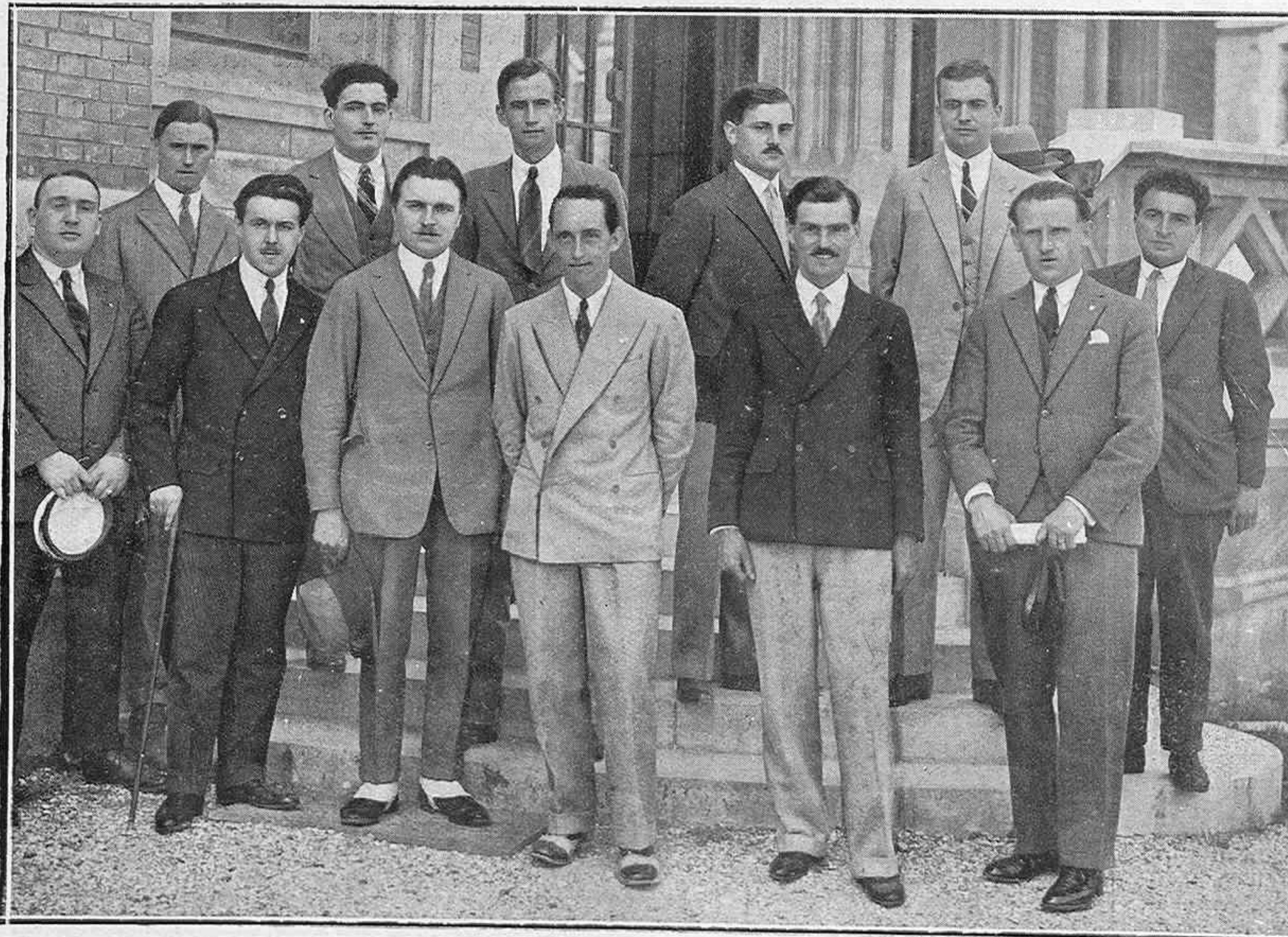
la corte, el fuego, la noche, la tradición y la muerte llegan por fin á unirse en apretado bloque contra el que se estrella todo lo occidental, pasa ante nuestros ojos, plenos de asombro, todo un cuadro de edades plétóricas que se manifiesta con su pristina pureza histórica, con su grandeza incontestable; pero también con sus señales inequívocas de ruina y de olvido...»



La urna crematoria, rodeada de los altos funcionarios palatinos, en la comitiva fúnebre



París.—Sesión inaugural del Congreso Internacional Universitario en la Sorbona, presidido por el ex ministro M. de Jouvenel, y al que han asistido delegaciones de numerosos países



Comité directivo de los Juegos internacionales universitarios que se han celebrado en París durante el Congreso, organizados por el doctor Roberto Maltini, italiano, que está en el centro de la fotografía con las manos cruzadas en la espalda (Fots. Henri Manuel)

LOS ESTUDIANTES DEL MUNDO

El Congreso Internacional Universitario reunido en París

EN las viejas aulas de la Sorbona se ha reunido en la capital de Francia, recientemente, el Congreso Internacional Universitario, bajo la presidencia de honor del Presidente de la República y la efectiva del ex ministro M. de Jouvenel, quien dirigió con notable acierto los interesantes debates que fueron objeto de las discusiones.

Casi todos los países de Europa y muchos de América y Asia se hicieron representar en este Congreso, que estudió con particular empeño los procedimientos a seguir para un intercambio estudiantil amplio que sirva para que las juventudes del mundo que estudian aprendan conociéndose, á amarse.

Al mismo tiempo que el Congreso celebraba sus tareas, en los campos de deportes parisinos se celebraron las pruebas correspondientes á los juegos internacionales universitarios, que en esta ocasión se han hecho coincidir con aquél para su mayor brillo.

El Curso para Extranjeros del Centro de Estudios Históricos

LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES

Por darse en la Residencia de Estudiantes el curso de extranjeros y encontrar en ella los alumnos espléndido alojamiento, vamos a dar en extracto lo que es y lo que realiza la Residencia de Estudiantes.

Está instalada, en edificios construídos para la misma Residencia, en la calle del Pinar, número 21, al lado del paseo de la Castellana.

Las condiciones de amplitud y altura de sus edificios y la alegría de sus jardines la hacen inmejorable desde el punto higiénico; tiene salas, comedores, biblioteca, laboratorios y dormitorios con calefacción central, baños, duchas y campos de juegos.

La Residencia fué abierta en Octubre de 1910 para albergar a 17 estudiantes de enseñanzas superiores, aumentando sucesivamente a 50 y a 70, hasta llegar a algo más de 150, que es el número que actualmente alcanza el grupo universitario de españoles.

Acerca de los valores alcanzados por la Residencia en su vida interna, su firme personalidad, bien conocida de toda España y el Extranjero, nos lo dice. Con sus fuerzas, esta Casa aspira al ideal de la más noble tradición de la Pedagogía, y la juventud que en ella se forma sale con verdaderos hábitos de tolerancia y de solidaridad social.

La Residencia está destinada a estudiantes de todas las Facultades universitarias, Escuelas especiales u otros Centros de enseñanza superior, a los que ofrece un hogar en el que puedan disfrutar de las ventajas de la vida corporativa y de un sano ambiente moral.

Los alumnos del grupo universitario cursan sus estudios en los centros oficiales, ó se dedican a estudios privados, a la investigación; pero en la misma Residencia disponen de laboratorios de Química, Anatomía microscópica y Fisiología, pudiendo acudir, además, a los laboratorios de Ciencias físicas y naturales y al Centro de Estudios Históricos.

La Residencia de Estudiantes está regida por un Comité directivo, en relación con la Junta para ampliación de estudios, siendo presidente de la Residencia D. Alberto Giner Fiaud, de cuya gran labor al frente de la juventud española nos daremos cuenta cuando esa juventud funcione socialmente.

EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y SUS CURSOS PARA EXTRANJEROS

Los cursos de vacaciones de Madrid, organizados por el Centro de Estudios Históricos, vienen celebrándose desde el año 1912. Fueron creados con el fin de atender a la enseñanza de los estudiantes extranjeros que, cada día en mayor número, acudían a Madrid para perfeccionar sus estudios de español.

Del éxito de estos cursos da idea el aumento constante de los alumnos que a ellos asisten. La guerra hizo disminuir temporalmente el número de dichos alumnos; pero, a pesar de ello, el Centro de Estudios Históricos, que no pretende obtener con estos cursos ninguna ventaja material, sino servir los fines culturales y científicos para que este organismo fué creado, mantuvo sin interrupción sus cursos, y sólo el del año 1917 fué suspendido, porque la si-

tuación internacional del momento impidió a los estudiantes inscritos trasladarse a España.

Como muchos de los alumnos de los cursos de verano permanecían en Madrid durante el otoño é invierno, y otros muchos venían especialmente en estas épocas, se organizaron también, desde el año 1915, cursos trimestrales, de Octubre a Diciembre y de Enero a Marzo.

Estos cursos, análogos a los de verano por las materias, ofrecen, por razón de su duración, la oportunidad de realizar el estudio con mayor detenimiento y amplitud.

Los alumnos que han asistido a los cursos desde su fundación llegan a cerca de dos millares, y representan dieciséis nacionalidades diferentes de Europa, América y Asia.

CURSO DE VACACIONES PARA EXTRANJEROS DEL AÑO 1928

Como en años anteriores, se celebró en la Residencia de Estudiantes el curso de verano para extranjeros que organiza el Centro de Estudios Históricos, bajo la dirección del Sr. D. Ramón Menéndez Pidal.

El acto de la inauguración del curso se celebró en la noche del 9 de Julio, en el salón de conferencias de la Residencia de Estudiantes. Presidió el acto, en representación del ministro de Instrucción Pública, el Sr. González-Oliveros, director de Enseñanzas Superiores y Secundaria, y ocuparon lugar en el estrado los Sres. D. Pedro Salinas, director del curso; D. Luis Bermejo, rector de la Universidad Central, y miss Alice E. Bushee, jefe del Departamento de Español del Colegio universitario de Wellesley (Estados Unidos). El Sr. Salinas dió la bienvenida a los extranjeros, y en nombre de éstos contestó, dando gracias y encomiando la labor del Centro en estos cursos, la citada Srta. Bushee. A continuación, el Sr. González-Oliveros pronunció un corto discurso y declaró abierto oficialmente el curso. La Residencia de Estudiantes obsequió con un refresco a los asistentes al acto.

Las enseñanzas que se dan en estos cursos están constituidas por una serie de conferencias sobre lengua, fonética y literatura españolas, a cargo de los profesores D. Dámaso Alonso, don Samuel Gili Gaya y D. Pedro Salinas, respectivamente. Estas conferencias, con las clases prácticas sobre pronunciación, conversación, comentarios de textos, traducciones, transcripción fonética, etc., que se dan diariamente durante dos horas, más una serie de conferencias sueltas sobre arte, literatura, historia, geografía, etc.,

comprenden lo que constituye el curso general; siguiendo el cual, pueden los alumnos obtener un diploma de suficiencia, después de sufrir el examen correspondiente.

Se dan también, aparte de ese curso general, algunos cursos especiales, que completan la enseñanza general del curso de vacaciones. Estos cursos son sobre literatura contemporánea, entonación, la vida y la obra de Cervantes, la vida y las costumbres españolas, música popular española, español comercial, y, por último, un curso elemental para principiantes. Estas conferencias, ó cursos especiales, están a cargo, respectivamente, de los Sres. D. Dámaso Alonso, D. Samuel Gili Gaya, D. Pedro Sáinz, D. Pedro Salinas, la Srta. Josefina Mayor, D. Justino de Azcárate y la Sra. Herlinda Smithers de Serís.

El número total de alumnos que asisten a los cursos es de 143, distribuidos como sigue en nacionalidades: norteamericanos, 106; alemanes, 9; ingleses, 6; suizos, 5; franceses, 4; canadienses, 4; holandeses, 3; irlandeses, 2; cubano, 1; portorriqueño, 1, y venezolano, 1.

Los profesores norteamericanos Sres. Nunemaker, Barlow (William) y Barlow (Joseph W.) condujeron, respectivamente, grupos de alumnos de aquel país; el del profesor William Barlow corresponde al que todos los años organiza el Instituto de las Españas.

Entre los alumnos más distinguidos que forman parte del curso, figuran: la Srta. María Machin, decana de la Sección de Señoritas de la Universidad de Puerto Rico; el profesor Sturgis E. Leavitt y señora; profesor G. B. Colburn; profesora Bloom; profesor J. L. Pasternak; profesor Antonio J. Rubio (cubano); Marco A. Sotillo (venezolano) y señora; el obispo protestante doctor Hiram R. Hulse, señora é hija; los oficiales de la Marina de guerra norteamericana, profesores de español en la Academia Naval de Annapolis, Sres. R. D. Hill, F. Mentz y H. F. Cope. Algunos de los alumnos vienen este año por segunda y por tercera vez a estos cursos del Centro de Estudios Históricos.

Las enseñanzas del curso se simultanean, aprovechando los sábados y días festivos, con las visitas artísticas y excursiones a los alrededores de Madrid, y al efecto se realizaron visitas al Museo del Prado, bajo la dirección del profesor de arte Sr. Tormo; a la Armería Real, Caballerizas Reales, Palacio del Senado y Palacio de Liria, bajo la dirección del mismo profesor; a la Biblioteca Nacional, con el Sr. Rodríguez Marín; al Museo Arqueológico con el Sr. Artífano (Pedro M. de); al Museo Romántico, con D. Angel Vegue, y se visitarán el Palacio Real y el Instituto de Valencia de Don Juan (Museo de Osma). Las excursiones fueron dirigidas por los profesores Sres. Tormo, a El Escorial; Martínez y Morcuende, a Toledo; Martínez, a Aranjuez, y Ovejero, a Segovia.

Fuó director inmediato del curso este año D. Pedro Salinas, catedrático de Literatura española en la Universidad de Sevilla y miembro del Centro de Estudios Históricos, y secretario don Homero Serís, que a su vez lo es del Centro.

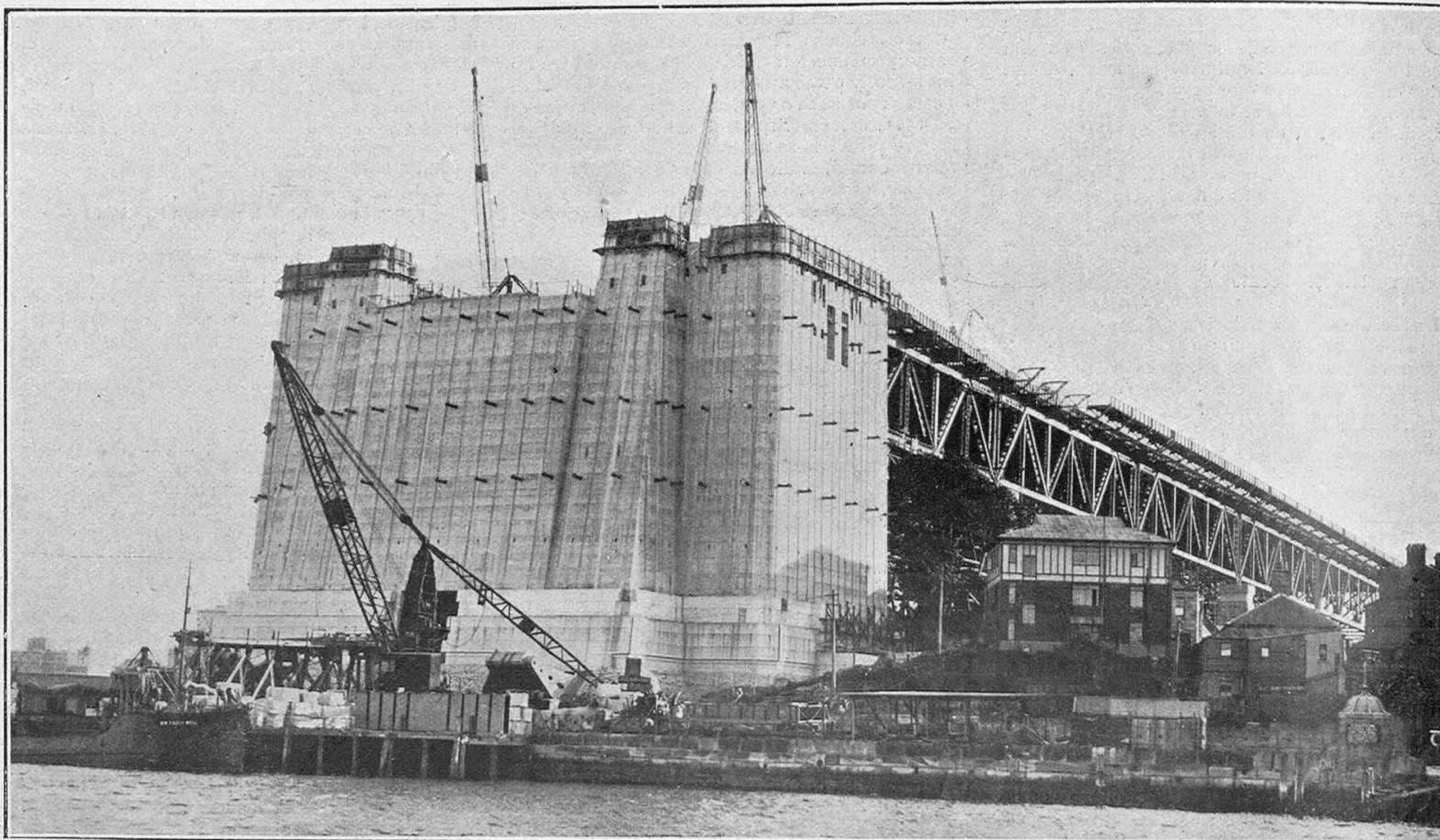
Es de esperar que, como en los años anteriores, los alumnos extranjeros saldrán de Madrid satisfechos de las enseñanzas y atenciones recibidas durante su estancia en la Corte.

A. C.



Grupo de profesores, alumnos y alumnos extranjeros de los que asistieron este año al curso del Centro de Estudios Históricos, reunidos en la Residencia de Estudiantes (Fot. Piortiz)

LA ACTUALIDAD EXTRANJERA EN AUSTRALIA E INGLATERRA



Australia.—El nuevo puente monumental sobre la bahía de Sydney, que será, cuando esté terminado, uno de los mayores del mundo, y que unirá la ciudad con Mosman Manly y North Shore. La primera piedra de este colosal esfuerzo de ingeniería fué puesta en 1925, y una vez terminadas las obras, á las que se piensa dar cima en 1931, el coste pasará de seis millones de libras esterlinas



Inglaterra.—Aspecto de los jardines que rodean al Crystal Palace londinense, durante un día festivo del mes corriente, en el cual la población de la capital británica ha abandonado en masa todas sus habitaciones para ir á buscar en los parques una temperatura más soportable. A la izquierda se ve la silueta monumental del Crystal Palace, el soberbio edificio, casi siempre dedicado á Exposiciones

(Fots. Agencia Gráfica)



VERITAS

-¿Por qué prefiero la PASTA DENS?

Por lo bien que limpia los
dientes, sin atacar al esmalte.

Por su agradable sabor a
menta dulce.

Por la intensa sensación de
frescura que proporciona.

Por lo bien que desinfecta
la cavidad bucal.

Porque es eficaz e inofensi-
va; y, además, porque la

PASTA DENS

perfuma la palabra.

Tubo grande, 2 ptas., pequeño, 1,25
en toda España

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

Perfumería Gal. - - Madrid.

Algunos de los productos
más recomendados de la
Perfumería Gal



EL JABÓN HENO DE PRAVIA
es el predilecto de la gente "chic"
Pasta neutra, espuma suave,
perfume intenso. Pastilla, 1,25.



EL AGUA DE COLONIA AÑEJA
se compone de alcohol neutro de 90°
y esencias naturales. Frasco, 2,50.



EL PETRÓLEO GAL suprime la
caspa y contiene la caída del pelo,
vigorizando la raíz Frasco, 2,50



La «mujer-foca» bate el «récord» de resistencia



Puede, sin reparo alguno, dársele este nombre á la señora Myrtle Huddleston, de Macomb (Illinois, Estados Unidos), cuya fotografía publicamos. En efecto, esta exuberante dama nadadora acaba de batir en su país el disputado *récord* de permanencia en el agua. Nada menos que cincuenta horas, diez minutos y catorce segundos se mantuvo Mrs. Huddleston en el líquido elemento, ora realizando graciosos floreos sobre la superficie, ora dejándose mecer dulcemente por la onda pérfida, ora consumiendo á sus horas el substancioso repuesto de víveres de que iba provista al comenzar su prolongado baño. Defendida por la abundante capa de tejido adiposo de que la proveyó Naturaleza, la inmersión de cin-

cuenta horas largas á que se sometió no le produjo mayor impresión, según ha declarado á los reporteros, que la de un chapuzón en la jofaina. Y afirmó luego que, de no acabársele los comestibles y experimentar un ligero remusguillo en el estómago, hubiera permanecido en el agua otras cincuenta horas sin experimentar cansancio ni frío. Conocidas estas prodigiosas facultades de la señora Huddleston, no causará ya sorpresa el saber que un buen día ha realizado la travesía del Atlántico sin escalas.

Libros nuevos

Blasón: revista de la Nobleza española. En Málaga, y dirigida por D. Eduardo Felipe Fernández de Castro, ha comenzado á publicarse una revista, cuya necesidad se dejaba sentir en España, órgano de la Nobleza, en cuyas informaciones refléjase su pasado y su presente, sus hechos relevantes, sus ejemplos y sus virtudes.

Hemos visto los cuatro números publicados, y todos nos parecen dignos del mayor elogio, tanto por su texto interesantísimo como por sus grabados, adecuados á la índole de la revista y admirablemente impresos en lujoso papel *couché*.

Blasón es un periódico indispensable para las clases nobiliarias y aristocráticas españolas.

—La pluma prolífica de Ramón Gómez de la Serna ha dado á la estampa, en estos últimos días, tres interesantes novelas: *El dueño del átomo*, *La mujer de ámbar* y *El caballero del hongo gris*. Tres libros suyos, de prosa ágil, retozona y gravados á la par, como envanecida de su trascendencia, de giros y léxico peculiarísimos, y escritos con ese originalísimo humorismo alegre y

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

Una «potiniere» sobre los tejados



Este curioso restaurante-terrace pudiera bien ostentar el título de único en el mundo. Instalado en la vasta azotea de uno de los grandes almacenes parisienses, ofrece sus admirables panoramas y sus aires frescos y puros á los clientes del establecimiento, hartos de corretear por los ocho pisos del edificio con su laberinto de instalaciones y su atmósfera viciada. Bajo los quitasoles innumerables que dan á la azotea el aspecto de una playa de Normandía á la hora del *vermut*, dominando desde una altura de cuarenta metros el soberbio espectáculo de la ciudad, un público numeroso y escogido, en el que predominan las bellas mujeres, congégase á la hora del te y de la comida, que, en obsequio de la clientela, se ofrece á precios en extremo moderados, previa la presentación del *ticket* de compras.

Si es usted nuestro cliente puede hacer un buen favor a su mejor amigo, recomendándole que emplee solamente los engrases

"GEORGIA"

Se vende en todos los buenos garages y tiendas de accesorios de España en bidones precintados.

DELEGACIONES: Madrid: Santa Engracia, 22
 Valencia: Jorge Juan, 4
 Sevilla: Jesus del Gran Poder, 46
 Palma de Mallorca: Cordelería, 67

DIRECCION Y DEPOSITO GENERAL PARA ESPAÑA: S. A. E. GEORGIA-OIL. Málaga. (Apartado. 72)

SOLICITAMOS AGENTES ESPECIALIZADOS EN LA VENTA DE LUBRIFICANTES
 TENEMOS TIPOS MONOPOLIO A PRECIO DE TASA

volandero, cerebral, exento de melodías y ternuras de corazón. No vamos ahora á tratar de presentar á ese gran público que admira y comprende las cosas de Gómez de la Serna, el escritor por derecho propio de estilo y talento más destacado en nuestra época. Otro libro suyo de sumo interés, documentado y ameno, lujosamente editado por la Editorial Atenea, es *Goya*, al que avaloran 64 ilustraciones y un retrato y autógrafo del genial pintor. Al mismo tiempo, la Junta organizadora del Centenario de Goya, de Zaragoza, ha lanzado el folleto *Goya y la ribera del Manzanares*, conferencia pronunciada en el salón de actos del Círculo Mercantil de Zaragoza por nuestro admirable Ramón Gómez de la Serna.



Domine



usted
a su barba

Para que la afeitada sea cómoda y rápida empátese la barba con Crema Hinds y enjábones como de costumbre. Al terminar, póngase otro poco de Crema Hinds. Aplicada antes de afeitarse, suaviza la barba más rebelde y usada al terminar refresca el cutis. Pruébela. Le gustará.

PIDALA DONDEQUIERA QUE VENDAN
 ARTICULOS DE TOCADOR.

CREMA de Miel y Almendras **HINDS**

LA CONDESA MARIA ESTERHAZY

*uno de los muchos distinguidos
propietarios del Cadillac*



LA CONDESA MARIA ESTERHAZY

RETRATO POR RUDOLF IPOLD

LA CONDESA MARIA ESTERHAZY es la encantadora esposa del conde Esterhazy, jefe de la antigua familia hungara.

Como otras muchas primeras figuras de la sociedad elegante é internacional, la atractiva y joven Condesa ha elegido el Cadillac como el coche mas adaptable para la vida de la capital y para realizar largos viajes por el continente.

Las largas y delicadas lineas del Cadillac vuelven de nuevo a admirarse en la capital aumentando la belleza de sus paseos, despues de haber permanecido unos meses en las playas de moda. La elegancia y dignidad de este coche, ha hecho que figure siempre en todos los acontecimientos mundanos de la temporada veraniega.

Con un funcionamiento suave y de tal rapidez y seguridad sobre

Otros distinguidos propietarios del Cadillac

EL DUQUE DE SAN PEDRO DE GALATINO

THE DUKE OF BELFORD

DUC DE VALIOMBROSA

GENERAL JOHN J. PERSHING

SEINE DURCHLAUCHT FÜRST HANS ZU

HOHENLOHE-OEHRINGEN

MR. GEORGE BUZDUGAN, REGENTE DE RUMANIA

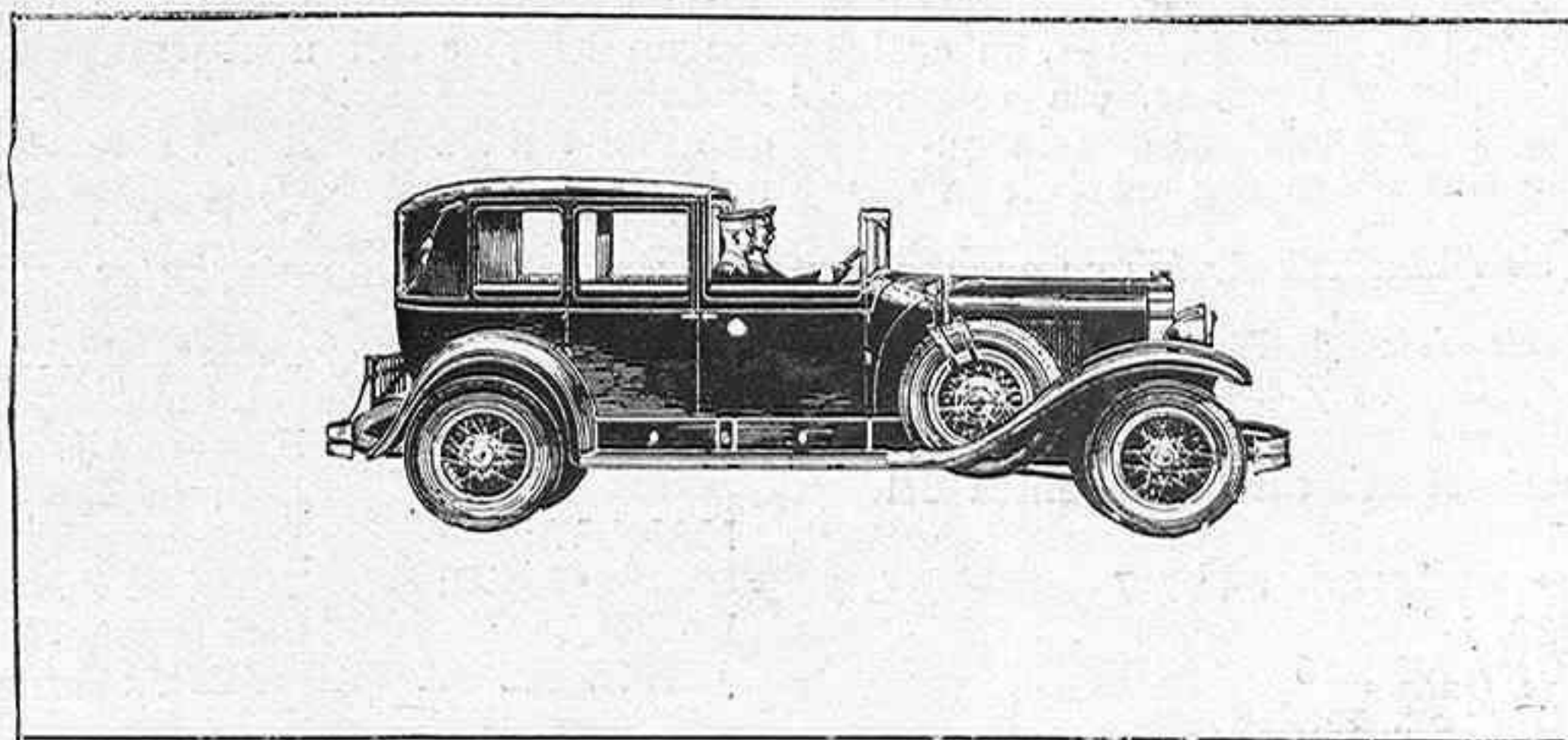
GREVE CARL BONDE

carreteras peligrosas y dificiles, como de facil manejo en medio del trafico de las grandes ciudades o capitales de provincia.

La airosa silueta, su colorido y el lujoso equipo de este excepcional coche, atraen a todo aquel que está acostumbrado a una vida llena de comodidades.

Estas cualidades son solo el resultado de muchos años de experimentos costosos y hechos a conciencia. El famoso motor 8 cilindros tipo V.90°, la asombrosa longitud entre sus ejes aumentada a 3.80 m. y la baja suspension de sus carrocerias han creado una superioridad que el Cadillac goza desde hace 30 años.

Los ultimos modelos poseen numerosas mejoras y refinamientos. El Cadillac es el triunfo de la perfeccion automovilista.



CADILLAC—PRODUCTO DE LA GENERAL MOTORS

El empleo de cosméticos no substituirá nunca la belleza natural. Si cuida usted su cutis, para mantenerlo sano, obtendrá finura, claridad y tersura natural.

CREMA LIMPIADORA (Cleansing Cream).—Una crema suave y pura que se disuelve al calor de la piel y penetra en los poros, eliminando todas las impurezas que producen espinillas y asperezas del cutis. Suaviza y alivia la piel, haciéndola fina y tersa. Debe usarse mañana y noche, como primer paso del tratamiento del rostro y del cuello.

TONICO ARDENA PARA EL CUTIS (Ardena Skin Tonic).—Pone terso el cutis, dándole una firmeza suave y blanqueándolo; obra á la vez de astringente. Debe aplicarse junto con la Crema Limpiadora, y después de ella, para activar la circulación, aclarar y dar finura á la piel.

ASTRINGENTE ESPECIAL (Special Astringent).—Aplíquese este preparado por medio de ligeros golpecitos sobre el rostro y el cuello, con un movimiento ascendente. Da firmeza á las células y elasticidad á los músculos, devolviendo al rostro su contorno juvenil.

ALIMENTO ORANGE PARA LA PIEL (Orange Skin Food).—Esta valiosa crema nutritiva se aplica abundantemente sobre la cara y el cuello, por la mañana y por la noche. Corrige los surcos y arrugas, y da al cutis una apariencia lozana y cuidada. Es muy recomendable para los rostros demasiado delgados y también como remedio profiláctico contra los surcos y arrugas.

CREMA VELVA (Velva Cream).—Deliciosa crema nutritiva, especial para cutis delicados. Muy indicada también para las caras llenas, pues nutre la piel sin engordar los tejidos.

CREMA PARA LAS ARRUGAS (Anti-Wrinkle Cream).—Crema nutritiva y astringente. Su espléndida suavidad se obtiene empleando en su confección huevos frescos. Rellena las pequeñas arrugas y los surcos, al mismo tiempo que suaviza y aterciopela el cutis. Excelente para el tratamiento de la tarde, en casa.



UN cutis sano no tiene defectos que ocultar. Si limpia usted correctamente su cutis—con *Crema Limpiadora Venetian*—, desaparecerán por completo el polvo é impurezas que dilatan y obscurecen los poros. Si estimula usted la circulación de los tejidos—dando ligeros golpecitos con una compresita de algodón impregnada en *Tónico Ardena para el cutis*—, la piel se tornará clara y juvenil. Si alimenta usted los músculos del rostro y cuello—con *Alimento Orange para la piel*, ó bien con la delicada *Crema Velva*—, su cutis se suavizará muchísimo y se afirmarán los contornos. La textura natural de un cutis bien cuidado es más encantadora que la que se consigue con cosméticos ó artificios. Entre las mujeres elegantes

cada vez es más corriente la idea de prescindir de toda clase de afeites en el tratamiento de la piel. Se emplean los polvos como protección del cutis, usándolos sólo muy discretamente y de un tono de color que armonice perfectamente con la tez. En cuanto al colorete, únicamente se emplea cuando la enfermedad ó la fatiga lo hace necesario, y debe cuidarse siempre de que pase inadvertido. Algunos minutos de cuidado científico, tanto en el tratamiento diurno como en el nocturno, siguiendo siempre el método de un tratamiento de Elizabeth Arden, darán tanto encanto á su cutis, que no tendrá usted que recurrir al empleo de medios artificiales.

Los preparados de Elizabeth Arden se encuentran en los mejores y más elegantes establecimientos.

MADRID: Almacenes Madrid-París, Avenida Pi y Margall, 10.
Perfumería H. Alvarez Gómez y C.^a, Sevilla, 2.
Perfumería Inglesa, Carrera San Jerónimo, 3.
Farmacia y Perfumería Hamburguesa, Avenida del Conde Peñalver, 13.
Viuda de Miguel Esteban, Serrano, 48 y 7

BILBAO: Zunzunegui, Heros, 32, 1.^o
Barandiarán y C.^a, Gran Vía, 26

SAN SEBASTIAN: Francisco Benegas, Garibay, 10.

LISBOA: David & David, 112, Rua Garrett.

BARCELONA: Comercial Anónima Vicente Ferrer, Plaza de Cataluña.
Farmacia J. Cuixart Calvó, Fernando, 7.
Joaquín Oller, Paseo de Gracia, 75.
Jiménez y Muñoz, Marqués de Larios, 2

MALAGA: Viuda de Díaz «Villafranca», Blanca, 15.

SANTANDER: Perfumería Royal, Abadía San Martín, 4.

VALENCIA: Almacenes Tomás García, Doctor Ramón y Cajal, 21.

JEREZ DE LA FRONTERA: Almacenes Tomás García, Doctor Ramón y Cajal, 21.

GIBRALTAR: Robert's Pharmacy, 275, Main Street.

LONDON, W 1
25, Old Bond Street
BIARRITZ
2, rue Gambetta

ELIZABETH ARDEN
NEW-YORK, 673, FIFTH AVENUE
(Copyright reserved)

PARIS
2, rue de la Paix
CANNES
3, Galeries Fleuries